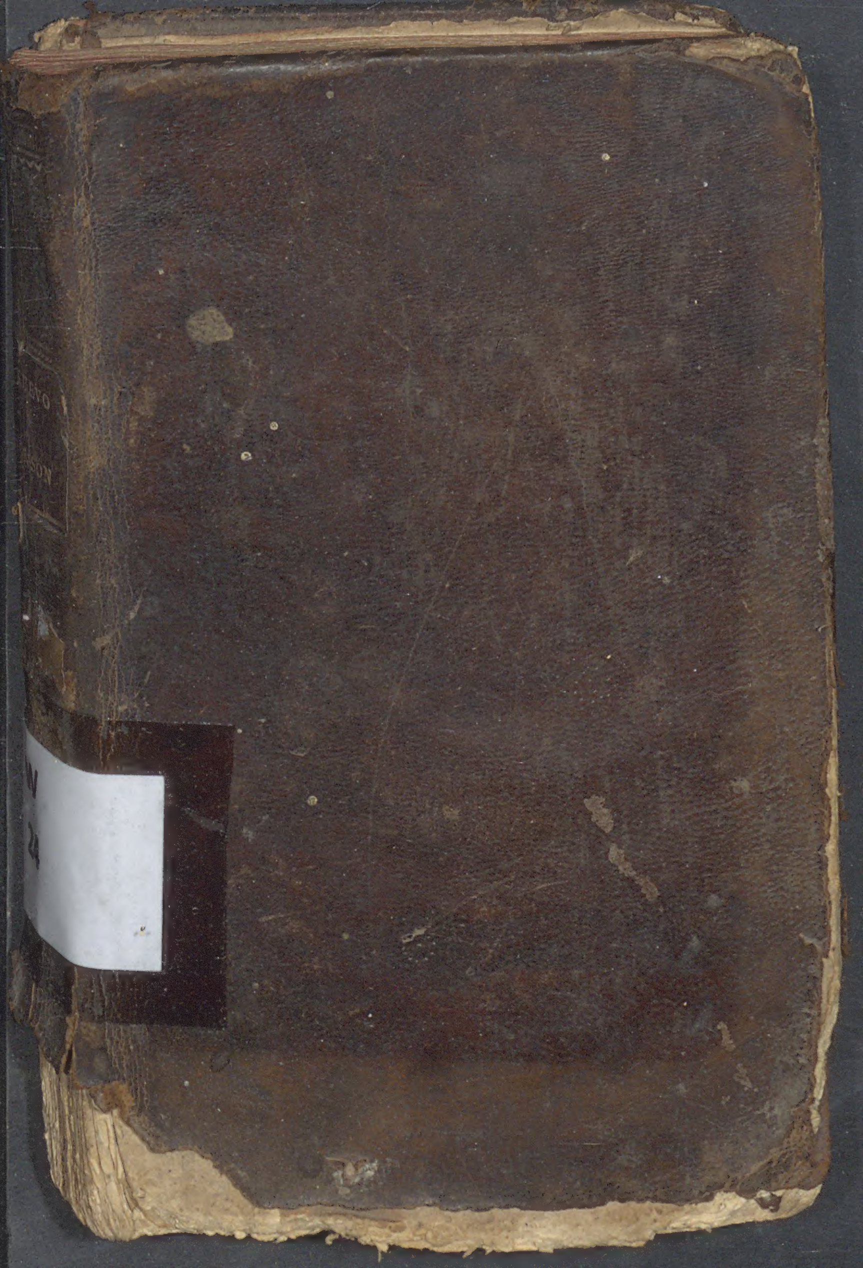
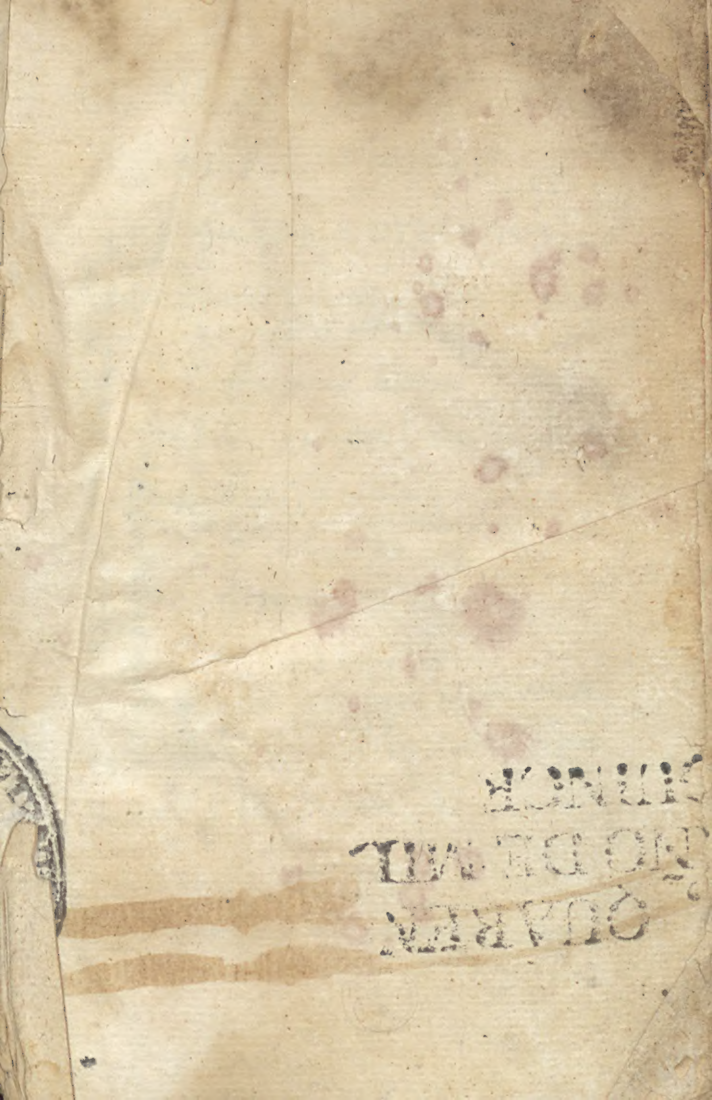
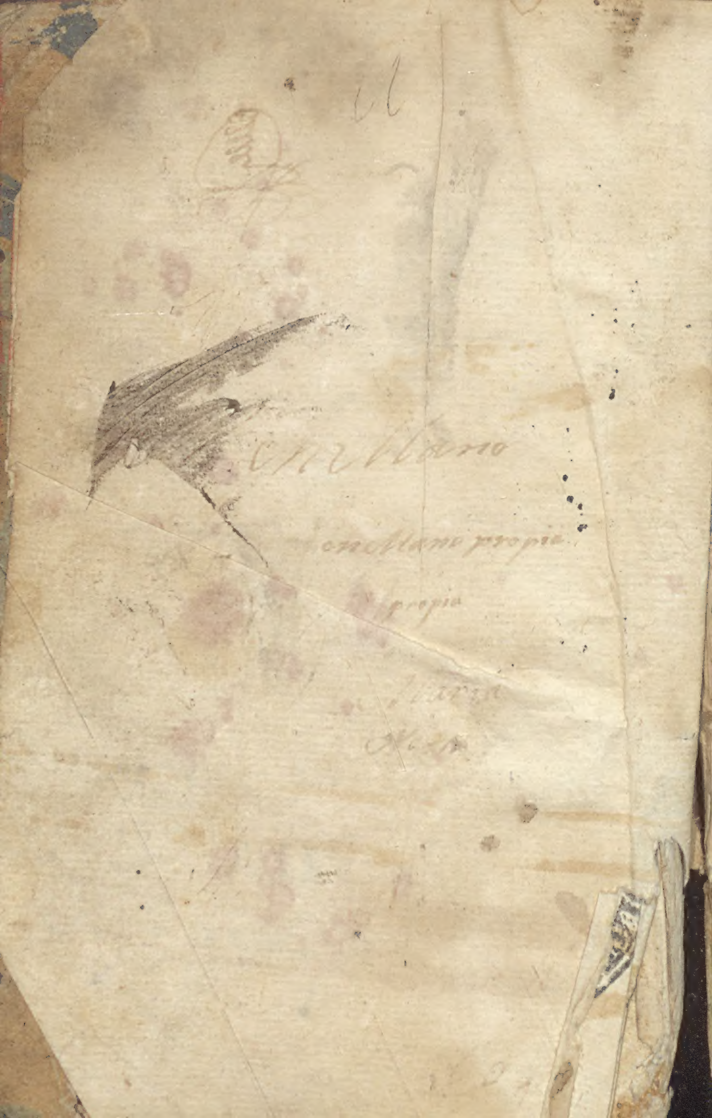



Esta y otras varias obras de todas clases se hallarán en Cádiz en la librería de *Don Diego Zaragoza*, plazuela de San Agustin.







1 2927 2683

EL NUEVO ROBINSON,

HISTORIA MORAL,

REDUCIDA Á DIÁLOGOS

para instruccion y entretenimiento de niños y jóvenes de ambos sexôs.

ESCRITA EN ALEMAN

POR EL SEÑOR CAMPE;

traducida al Ingles, al Italiano y al Francès, y de este al Castellano con varias correcciones

POR D. TOMAS DE IRIARTE.

QUINTA EDICION.

TOMO I.

L. S.

S. N.

Este libro pertenece al Servicio de Lecturas para el Soldado en los Frentes y Hospitales.

MADRID:
IMPRENTA QUE FUÉ DE FUENTENEBRO.
1817.

146

Parva docemus.... ; sed est sua etiam studiis infantia.

QUINCTIL. Instit. Orator. Lib. I. cap. 1.

Poco es lo que enseñamos ; pero tambien los estudios tienen su infancia.

PRÓLOGO
DEL TRADUCTOR.

Se ruega al Soldado que reciba este libro, que después de leerlo, lo pase a otro compañero.

El Señor *Campe*, autor de la presente historia moral, la puso con razon por título EL NUEVO ROBINSON, para diferenciarla de otra, escrita originalmente en inglés por *Daniel Defoe* á principios del corriente siglo, la cual se intitula: *Vida y maravillosas aventuras de Robinson Crusoé.* Este *Robinson* antiguo subministró para la composicion del moderno los hechos substanciales en que se funda toda la historia de un héroe verdaderamente singular por las extrañísimas situaciones en que se vió, llevando una vida enteramente diversa de la que han pasado los demas mortales, por mas desgracias que los hayan perseguido: la vida de un hombre aislado, reducido al primitivo

estado de la naturaleza, y precisado á exercitar incesantemente sin ayuda de otro todas sus facultades físicas y morales.

Con el fin de acomodar dicha historia á la enseñanza de niños y jóvenes, la ha dado el Señor *Campe* nueva forma y órden diferente, reduciéndola á diálogos, extractando con acertada eleccion lo mejor del original Ingles, añadiendo circunstancias muy esenciales, y convirtiendo en libro instructivo y utilísimo el que solo era curioso y entretenido.

Tuvo este Escritor el arte de excitar y mantener siempre suspensa la curiosidad de los niños, de modo que como éstos, por una parte, naturalmente gustan de oir cuentos, y por otra, los pone el de *Robinson* en expectativa de saber la continuacion y fin de los sucesos, resulta que han de leer ú oir leer este libro mas etentamente que otro cual-

quiera de moral: principal cuidado del que instruye á niños, por ser lo mas esencial y difícil conseguir que fijen la consideracion y se interesen con empeño subsistente en lo que se les enseña.

Nada hay tan loable en esta obra como la sana doctrina moral oportunamente sembrada en toda ella. Inspira amor, gratitud y respeto al supremo Criador y Padre de los hombres, suma confianza en su alta providencia, resignacion sin límite en las adversidades que nos envia, y una ciega humildad que nos aparte del temerario designio de querer penetrar, y mucho ménos calificar, sus inescrutables juicios: pinta excelentemente la miseria y necesidades del hombre en este mundo, y lo que puede su laboriosa industria: le hace sociable y amante de sus prógimos, agradecido á los bienes y comodidades que las artes y oficios útiles le proporcionan para pasar ménos

tristemente la vida; y en una palabra, la obediencia á los padres, la sumision á los superiores, la afabilidad con los inferiores, la fidelidad con los amigos, la beneficencia hasta con los irracionales, la rectitud, verdad y hombría de bien, la aplicacion al trabajo, la templanza y las demas virtudes sin las cuales el hombre seria una fiera, se recomiendan en este librito no tanto con declamaciones áridas y prolixas, como con prácticos y eficaces exemplos que no pueden ménos de imprimirse en los tiernos ánimos de los lectores para quienes determinadamente se escribió.

Así es que si el antiguo *Robinson* Ingles abunda en peligrosas máxîmas que le hicieron digno de justa censura entre los buenos católicos, el nuevo *Robinson* aleman ha sido recomendado por hombres sensatos y piadosos como apto para rectificar el corazon y el entendimiento de los niños, y la traduccion corregida que

ahora publico, sale á luz con aprobacion del mismo respetable tribunal de la Fe que en el año de 1756 prohibió por fundadas causas el *Robinson* antiguo.

Comprehenden ademas de esto los presentes diálogos varias noticias insinuadas de paso, pero con suficiente claridad, no solo acerca de las operaciones mecánicas practicadas en las artes mas necesarias y útiles al linage humano, como la agricultura, la pesca, la caza, la albañilería, el oficio de tegedor, el de herrero, &c. sino tambien sobre los inventos de las ciencias y artes superiores, como la Geografía, la Náutica, la historia natural, y otras semejantes. Estas breves nociones elementales, sin cuyo previo auxîlio toda instruccion literaria es un edificio sin cimientos, ocupan en el nuevo *Robinson* el lugar que infructuosamente se daba en el antiguo á ficciones arbitrarias y razonamientos lánguidos.

Con tan apreciables mejoras no es de admirar que la lectura de este libro haya llegado á propagarse en las naciones mas cultas de Europa, contándose ya entre los indispensables para la buena educacion. Corren traducciones de él en ingles y en italiano, dos en frances distintas una de otra; y así de estas como del original aleman se estan repitiendo continuamente ediciones.

No ha mucho tiempo que ha empezado esta obra á ser conocida en España: algunos zelosos del bien público anhelaban ya verla traducida; y yo por satisfacer estos deséos, y por estar persuadido de que puede traer sumo beneficio no solo á niños y jóvenes, sino tambien á los que han llegado á edad madura sin haber leido cosa que los instruya y que los obligue á egercitar útilmente el discurso, me animé á trasladar al castellano un tratado que por experiencia de otras naciones cons-

ta haber sido tan provechoso.

Pero léjos de ceñirme á una traduccion rigurosa y literal, me he tomado libertad en suprimir, aumentar, ó alterar no pocos lugares (aunque sin apartarme demasiado de la substancia y método del original) ya con el fin de corregir varias equivocaciones (*), ya con el de aclarar doctrinas que no parecerian acomodadas á la comprehension de los niños, ó ya para evitar ciertas repeti-

(*) Incurriria en prolixidad, si hubiese de advertir menudamente cuales son estas alteraciones, de que solo podrá enterarse quien se acerque á cotejar mi traduccion con la francesa del año de 1785, que se dice impresa en Lóndres. Bastará para muestra el texto original de la *Tarde ó Conversacion segunda*, en que se confunden las *Islas Canarias* con las de la *Madera*; el de la *Tarde quinta*, en que se hace una descripcion de los *carneros* ú *ovejas del Perú* muy contraria á la que dan los Naturalistas y los Historiadores de las Indias; y el de la *Tarde sexta*, en que, segun la antigua Física, se atribuye al rayo otro principio que el *fluido eléctrico*.

ciones molestas, y algunas digresiones que los distraherian del principal asunto.

De igual libertad he usado cuando, por observar la verosimilitud debida respecto á las diferentes edades é instruccion de los interlocutores, pongo en boca del padre, ó de los jóvenes mas adelantados cosas que en el original se suponen dichas por niños de tan tierna edad, que difícilmente podrían saberlas. Al mismo tiempo he procurado dar al estilo (sin salir del familiar y sencillo que corresponde á semejantes diálogos) mas ó ménos dignidad segun es el personage que habla; y sobre todo he aspirado á conservar la pureza y propiedad de la frase castellana, por la justa consideracion de que en obra que han de leer niños, á quienes fácilmente se pega cualquier resabio, son mas perjudiciales que en otra alguna los descuidos de lenguage y de construccion.

Réstame únicamente satisfacer á los que extrañando los rarísimos acontecimientos de *Robinson*, los juzguen increibles, y fingidos todos por mero capricho. El autor Ingles del antiguo *Robinson* se esmeró en convencer á sus lectores de que tan léjos estaba su historia de ser una novela, que el heroe de ella no era imaginario, ántes bien habia exîstido realmente, y le habian acontecido en efecto los principales sucesos que de él refiere; pero no descubrió con la comprobacion necesaria quien fué el verdadero *Robinson*, ni de donde sacó las substanciales noticias de los hechos de su vida. Sin negar á *Daniel Defoe* el mérito de haberlos extendido y adornado mucho para formar una historia seguida, hallo razones bastante fundadas para conjeturar que pudo muy bien haberlos tomado de un fidedigno Autor que escribió en castellano casi dos siglos ha, y que el caso

de que se trata, ú otro muy semejante, sucedió á un español, y en una isla sujeta á la dominacion de España.

Quien desee cerciorarse de ello, y por consiguiente dar crédito y mayor aprecio al libro de *Robinson*, podrá leer la relacion siguiente que se halla en la parte primera de los *Comentarios del orígen de los Incas por el Inca Garcilaso de la Vega*, capítulos VII. y VIII. Me ha parecido tan curiosa, que, en vez de extractarla, tengo por conducente copiarla aquí entera y á la letra, excusando á los lectores la molestia de recurrir al original. Dice, pues, así el Inca Garcilaso (tom. 1. pág. 9. col. 1.)

"La Isla *Serrana*, que está en el viage de Cartagena á la Habana, se llamó así por un Español llamado *Pedro Serrano*, cuyo navío se perdio cerca de ella, y él solo escapo nadando, que era grandísimo nadador, y llego á aquella Isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo

para tener leña y agua, y sacar fueg[illegible] un caso historial de grande admiracion: ([illegible] zá lo dirémos en otra parte) de cuyo no[illegible] bre llamaron *Serrana* aquella Isla, y *Serra*[illegible] *nilla* á otra que está cerca de ella, por diferenciar la una de la otra."

Continuando el Inca su narracion (en la pág. 10. col. 1.) explica mas individualmente el suceso en estos precisos términos.

"Será bien, ántes que pasemos adelante, digamos aquí el suceso de *Pedro Serrano*, que atras propusimos, porque no esté lejos de su lugar, y tambien porque este capítulo no sea tan corto. *Pedro Serrano* salió á nado en aquella Isla desierta, que ántes de él no tenia nombre, la cual, como él decia, tenia dos leguas en contorno. Casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres Islas muy pequeñas con muchos bagíos á la redonda, y la misma figura le da á la que llaman *Serranilla*, que son cinco Isletas pequeñas, con muchos mas bagíos que la *Serrana*; y en todo aquel parage los hay, por lo cual huyen los navíos de ellos, por no caer en peligro.

A *Pedro Serrano* le cupo en suerte perderse en ellos, y llegar nadando á la Isla, donde se halló desconsoladísimo, porque no

en ella agua, ni leña, ni aun yerba que ...er pacer, ni otra cosa alguna con que en... ...tener la vida miéntras pasase algun navío que de allí lo sacase para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecia muerte mas cruel que haber muerto ahogado, porque es mas breve. Así paso la primera noche, llorando su desventura, tan afligido como se puede imaginar que estaria un hombre puesto en tal extremo. Luego que amaneció, volvió á pasear la Isla; halló algun marisco que salia de la mar, como son cangrejos, camarones, y otras sabandijas, de las cuales cogió las que pudo, y se las comió crudas, porque no habia candela donde asarlas ó cocerlas. Así se entretuvo hasta que vió salir tortugas: viéndolas léjos de la mar, arremetió con una de ellas, y la volvió de espaldas: lo mismo hizo de todas las que pudo, que para volverse á enderezar son torpes, y sacando un cuchillo que de ordinario solia traer en la cinta, que fué el medio para escapar de la muerte, la degollo y bebió la sangre en lugar de agua: lo mismo hizo de las demas: la carne puso al sol para comerla hecha tasajos, y para desembarazar las conchas para coger agua en ellas de la llovediza, porque toda aquella region, como es notorio, es muy llovisa. De esta manera se sustentó los prime-

ros dias con matar todas las tortugas que podia; y algunas habia tan grandes y mayores que las mayores adargas, y otras como rodelas y como broqueles, de manera que las habia de todos tamaños. Con las muy grandes no se podia valer para volverlas de espaldas, porque le vencian de fuerzas: y aunque subia sobre ellas para cansarlas y sujetarlas, no le aprovechaba nada, porque con él acuestas se iban á la mar, de manera que la experiencia le decia á cuales tortugas habia de acometer, y á cuales se habia de rendir. En las conchas recogió mucha agua, porque algunas habia que cabian á dos arrobas, y de allí á bajo. Viéndose *Pedro Serrano* con bastante recaudo para comer y beber, le pareció que si pudiese sacar fuego para siquiera asar la comida y para hacer ahumadas cuando viese pasar algun navío, que no le faltaria nada. Con esta imaginacion, como hombre que habia andado por la mar (que cierto los tales en cualquiera trabajo hacen mucha ventaja á los demas) dió en buscar un par de guijarros que le sirviesen de pedernal, porque del cuchillo pensaba hacer eslabon, para lo cual, no hallándolos en la Isla, porque toda ella estaba cubierta de arena muerta, entraba en la mar nadando, y se zambullía, y en el suelo con gran diligencia buscaba, ya en

unas partes, ya en otras, lo que pretendia; y tanto porfió en su trabajo, que halló guijarros, y sacó los que pudo, y de ellos escogió los mejores, y quebrando los unos con los otros para que tuviesen esquinas donde dar con el cuchillo, tentó su artificio, y viendo que sacaba fuego, hizo hilas de un pedazo de la camisa muy desmenuzadas, que parecian algodon carmenado, que le sirvieron de yesca; y con su industria y buena maña habiendo porfiado muchas veces, sacó fuego. Cuando se vió con él, se dió por bien andante, y para sustentarle recogió las horruras que la mar echaba en tierra, y por horas las recogia donde hallaba mucha yerba que llaman ovas marinas, y madera de navíos que por la mar se perdian, y conchas y huesos de pescados, y otras cosas con que alimentaba el fuego. Y para que los aguaceros no se lo apagasen, hizo una choza de las mayores conchas que tenia de las tortugas que habia muerto, y con grandísima vigilancia cebaba el fuego porque no se le fuese de las manos. Dentro de dos meses, y aun ántes, se vió como nació, porque con las muchas aguas, calor y humedad de la region se le pudrió la poca ropa que tenia. El sol con su gran calor le fatigaba mucho, porque ni tenia ropa con que defenderse, ni habia

sombra á que ponerse. Cuando se veia muy fatigado, se entraba en el agua para cubrirse con ella. Con este trabajo y cuidado vivió tres años, y en este tiempo vió pasar algunos navíos; mas aunque él hacia su ahumada, que en la mar es señal de gente perdida, no echaban de ver en ella, ó por el temor de los bagíos no osaban llegar donde él estaba, y se pasaban de largo: de lo cual *Pedro Serrano* quedaba tan desconsolado, que tomara por partido el morirse y acabar ya. Con las inclemencias del cielo, le creció el bello de todo el cuerpo tan excesivamente, que parecia pellejo de animal, y no cualquiera, sino el de un javalí: el cabello y la barba le pasaba de la cinta.

Al cabo de los tres años una tarde, sin pensarlo, vió *Pedro Serrano* un hombre en su Isla, que la noche ántes se habia perdido en los bagíos de ella, y se habia sustentado en una tabla del navío, y como luego que amaneció viese el humo del fuego de *Pedro Serrano*, sospechando lo que fue se habia ido á él, ayudado de la tabla y de su buen nadar. Cuando se vieron ambos, no se puede certificar cual quedó mas asombrado de cual. *Serrano* se imaginó que era el demonio que venia en figura de hombre para tentarle en

alguna desesperacion. El huesped entendió que *Serrano* era el demonio en su propia figura, segun lo vió cubierto de cabellos, barbas y pelage. Cada uno huyó del otro, y *Pedro Serrano* fué diciendo: *¡ Jesus, Jesus! líbrame Señor del demonio.* Oyendo esto, se aseguró el otro; y volviendo á él, le dijo: No huyais, hermano, de mí, que soy cristiano como vos, y para que se certificase, porque todavía huía, dijo á voces el credo, lo cual oido por *Pedro Serrano*, volvió á él, y se abrazaron con grandísima ternura y muchas lágrimas y gemidos, viéndose ambos en una misma desventura sin esperanza de salir de ella. Cada uno de ellos brevemente contó al otro su vida pasada. *Pedro Serrano*, sospechando la necesidad del huesped, le dió de comer y de beber de lo que tenia, con lo que quedó algun tanto consolado, y hablaron de nuevo en su desventura. Acomodaron su vida como mejor supieron, repartiendo las horas del dia y de la noche en sus menesteres de buscar marisco para comer, y ovas, y leña, y huesos de pescado, y cualquiera otra cosa que la mar echase para sustentar el fuego; y sobre todo, la perpetua vigilia que sobre él habian de tener velando por horas, porque no se les apagase. Así vivieron algunos dias, mas no

pasaron muchos que no riñeron, y de manera que apartaron rancho, que no faltó sino llegar á las manos (porque se vea cuan grande es la miseria de nuestras pasiones.) La causa de la pendencia fué decir el uno al otro que no cuidaba como convenia de lo que era menester; y este enojo, y las palabras que con él se dijeron, los descompusieron y apartaron. Mas ellos mismos, cayendo en su disparate, se pidieron perdon, y se hicieron amigos, y volvieron á su compañía, y en ella vivieron otros cuatro años. En este tiempo vieron pasar algunos navíos, y hacian sus ahumadas, mas no les aprovechaba, de que ellos quedaban tan desconsolados, que no les faltaba sino morir.

Al cabo de este largo tiempo acertó á pasar un navío tan cerca de ellos, que vió la ahumada, y les echó el batel para recogerlos. *Pedro Serrano* y su compañero, que se habia puesto de su mismo pelage, viendo el batel cerca, porque los marineros que iban por ellos no entendiesen que eran demonios y huyesen de ellos, dieron en decir el credo, y llamar el nombre de nuestro Redentor á voces; y valióles el aviso; que de otra manera, sin duda huyeran los marineros, porque no tenian figura de hombres humanos. Así los llevaron al navío, donde

admiraron á cuantos los vieron y oyeron sus trabajos pasados. El compañero murió en la mar viniendo á España. *Pedro Serrano* llegó acá, y pasó á Alemania, donde el Emperador estaba entonces. Llevó su pelage como lo trahia, para que fuese prueba de su naufragio y de lo que en él habia pasado. Por todos los pueblos que pasaba á la ida, si quisiera mostrarse, ganara muchos dineros. Algunos señores y caballeros principales, que gustaron de ver su figura, le dieron ayudas de costa para el camino; y la Magestad Imperial, habiéndole visto y oido, le hizo merced de cuatro mil pesos de renta, que son cuatro mil y ochocientos ducados en el Perú. Yendo á gozarlos, murió en Panamá, que no llegó á verlos. Todo este cuento, como se ha dicho, contaba un caballero que se decia *Garci Sanchez de Figueroa*, á quien yo se lo oí, que conoció á *Pedro Serrano*, y certificaba que se lo habia oido á él mismo; y que despues de haber visto al Emperador, se habia quitado el cabello y la barba, y dejádola poco mas corta que hasta la cinta, y para dormir de noche se la entrenzaba, porque no entrenzándola, se tendia por toda la cama, y le estorbaba el sueño."

testo de la precedente narracion, pase á leer así el antiguo *Robinson* Ingles de *Defoe*, como el que el Señor *Campe* ha escrito últimamente en aleman, conocerá desde luego que el hecho principal que sirve de fundamento á la que parece novela es positivamente histórico, y que aun lo son muchas de las circunstancias accesorias á él, aunque las demas sean verosimil y oportunamente inventadas por aquellos dos Escritores para amplificar y exornar la historia, como lo consiguieron, entretegiendo episodios que la hacen no ménos instructiva que deleitable.

El Autor Ingles hizo á su *Robinson* natural de la ciudad de Yorck; el Aleman le fingió Hamburgues; y yo, conformándome con la antigua y autorizada narracion del Inca *Garcilaso*, hubiera podido suponer Español al mismo héroe, si para esto no fuera necesario trastornar muy notablemente el órden de sus viages, y

por consiguiente la serie de los sucesos.

La carta que va al frente del primer tomo de esta traduccion ayudará al conocimiento de la Geografía que se necesita para mejor inteligencia de la historia. Va señalado con puntos el derrotero de los viages del héroe, y se advertirán rayados todos los nombres geográficos no solo de los paises que él corrió, sino tambien de los que en el discurso de la narracion se citan de paso. En esto se ha atendido á la utilidad de los jóvenes; y en las doce estampas que adornan la edicion, á proporcionarles un atractivo que les haga mas apetecible y divertida la lectura.

INTRODUCCION.



EL NUEVO ROBINSON,

HISTORIA MORAL.

✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤✤

INTRODUCCION.

En una casa de campo no muy distante de Hamburgo, rica ciudad de Alemania, situada á las orillas del caudaloso rio Albis, residia una dilatada familia, compuesta de personas enlazadas entre sí ya con los vínculos del parentesco, ya con los de la amistad y confianza. Dificilmente podia distinguirse á quien amaban mas el padre y la madre, cabezas de esta familia: si á sus hijos Nicolas y Juan, ó á sus hijas Teodora y Luisita: si á sus sobrinos Enrique y Carlitos, ó á Ramon y Basilio, hijos de dos amigos de la casa. Estos dos ya eran jóvenes, y los demas niños de diferentes edades. Todos vivian unidos como hermanos; y todos con igual docilidad, y

siempre alegres obedecian al Padre y á la Madre, aplicándose á estudiar y á ser buenos, mediante la acertada educacion, en que el cultivo de sus entendimientos contribuia á imprimir la virtud en sus corazones. Tenian horas de ocupacion, y horas de recreo; pero muy á menudo se juntaba lo uno y lo otro; pues miéntras se dedicaban á alguna labor, acostumbraba el Padre referirles varias historias ó cuentos, que al mismo tiempo que los tenian divertidos, les ofrecian útiles exemplos de piedad, honradez y juiciosa conducta.

La siguiente historia moral de *Robinson* sirvió de asunto para la conversacion de muchas tardes; y habiendo advertido el Padre la suma atencion y complacencia con que los niños sus alumnos escuchaban las extraordinarias aventuras de aquel desgraciado mancebo, y el buen fruto que sacaba de la narracion de ellas, determinó despues escribirlas, y publicarlas para entretenimiento de otros niños, que podrian leerlas, ú oirlas leer con la misma curiosidad,

y tal vez con el mismo aprovechamiento.

¡Padre mio! (dixo Teodora una hermosa tarde de verano:) ¿tendrémos hoy el gusto de que Vm. nos cuente como otras veces alguna historia?—Sí, hija mia, (respondió el Padre), pero sería lástima no gozar una tarde tan apacible. Salgamos al campo, en donde la verdura del prado nos está convidando á descansar.—¡Oh, qué cosa tan bien pensada! (claman todos á una voz:) ¡Cómo nos hemos de divertir!—Y saltando de contento, salen de casa, llegan al ameno sitio, y empiézase la agradable conversacion de esta manera.

TARDE PRIMERA.

Teodora. ¿Aquí, Papá?

El Padre. Sí: aquí, debaxo de este manzano.

Nicolás. Este sí que es un parage delicioso.

Todos (*saltando y palmoteando de alegría.*) Delicioso, delicioso.

El Padre. Pero ¿en qué pensais ocuparos miéntras os cuento mi historia? Es regular que no querais estaros así mano sobre mano. El ocio nunca es bueno.

Juan. Todo sería que tuviesemos aquí algo en que entretenernos.

La Madre. Ya traigo yo guisantes que desgranar, y judías que mondar. ¿Quién quiere ayudarme?

Todos. Yo, yo, yo, yo.

Teodora. Yo y Luisita, y tú Carlitos desgranaremos guisantes, sí?

Luisita. No puedo: porque tengo que hacer el punto de cadeneta que Madre me ha enseñado.

Teodora. Pues bien: desgranarémos no-

sotros dos solos. Ven, Carlitos: siéntate.

Basilio (sentándose junto á ellos.) Quiero trabajar tambien con vosotros.

Ramon. Y yo tambien.

Enrique. Aquí hay lugar de sobra. Veremos quien monda mas.

El Padre. Colocaos de modo que podais ver el sol cuando se ponga; pues hoy nos ofrecerá el cielo un bellísimo espectáculo.

Colócanse todos, y principian su obra.

El Padre. Ahora bien, hijos mios: voy á contaros una historia muy rara, que al principio os erizará los cabellos, y que despues os hará saltar de gozo.

Teodora. ¡Oh! que no sea demasiado triste.

Luisita. Muy triste no, papá; porque llorarémos sin poderlo remediar.

Juan. Vaya, dexa, que papá sabe lo que ha de hacer.

El Padre. No temais, hijos mios: haré lo posible porque no haya cosas demasiado melancólicas.

En la ciudad de Hamburgo vivia

un hombre apellidado *Robinson*, que tenia tres hijos. El mayor quiso ser soldado; sentó plaza, y fué muerto en una batalla contra los franceses. El segundo, que se inclinó á la carrera de las letras, habiendo bebido agua fria un dia que se habia acalorado mucho, enfermó del pecho, y murió.

Luisita. Por eso dice papá que cuando estamos muy acalorados no se bebe.

El Padre. Solo quedaba el hijo menor, que se llamaba Conrado; y por esto el Padre y la Madre pusieron desde entónces todas sus esperanzas en aquel hijo único, queriéndole como á las niñas de sus ojos; pero su cariño no era un cariño racional.

Teodora. ¿Y qué quiere Vm. decir con eso, Padre mio?

El Padre. Voy ahora á explicártelo.— Tambien os amamos nosotros, como sabéis; mas por lo mismo procuramos dedicaros al trabajo, enseñándoos muchas cosas agradables y útiles, porque conocemos que así llegaréis á ser bue-

nos, y por consiguiente felices. Pero los Padres de Conrado procedian de mui distinto modo, pues dexaban hacer siempre su voluntad al hijo querido; y como el buen caballerito gustaba mas de jugar que de aplicarse y aprender alguna cosa, le dexaban holgar y travesear casi todo el dia, de suerte que ya en el estudio, ya en la buena crianza nada ó mui poco adelantó. Esto es, hija mia, lo que llamamos un cariño no racional.

Teodora. Ahora lo entiendo.

El Padre. Crecía el muchacho *Robinson* sin saberse á que destinarle. Su Padre deseaba aprendiese el comercio; pero el hijo no tenía gana de tal cosa; porque, segun decia, le agradaba mas correr el mundo para ver tierras: en una palabra, queria vivir á su libertad, ocioso y sin destino, como si los hombres no hubiésemos nacido para ocuparnos en algo de provecho.

En verdad que este mozo discurria y hablaba con poquísimo seso. Si hubiese empezado aprendiendo cosas úti-

les y necesarias, ya era mui diferente; pero ¿qué podia ganar en ver el mundo un jóven tan falto de instruccion como Conrado? Cuando se aspira á hacer fortuna, en cualquier país que sea, es preciso haber adquirido primero un caudal suficiente de habilidad; y nuestro *Robinson* no habia pensado en semejante cosa.

Ya tenia cumplidos diez y siete años; y entretanto habia perdido la mayor parte del tiempo en callejear á todas horas. No habia dia que no importunase á su padre para que le diese licencia de salir á viajar; pero el padre le respondia que su pretension era descabellada, negándose siempre á querer oir hablar de viage. Un dia....

Luisita. Vaya, que ahora empieza el cuento.

Nicolas. Calla.

El Padre. Un dia, en que, segun su costumbre, habia ido á corretear ácia el puerto, encontró á uno de sus amigotes. Era éste hijo del capitan de

un navío, y estaba entónces para partir á *Lóndres* con su Padre.

Carlitos. ¿En coche?

Enrique. No, Carlitos: para pasar á Lóndres es menester ir embarcado, y atravesar un gran trecho de agua que se llama *el mar del Norte.*

El Padre. Su camarada le preguntó si queria acompañarle en el viage. Con mucho gusto (respondió Conrado); pero mis padres no vendrán en ello.— Anda (replicó el otro); vente conmigo así como estás, por modo de fiesta: dentro de tres semanas estarémos de vuelta; y si no te resuelves por miedo de tu Padre y de tu Madre, ¿hai mas que avisarles tu paradero?— Pero no tengo dinero en el bolsillo (decia Conrado) —¿Qué importa? (replicaba el otro): yo pagaré por tí durante el viage.

Detúvose á pensar *Robinson* un brevísimo instante; y dando de repente una palmada en la mano del otro, exclamó: toca esos cinco, amigo; y vamos luego á embarcarnos. Diciendo

y haciendo, dexó encargado á uno fuese dentro de pocas horas á ver á sus Padres, y á prevenirles que habia partido no mas que para llegar á Inglaterra, y que mui en breve le tendrian de vuelta. Al punto pasaron á bordo los dos amigos.

Juan. ¡Ay, ay! no me gusta ese *Robinson.*

Nicolas. Ni á mi tampoco.

Basilio. ¿Y por qué?

Juan. Porque dexó de ese modo á sus Padres sin licencia suya.

Basilio. Tienes razon, Juanito: hizo en ello un gran desacierto, de que debemos lastimarnos. Por fortuna que hai pocos jóvenes que ignoren en tanto grado lo que deben á sus padres.

Nicolas. ¿Acaso hai otros que se parezcan á *Robinson?*

Basilio. Hasta ahora ninguno he visto; pero lo que yo sé mui positivamente es que nada puede salir bien en el mundo á jóvenes como aquel.

Juan. Pues bien: oigamos como le fué á *Robinson.*

El Padre. Los marineros levaron las anclas, y soltaron las velas: el viento empezó á impeler el navío; y el capitan se despidió de la ciudad, saludándola con seis cañonazos. *Robinson* estaba sobre la cubierta con su amigo; y no cabia en sí de gozo al ver que por fin iba á viajar.

El dia era sereno, y el viento soplaba tan favorablemente, que luego perdieron de vista la ciudad de Hamburgo; y el dia inmediato estaban ya en alta mar. La tierra se habia ido desapareciendo poco á poco: pero ¡qué ojos tan espantados abrió *Robinson* cuando, mirando á todas partes, no vió otra cosa que arriba cielo, y delante, detras, y al rededor de sí, agua!

Teodora. Esa debe ser una vista mui hermosa.

La Madre. No será difícil que la disfrutes tú dentro de poco.

Teodora. ¿Pues qué? ¿Hemos de ir allá?

Ramon. Eso será cuando prestemos toda la atencion debida miéntras nos enseñan la Geografía, y cuando aprenda-

mos por donde se pasa para llegar de un parage á otro.

El Padre. Si con vuestra continua aplicacion al trabajo, y vuestra moderacion en el comer y beber os endureceis diariamente el cuerpo para poder resistir un viage como éste, quizá saldrémos algun dia á dar un paseo hasta *Travemunda*, en donde principia el *mar Báltico*.

Todos. ¡Oh, qué bueno!

El Padre. Allí nos embarcaríamos, y hariamos que nos llevasen por mar á distancia de cuatro leguas.

(*Al oir esto se levantaron todos precipitadamente, y se colgaron al cuello del Padre. Quién le cogia los brazos; quién le asia de las rodillas, manifestando su alegría con halagos, palmadas y brincos.*)

Luisita. ¿Me llevará Vm. á mí tambien?

La Madre. Sí, como entónces te halles en estado de ir tan léjos.

Luisita. ¿Pero es mui léjos.? — ¿No es verdad, Papá? — Quizá mas léjos

que *Vandesbec*, (*) donde vive el Señor Claudio, y el otro caballero que tiene una casa grande, y una huerta tan grande, tan grande.... mucho mayor que la huerta de casa. Ya he estado yo allí aquel dia que anduvimos buscando por el campo piedrecitas de todos colores; y cuando....

El Padre. Y cuando estuvimos viendo como labraban la tierra.

Luisita. Sí; y cuando entramos en la fragua que está junto al camino.

El Padre. Y cuando subimos al molino.

Luisita. ¡Ah! sí: donde el viento me llevó el sombrero....

El Padre. El sombrero que recogió, y te traxo el mozo del molinero.

Luisita. Era un mozo muy bueno aquel, ¿no es verdad, Papá?

El Padre. Un mozo tan bueno, que nos

(*) Pueblo que dista de Hamburgo media legüa, no léjos de la casa de campo en que reside el autor, y en que se supone pasaron los coloquios contenidos en este libro.

hizo entónces un favor, aunque no nos conocia.

Luisita. ¿Y Vm. le dió tambien algo?

El Padre. Ya se ve que le dí. Cada uno por su parte procura corresponder á los que se manifiestan propensos á servir.— Pero veo que nos olvidamos de nuestro *Robinson*. Démonos priesa á alcanzarle; que si no le perderemos de vista, porque él va que vuela.

Dos dias seguidos tuvieron buen tiempo y buen viento. Al tercero se cubrió el cielo de nubes; el mar se obscureció; y aumentándose por momentos la lobreguez, empezó á soplar el viento con violencia. Unas veces menudeaban tanto los relámpagos, que parecia estár ardiendo en llamas el cielo; otras veces se advertian unas tinieblas como si fuese media noche: seguíase el estruendo continuado de los truenos; llovian torrentes de agua, y la tempestad agitaba el mar con tal ímpetu que las aguas se hinchaban, y se levantaban como montañas.

¡Si entónces hubierais visto como

balanceaba el navío! Ya una ola furibunda le hacia subir hasta las nubes; ya se hundia precipitadamente hasta lo profundo del abismo; ya se tumbaba de un costado, ya de otro. La gente tenia que asirse de alguna cosa para no caer á cada instante. *Robinson*, que á nada de esto estaba acostumbrado, se sintió con tal desvanecimiento, con tantas nauseas y bascas, que parecia iba á expirar. Llaman á esto *maréo.*

Juan. Eso es lo que vino á sacar.

El Padre. ¡Ay, Padres mios, pobres Padres mios! (no cesaba de exclamar *Robinson*): ya no volvereis á verme. ¡Qué desacierto el mio en haberos dado este pesar!

Oyense de repente unos cruxidos debaxo de la cubierta. — ¡Tened, Señor, misericordia de nosotros! (gritaban los marineros, pálidos como la misma muerte, y haciendo extremos de desesperacion.) ¿Qué hay? ¿qué es esto? (preguntó *Robinson* casi muerto de terror.) — ¡Ay de nosotros! (le replicaron): somos perdi-

dos: un rayo ha destrozado el *palo de trinquete* (esto es, uno de los tres palos derechos de un navío, aquel que está mas cerca de la próa); y el *palo mayor* estriba ya en tan poco, que será preciso tambien cortarle y echarle al agua.

Perdidos somos (clamaba otra voz desde la bodega): el navío *hace agua*: ya hay cuatro pies de agua.

Al oir esto *Robinson*, que estaba sentado en el camarote, cayó sin sentido. Todos los demas acudieron á las bombas para mantener, si era posible, el navío flotante, esto es, sobre el agua. Por fin un marinero meneó fuertemente á *Robinson*, preguntándole si habia él de ser el único que estuviese tendido sin hacer cosa alguna miéntras los demas trabajaban cuanto podian.

Probó, pues, á levantarse, á pesar de su debilidad; y se puso á dar á una de las bombas. En estas circunstancias mandó el capitan disparar algunos cañonazos para hacer á otras

embarcaciones (por si actualmente se hallaban algunas cerca) la señal del peligro en que estaba. *Robinson*, ignorando el motivo de aquel estruendo, creyó que el vagel se habia abierto, y volvió á desmayarse. Un marinero, que ocupó su lugar, le apartó, dándole un puntapié, y le dexó allí, creyéndole muerto.

Daban cuanto podian á la bomba, pero el agua subia mas y mas en la bodega, y solo aguardaban ya el momento en que el navío se fuese á fondo. Para aligerarle, se echó al mar todo lo que no les hacía gran falta, como cañones, fardos, pipas, pero nada sirvió.

En esto, otro buque habia oido la señal de pedir socorro, y envió una lancha para libertar la tripulacion; pero esta lancha no podia acercarse, porque las olas estaban demasiado encrespadas. Arrimóse, en fin, á la popa lo bastante para echar un cable á la gente del navío que naufragaba, por cuyo medio tiró ella de la lancha, y al

punto todos los que estaban en disposicion saltaron á esta para salvarse. *Robinson*, que no podia tenerse en pie, fué arrojado á la misma lancha por algunos marineros compasivos.

No bien hubieron remado un poco, cuando el navío, del cual todavía no estaban muy distantes, se fué á pique ante sus mismos ojos. Por fortuna habia empezado á serenarse algun tanto la tormenta, pues de otro modo las olas hubieran tragado sin remedio la lancha llena de gente. Despues de muchos peligros, llegaron por fin al otro buque, á cuyo bordo fueron recibidos.

Teodora. Bueno es que esta pobre gente no se haya ahogado.

Nicolás. ¡Con qué ansia me tenia!

Luisita. Así escarmentará el Señor *Robinson*, y no volverá á hacer otra vez tal disparate.

La Madre. Eso mismo creo yo: y es regular que ya tenga mas juicio.

Enrique. Y entónces ¿qué se hizo de él?

El Padre. El navío que le recogió, co-

mo á los demas, navegó para Lóndres. Cuatro dias despues se hallaba ya á la *boca del Tamesis*; y al quinto dia estaba surto, ó al ancla enfrente de la ciudad de Lóndres.

Carlitos. ¿Qué quiere decir eso de la *boca del Tamesis*?

Basilio. El *Tamesis* es un rio de Inglaterra (como nuestro rio Albis) que entra en el mar nò léjos de Lóndres. El parage donde un rio desemboca y desagua en el mar, se llama la *boca* del rio.

El Padre Todos saltaron en tierra gozosos de haber escapado del peligro. Pero el primer cuidado de *Robinson* fué ver la gran ciudad de Lóndres olvidándose de lo pasado, y no pensando en lo por venir. Con todo, llegó el caso de que su estómago le avisase que el gusto de vivir en la gran ciudad de Lóndres no le libertaba de la necesidad de buscar que comer; y hubo de tomar el partido de hablar al Capitan con quien habia salido, suplicándole le permitiese sentarse á su

mesa. Este se complació de recibirle amistosamente, y durante la comida preguntó á aquel mozo qué motivo le habia traido á Lóndres, y qué se proponia hacer allí. Refirióle *Robinson* con franqueza que meramente habia emprendido aquel viage por divertirse, añadiéndole que se habia atrevido á ello sin noticia de sus padres, y que á la sazon ya no sabia qué hacerse.

¡Sin noticia de sus padres! (exclamó el Capitan aturdido) y dejó caer de la mano el cuchillo con que trinchaba. ¡Dios mio! ¡Que ántes no hubiese yo sabido esto!—Bien puedes creerme, imprudente jóven: (continuó) si yo lo hubiese descubierto en Hamburgo, no te hubiera admitido á mi bordo, aunque me hubieses ofrecido en recompensa un millon. *Robinson* bajaba los ojos; la verguenza se manifestaba en el rubor de su semblante, y guardaba silencio.

El honrado Capitan del navío, prosiguiendo en manifestarle todos sus yer-

ros, le dijo que nunca podría ser dichoso á ménos que se enmendase y alcanzase de sus padres el perdon. *Robinson* entretanto vertia lágrimas hilo á hilo.

Pero ¿qué debo hacer? (preguntaba sollozando.) — ¿Qué debes hacer? le respondió el Capitan: — Restituirte á casa de tus padres; echarte á sus pies, y con el arrepentimento de un hijo bien nacido, pedirles perdon de tu imprudencia.

Luisita. ¡Ah papá! Mucho quiero á ese Capitan. ¡Qué buen hombre era!

El Padre. Hizo lo que todos debemos hacer cuando vemos que nuestros prógimos incurren en algun defecto: reduxo á aquel mozo al cumplimiento de su obligacion.

¿Querrá Vm. restituirme á Hamburgo? (le preguntó *Robinson.*) — ¿Yo? (replicó el Capitan:) ¿Te has olvidado de que perdí mi navío? Hasta que logre ocasion de comprar otro, no podré volver, y esto quizá tardará mas de lo que es razon te detengas

aquí. Tú debes embarcarte en el primer buque que parta para Hamburgo, y esto ántes hoy que mañana.

Pero no tengo dinero (decia *Robinson*). Toma (respondió el Capitan) estas *guinéas*.

Teodora. ¿Qué son *guinéas*?

El Padre. *Guinéa* es una moneda de oro que hai en Inglaterra, y te enseñaré una cuando volvamos á casa.

Juan. Vamos continuando.

El Padre. Hé aquí, pues, (respondió el buen Capitan) esas guinéas que te presto, aunque ahora tengo urgente necesidad del poco dinero que me queda.—Vete al puerto, y ajusta tu flete en algun navío. Si tu arrepentimiento es sincero, Dios bendecirá tu regreso, y le hará mas feliz que ha sido nuestra venida. Con esto le apretó cordialmente la mano, y le deseó un buen viage.—Fuése *Robinson*.....

Nicolas. ¿Con que ya vuelve á su casa?—A Dios: pues se acabó el cuento, y yo creí que ahora empezaba.

La Madre. ¿No te alegras, querido Ni-

colas, de que se restituya á casa de sus padres, y de que vaya á sosegar el terrible sobresalto en que los tenia?

Ramon. ¿Y no te regocijas de que conozca sus extravíos, y de que quiera enmendarlos?

Nicolas. Sí: eso sí; pero, con todo, yo creia que antes habia de suceder alguna cosa mui divertida.

El Padre. Ten paciencia, que todavia no ha llegado. Oigamos la continuacion de sus aventuras. — Miéntras se dirigia al puerto, le pasaban mil ideas por la imaginacion. ¿Qué dirán mis padres (reflexîonaba entre sí) si vuelvo ahora á casa? Seguramente me castigarán por lo que he hecho. Y mis conocidos, y otros muchos ¡cómo se burlarán de mí, y de mi pronta vuelta! Harán mofa de que casi no he visto mas que dos ó tres calles de Lóndres.

Paróse, y quedándose pensativo, tan pronto se determinaba á no partir todavía, tan pronto reflexîonaba de nuevo sobre lo que el Capitan le acababa de decir; es á saber, que nunca

seria feliz, si no volvia á casa de sus padres. Mantúvose perplexo por largo tiempo, sin saber que resolver, y no obstante, se fué por fin al puerto.

Pero con gran satisfaccion suya, supo que por entónces no habia embarcacion alguna pronta para Hamburgo. Esta noticia le dió uno de aquellos Capitanes que hacen el *viage de Guinéa.*

Carlitos. ¿Y qué es el *viage de Guinéa*?

El Padre. Enrique te lo esplicará, que él lo sabe.

Enrique. ¿No te acuerdas de que hay una parte del mundo que se llama *Africa*?—Pues bien: una de las costas...

Carlitos. ¿Costa?

Enrique. Esto es un pais que está inmediato al mar.—Cabalmente traigo en el bolsillo el librito de los mapas. Mira aquí. Esta extension de tierra que baja dando vuelta por esta parte, se llama *Costa de Guinéa.*

El Padre. Y á esa costa es á donde se va á comerciar. El hombre que hablaba con *Robinson* era uno de aquellos Maestros, ó Capitanes de navío que

acostumbran hacer viages á esa costa de *Guinéa.*

Divertiase el tal Capitan en continuar la conversacion con *Robinson*, y le convidó á que fuese á tomar á bordo de su navío una taza de té en su cámara. *Robinson* convino en ello.

Juan. ¿Con que el Capitan sabia hablar nuestra lengua?

El Padre. Me habia olvidado de decirte que en Hamburgo habia tenido *Robinson* oportunidad de aprender el Ingles, lo cual le era muy conducente en aquella ocasion de hallarse en Inglaterra.

Cuando el Capitan le oyó decir que tenia deseo de viajar, y que sentia tanto volverse ya á Hamburgo, le propuso si queria acompañarle en el viage de *Guinéa.* Al principio se espantó *Robinson* de proposicion semejante; pero despues que el Capitan le aseguró que el viage seria divertido, que por llevar compañía le conduciria de valde, y sin que tuviese que hacer gasto alguno; y que, fuera de esto, podria resultarle

alguna ganancia de entidad, se inflamó de improviso, y le entró tan vivo deséo de viajar, que al momento olvidó cuanto le habia aconsejado el hònrado Capitan Hamburgues, y lo que él mismo tenia resuelto sobre volver á su casa.

Pero despues de haber hecho sus cuentas, dijo: Yo no tengo mas de tres guinéas. ¿En qué puedo emplear suma tan corta para llegar á hacer algun comercio en el parage adonde Vm. quiere llavarme?

Yo le prestaré á Vm. otras seis (le dijo el Capitan;) y con esto solo puede Vm. comprar lo que basta para enriquecerse en *Guinéa*, si la fortuna nos sopla medianamente.

Y ¿qué seria menester comprar para eso? (preguntaba *Robinson.*) Respondióle el Capitan: Unas cuantas frioleras y chucherias; juguetes, avalorios, cuchillos, tixeras, y otras baratijas de que los negros de Africa gustan tanto, que le darán á Vm. cien veces su valor en oro, marfil y otras cosas.

Al oir esto, salió de sí *Robinson*; y olvidándose de padres, de amigos y de patria, exclamó lleno de alegría: Ya estoy determinado á embarcarme con Vm. Señor Capitan. Venga esa mano (replicó éste); y ambos se la dieron mutuamente, con lo cual quedó concertado el viage.

Juan. Acabóse. No seré yo quien vuelva á tener lástima de ese mentecato de *Robinson*, por mas desgracias que vengan sobre él.

El Padre. ¿Con que no has de volver á tenerle lástima?

Juan. Nó, papá. Ya que es tan tonto que se olvida segunda vez de lo que debe á sus padres, preciso es que Dios le vuelva á castigar.

El Padre. ¿Y te parece á tí que un hombre tan desgraciado, que ha llegado al extremo de olvidarse de sus padres, y que pone á Dios en precision de castigarle para que se corrija, no merece alguna compasion? Verdad es que él propio se acarreó cuantos males van á sucederle; ¿pero esto mismo no le ha-

ce todavía mas infeliz? ¡Oh hijo mio! Dios te libre, y á todos nosotros tambien, de la mas terrible de todas las aflicciones, que es la de conocer que uno se ha hecho á sí propio desdichado. Siempre que hablemos de quien sea tan infeliz, consideremos que es nuestro hermano, nuestro pobre hermano extraviado: derramemos sobre él lágrimas compasivas, y dirijamos por él al cielo ruegos fraternales.

Callaron todos un rato; y despues prosiguió el Padre en esta forma.

Encaminóse *Robinson* apresuradamente á la ciudad, donde con sus nueve guinéas compró las mercancías que el Capitan le habia aconsejado, haciéndolas llevar á bordo.

Pocos dias despues, como el tiempo fuese favorable, levó anclas el Capitan, y se hicieron á la vela.

La Madre. Me parece que ya será tiempo de que nosotros nos hagamos tambien á la vela, y que emprendamos el viage á casa y ácia la mesa. Ha mucho tiempo que el sol se ha puesto.

Teodora. Todavía no tengo yo mucha gana de cenar.

Luisita. Yo Tampoco: mas quisiera estarme oyendo.

El Padre. Mañana, mañana, hijos mios, proseguirémos contando las aventuras de *Robinson*.— Ahora vamos á cenar temprano, como siempre.

Todos. A cenar, á cenar.

TARDE SEGUNDA.

Al otro dia por la tarde, habiéndose vuelto á colocar todos en el mismo puesto, continuó el Padre su narracion de este modo:

El nuevo viage de nuestro *Robinson* empezó tambien con toda felicidad. Ya habian pasado sin el menor contratiempo el *paso de Calés*; el *canal* que se llama de la *Mancha*; y se hallaban á la sazon enmedio del *Océano Atlántico*. Aquí tuvieron por muchos dias seguidos un viento tan contrario que fueron impelidos cada vez mas ácia la *América*.

Mirad, hijos mios: he traido un mapa grande, en el cual advertiréis mejor que en el chico la derrota que el navío debia tomar, y la que se vió precisado á seguir á impulso del viento. Hácia este lado, siempre bajando así, era adonde efectivamente querian ir; pero, porque tenian viento de bolina, fueron llevados á su pesar ácia aquí donde veis que está la *América*. Voy

á extender el mapa, de forma que, en caso de necesidad, podamos fijar en él la vista.

Una noche avisó el piloto que descubria fuego á mui gran distancia, y que ademas habia oido algun cañonazo disparado de ácia aquella parte misma. Todos acudieron corriendo sobre la cubierta, vieron el fuego., y oyeron claramente varios cañonazos. El Capitan consultó cuidadosamente su carta de marear; halló que por aquel lado no habia tierra alguna en el espacio de mas de cien leguas, y todos concluyeron unánimemente que semejante fuego no podia dexar de ser el de alguna embarcacion que se estaba quemando.

Al instante resolvieron acudir á socorrerla, y viraron ácia aquella parte. Poco despues se verificó su conjetura, pues efectivamente vieron un navío grande que las llamas consumian.

Mandó al punto el Capitan se disparasen cañonazos á fin de avisar á los pobres desgraciados que no estaba mui

distante otro vajel, que emplearia en su auxilio las mas prontas diligencias. Apénas egecutaron esto, cuando vieron con espanto volarse de repente el navío incendiado con grande estrépito, y un momento despues se fué todo á fondo, habiéndose apagado el fuego. Es de saber que las llamas habian prendido en la *Santa Bárbara*, esto es, en el lugar del navío donde se guarda la pólvora.

Todavía no se podia saber qué habia sido de toda aquella triste gente. Era de creer que se hubiese puesto en salvo en sus lanchas, ántes que la embarcacion se volase; por cuya razon continuó el Capitan en tirar cañonazos toda la noche para avisar á los que estaban en peligro ácia qué parte se hallaba el vaxel que deseaba socorrerlos, y tambien hizo colgar todos los faroles para que pudiesen verle.

Al amanecer se descubrieron en efecto con anteojos de larga vista dos lanchas llenas de gente, que ya subian,

ya bajaban violentamente combatidas de las hinchadas olas. Notóse que el viento las era contrario, y que remaban cuanto podian ácia el navío. Al instante mandó el Capitan enarbolar la bandera para hacer señal de que las habia visto, y de que estaba pronto á recibirlas. Al mismo tiempo navegó á velas desplegadas con direccion á ellas; y dentro de media hora las alcanzó felizmente.

Venian allí sesenta, entre hombres, mugeres y niños, los cuales fueron todos recogidos á bordo. ¡Qué tierna escena representaba aquella pobre gente, cuando se vió tan dichosamente libertada del naufragio! Unos sollozaban de puro gozo; otros clamaban como si el peligro empezase entónces mismo. Quienes saltaban de aquí para allí en el navío como locos; quienes con pálido semblante manifestaban el dolor en sus ademanes. Estos reian como insensatos, bailaban y gritaban de alegría; aquellos, al contrario, se mantenian extáticos, como mudos, y sin sentido, no

acertando á articular ni una sola palabra. Ahora se arrodillaban algunos de ellos, levantando las manos al cielo, y dando gracias en alta voz al Señor cuya providencia los habia librado tan milagrosamente; ahora se levantaban con precipitacion, se rasgaban los vestidos, lloraban, se dexaban caer sin aliento, y con dificultad se conseguia volviesen en sí. No habia marinero, por duro que fuese, que á vista de tal espectáculo pudiese contener las lágrimas.

Entre aquellos desgraciados venia un Eclesiástico jóven, que procedió con mas entereza y dignidad que los demas. Apénas puso el pie en el navío, se postró con el rostro en el suelo, pareciendo que habia perdido enteramente el sentido. Acudió el Capitan á socorrerle, creyendo se hubiese desmayado; pero el Eclesiástico le dixo con suma tranquilidad: permitid que empiece dando gracias á mi Criador porque ha querido libertarnos, que despues os las daré tambien por tan gran



beneficio. Con esto se retiró el Capitan lleno de respeto.

El Eclesiástico permaneció así algunos minutos ; despues de lo cual, habiéndose levantado muy gozoso, fué á buscar al Capitan para significarle de nuevo su reconocimiento. Luego se volvió á sus compañeros de viage , y les dixo : queridos amigos mios, tranquilizad esos corazones agitados. El Señor de las misericordias se ha dignado de extender su mano paternal sobre vosotros. ¿Cómo tardais en tributarle la mas humilde accion de gracias por la no esperada conservacion de vuestra vida? — Muchos hubo que se aprovecharon de sus exhortaciones.

Empezó inmediatamente á referir quienes eran , y lo que les habia sucedido. El vagel incendiado era un gran navío mercante frances, que viajaba á *Quebec.* — Mirad aquí: iba á este parage de la *América.* — Descubrióse fuego en la cámara; y se extendió tan rápidamente que no dió

lugar para acudir á apagarle, y solo sí para tirar algunos cañonazos, y saltar en las lanchas, sin preveer qué suerte sería la suya. El peligro mas verosimil, que en aquel terrible momento amenazaba, era el de verse á la menor tempestad sepultados en el mar con sus débiles buques, ó bien el de perecer de hambre y de sed muy en breve, por no haber podido sacar del navio mas que pan y agua para algunos dias.

Carlitos. ¿Y qué necesidad tenian de llevar agua, si estaban sobre ella?

El Padre. Carlitos; veo que te has olvidado de que el agua del mar es tan salada y amarga que nadie puede beberla.

Carlitos. ¡Ah! sí.

El Padre. En esta horrible situacion, oyeron los cañonazos del navio ingles; y luego descubrieron los faroles colgados en él. Pasaron entre el terror y la esperanza toda aquella larga y triste noche, llevados siempre atras por las olas, no obstante que

hacian los mayores esfuerzos para adelantarse ácia el navío. Por fin la luz del dia tan deseada puso término á sus angustias.

Durante todo este tiempo habia estado luchando *Robinson* con los mas crueles discursos. ¡Cielos! (decia dentro de sí mismo.) Si estas gentes, entre las cuales debe haber almas muy buenas, han experimentado tan gran desdicha, ¡qué no debo yo esperar, yo, que he procedido tan ingratamente con mis pobres padres! Combatido de esta idea, sentia sobre el corazon un peso como el de toda una montaña; y pálido, silencioso, cual suele estarlo aquel á quien acusa la conciencia, se mantenia sentado en un rincon.

Subministraron un refrigerio á la gente que acababan de socorrer, para que se recobrase de la fatiga. Despues de esto el principal personage, sacando un gran bolsillo lleno de dinero, se acercó al Capitan, y le dixo que aquello era todo cuanto habian podido sacar del navío: que se lo presen-

taba como una leve señal del reconocimiento que le debian todos por haberles salvado las vidas.

No permita Dios (replicó el Capitan) que yo admita vuestra dádiva. Solo he practicado lo que la humanidad me prescribe; y estoy seguro de que hubierais hecho lo propio con nosotros si os hubieseis hallado en nuestro lugar, y nosotros en el vuestro.

En vano le instó aquel hombre agradecido á que aceptase lo que le presentaba; porque el Capitan, persistiendo en negarse á ello, le pidió no hablase mas del asunto.

Tratóse entónces de determinar en qué parage desembarcarían á los franceses libertados. Llevarlos á *Guinéa* no convenia por dos razones: la primera, que sería cosa dura obligar á aquella miserable gente á hacer viage tan largo ácia un pais adonde ningun interes la llamaba; y la segunda, que á bordo no habia suficientes víveres para tantas personas.

Finalmente el honrado Capitan to-

mó la resolucion de no excusar el rodéo de algunos centenares de leguas á trueque de llevar aquellos infelices á *Terranova*, donde no les faltaria oportunidad de embarcarse para Francia en algunos de los navíos franceses que hacen la *pesca del bacalláo.*

Luisita. ¿Qué cosa es la *pesca del bacalláo?*

Juan. ¿No sabes lo que Papá nos contó de los bacalláos que baxan del *Mar Glacial* hasta los *Bancos de Terranova*, donde los pescan?

Luisita. ¡Ah! sí: ya me acuerdo.

Enrique. Mira: he aquí *Terranova* ácia esta parte de arriba en la costa oriental de América. Estos puntos que ves en el mapa, indican los bancos, y en este parage se pesca el bacalláo.

El Padre. Llegaron, pues, á *Terranova*, y como aquel era cabalmente el tiempo de la pesca mas abundante, encontraron en efecto embarcaciones francesas que podian recogerlos. No cabe explicar con palabras su agradecimiento al buen Capitan.

Apénas los hubo dejado á bordo de los navíos de su nacion, volvió á darse á la vela con viento favorable para continuar su viage á la costa de *Guinéa*. Surcaba el vaxel las aguas como el páxaro corta el aire: en poco tiempo anduvieron muchísimas leguas; y nada acomodaba tanto á nuestro *Robinson*, que, como era de ánimo tan inquieto, siempre queria que las cosas fuesen muy de priesa.

De allí á algunos dias, continuando en navegar ácia el Mediodia, descubrieron de improviso otro navío que venia ácia ellos; y poco despues oyeron que disparaba algunos cañonazos para pedir socorro, advirtiendo que habia perdido el *palo de trinquete* y el *baupres*.

Nicolas. ¿El *baupres* ha dicho usted?

El Padre. Discurro que no habrás olvidado lo que es.

Nicolas. Ya me acuerdo; el palo pequeño que no está derecho como los demas; sino colocado al sesgo ácia ade-

lante del navío, como si fuese el pico de la embarcacion.

El Padre. Muy bien. Dirigiéronse, pues, al navío maltratado; y cuando estuvieron bastante cerca para hablar con los que venian á su bordo, estos levantando las manos, y en tono lamentable les gritaron: Socorred á este navío lleno de desgraciados, que van á perecer, si no os apiadáis de ellos.

Preguntáronles en qué consistia su desgracia; y entónces uno de ellos habló en esta substancia: Somos ingleses que habiamos ido á la Isla francesa de la *Martinica.* (Mirad, hijos mios: la *Martinica* es ésta que está aquí en medio de la América.)— Ibamos á tomar una carga de café: y estando allí al ancla y á punto de partir, se fueron á tierra nuestro Capitan y el contramaestre para comprar algunas cosas. Entretanto se levantó una tempestad con un torbellino tan fuerte, que se nos rompió el cable del ancla; y echados ya fuera del puerto, nos hallamos en alta mar sin

poder remediarlo. El *huracan....*
Teodora. ¿Y qué viene á ser eso?
El Padre. Un viento impetuoso que sopla en forma de remolino, y que procede de muchos vientos encontrados.

Reinó, pues, el huracan furiosamente tres dias con sus noches; perdimos los tres palos; y por desgracia ninguno de nosotros sabia gobernar el navío. Nueve semanas ha que andamos de una parte á otra; se nos han acabado todos los víveres; y muchos de nosotros estamos casi muertos de necesidad.

Oida esta relacion, el buen Capitan hizo echar inmediatamente la lancha, y llevando consigo algunos comestibles, pasó en persona al navío acompañado de *Robinson.*

Hallaron á la tripulacion en la situacion mas lastimosa. Manifestábanse todos hambrientos; y muchos apénas podian tenerse en pie. Pero al entrar en la cámara... ¡Oh Dios! ¡qué horrible espectáculo! Una madre con su

hijo, y una criada moza yacían en el suelo ya muertos, segun todas las señas, por falta de sustento. La madre estaba yerta, sentada entre dos sillas atadas una con otra, y reclinada la cabeza en uno de los costados del navío: la criada tendida á su lado cuan larga era, y fuertemente asida de un pie de la mesa: el jóven, echado en una cama, notándosele todavía en la boca un pedazo de guante de pellejo, de que ya se habia comido casi la mitad.

Luisita. Cuenta usted, Papá mio, unas cosas tan tristes....

El Padre. Tienes razon. No me acordaba de que no queriais oir sucesos melancólicos. — Pasaré por alto está desgracia.

Todos. No, no, Papá.

Luisita. Ahora ya puede usted contarla toda.

El Padre. Pues así lo quereis, os diré primero quienes eran los infelices que estaban allí tendidos en tan lastimoso estado.

Eran pasageros que en aquel navío iban de América á Inglaterra; y toda la tripulacion aseguraba se habian acreditado de ser muy buena gente. Era tanto el amor de la madre, que se habia negado á tomar alimento alguno porque comiese su hijo; y este buen hijo habia correspondido con practicar lo mismo á fin de dexarlo todo para su madre. La fiel criáda mas se habia afligido por sus amos que por sí propia. Tuviéronlos por muertos á todos tres; pero no se tardó en descubrir que aun les quedaba algun resto de vida, pues apénas les echaron un poco de caldo en la boca, empezaron á abrir lentamente los ojos. La madre se hallaba ya demasiado débil para poder tragar nada, y dió á entender por señas que se dedicasen únicamente á socorrer á su hijo. En efecto espiró poco despues.

Con varios remedios aplicados á los otros dos volvieron en sí; y como todavía se hallaban en lo mejor de su edad, logró el Capitan restituirlos á la

vida. Mas cuando el jóven miró á su madre, y la vió muerta, fué tal su espanto que cayó en nuevo desmayo, y con suma dificultad se consiguió sacarle de él. Por último escaparon así el hijo como la criada.

Procedió el Capitan á abastecer el navío de aquellos víveres que no le hacian la mayor falta en el suyo: mandó á sus carpinteros reparar el destrozo que habian padecido los mástiles; dió á la tripulacion francesa las instrucciones necesarias para llegar á la tierra mas cercana, que era la de las Islas *Canarias*; y navegó él tambien ácia ellas á fin de tomar allí algunas provisiones. Una de estas Islas se llama, como ya sabeis, *Tenerife.*

Enrique. Sí: que pertenece al Rey de España.

Juan. De donde viene aquel vino tan excelente de Canarias....

Teodora. Y las cañas dulces que dan azúcar....

Luisita. Y aquellos paxaritos tan gra-

ciosos.... ¿No es verdad, Papá?

El Padre. Cierto. A esa Isla aportó el Capitan; y allí desembarcó *Robinson* en su compañía. ¡Cómo se divirtió, paseándose por aquellas viñas hermosísimas, y saboreándose con las exquisitas uvas!

Juan. Y tambien vería como las pisan en un lagar para hacer el vino.

Luisita. ¿Con los pies?

Juan. Se entiende.

Luisita Quita allá. No beberia yo eso.

Nicolás Ni tampoco es menester; porque Papá nos ha dicho que el vino es muy malo para la gente moza.

El Padre. Así es. Los niños que se acostumbran á beber con frecuencia vino, ú otros licores fuertes, se hacen débiles, y se entontecen.

Juan. Pues no: no le beberemos.

El Padre. Ahora bien. Teniendo el Capitan precision de detenerse algun tiempo en aquella Isla para componer su navío, que estaba algo maltratado, nuestro *Robinson* se cansó luego de permanecer allí; y como era tan impa-

ciente y tan antojadizo, ya queria salir á volar por todo el mundo. Llegó entónces un navío portugues que venia de Lisboa, y que pasaba al *Brasil*, reyno de la América Meridional.

Enrique. (*Señalando en el mapa.*) ¿El *Brasil* no es este pais, que pertenece á los portugueses, y en donde hay tantos polvos de oro y piedras preciosas?

El Padre. Cabalmente. — Trabó amistad *Robinson* con el Capitan de este navío; y apénas oyó hablar de polvos de oro y de piedras preciosas, se hubiera dexado sacrificar por ir al *Brasil* á llenarse las faltriqueras de uno y otro.

Nicolás. Pero ¿no sabia que nadie puede recoger aquel oro y aquellas piedras, porque son del Rey de Portugal?

El Padre. Ahí verás tú. *Robinson* no sabia eso, ni nada; por que en su tierna edad no habia querido leer ni instruirse. — Viendo, pues, que el Capitan portugues estaba pronto á llevarle consigo sin pagar cosa alguna, y que por otra parte el navío ingles habia

de detenerse á lo ménos quince dias mas, no pudo ya resistir el ansia de ver nuevas tierras; y sin mas rodeos dixo á su buen amigo el Capitan ingles que iba á dexarle y embarcarse para el Brasil. El Capitan, que de boca del mismo *Robinson* habia sabido en aquellos dias que andaba viajando sin noticia ni consentimiento de sus padres, se alegró de deshacerse de él. Cedióle el dinero que le habia prestado en Inglaterra; y despidióle, dándole muchos buenos consejos.

Embarcado *Robinson* en el navío Portugues, navegó ácia el Brasil con tiempo muy favorable, que duró bastantes dias consecutivos. Pero de repente ved aquí que se levanta un furioso viento, soplando de la parte del Sudeste, (esto es; entre el Sur ó Mediodia y el Levante.) Las espumosas olas que se amontonaban, cada una tan alta como una gran casa, traian el navío de aquí para allí, continuando la tempestad seis dias sin intermision, le echó tan léjos que ya ni el

Capitan, ni el Piloto podian saber donde estaban. Les pareció, sin embargo, que se hallarian no muy distantes de las Islas de los *Caribes*, que aquí veréis en el mapa entre las *Antillas menores*.

Al amanecer del séptimo dia causó un marinero estremado gozo á toda la tripulacion, gritando repentinamente: ¡*Tierra, tierra*!

La Madre. Pues dexémolos ahora que se acerquen á la tierra; y acerquémonos nosotros á la cena, que ya nos está esperando. Mañana sabremos la continuacion de la historia.

Teodora. ¡Ay, Madre mia! Déxenos usted oir siquiera cómo desembarcaron, y lo que allí les sucedió. De buena gana me pasaria yo con un pedazo de pan, por quedarme aquí oyendo el cuento, si Papá quisiese proseguirle.

El Padre. Tambien pudiéramos cenar en este verde prado.

La Madre. Como tú quieras. Voy á mandar traer la cena; y entretanto, si-

lencio, y atencion á la historia.

Todos. ¡Bueno, bueno!

El Padre. Salieron todos sobre la cubierta á ver qué tierra era aquella adonde esperaban aportar. Pero en el mismo instante todo su regocijo se trocó en mortal pavor. *Encalló* el buque; y cuantos estaban sobre la cubierta sintieron un sacudimiento tan fuerte, que cayeron trastornados.

Juan. ¿Y qué era eso de *encallar*?

El Padre. Habia tocado el navío en un banco de arena; y al momento se quedó como si allí le hubieran clavado. Ya las olas inundaban la cubierta, de tal manera, que para no dejarse llevar de ellas, todos tuvieron que refugiarse á las cámaras y al entrepuente.

Oyeron entónces lamentables gritos, gemidos, y sollozos capaces de quebrantar un corazon de piedra. Unos rezaban; exclamaban otros; desesperados algunos se arrancaban los cabellos; muchos se quedaban sin movimiento como cadáveres, y uno de

éstos era *Robinson*, que no sabia lo que le sucedia.

Pero súbitamente gritaron: *se ha abierto el navío.* Esta horrenda noticia los hace volver en sí. Acuden todos: echan la lancha con la mayor aceleracion; y saltan en ella. Mas era tanta la gente que allí cargó, que casi sumergida la lancha, apénas sobresalia del agua un palmo. La tierra quedaba tan distante, y era tan violenta la borrasca, que miraron como cosa imposible llegar á la costa. Sin embargo, hicieron fuerza de remo; y ya el viento los iba acercando felizmente á la tierra, cuando vieron una ola como un monte, que venía rodando ácia la lancha. Sobrecogidos de espanto, se quedan inmóbiles, abandonan los remos, y llega el terrible momento en que la monstruosa ola se estrella contra la lancha, la vuelca, y el mar embravecido sorbe á cuantos en ella venian.

Aquí el Padre suspendió su narracion. Quedáronse tristes y silenciosos

los oyentes; y aun hubo alguno que no pudo ménos de suspirar compadecido.

Al fin llegó la Madre con una cena campestre; y logró distraherlos de tan funestas imaginaciones.

TARDE III.



TARDE TERCERA.

Teodora. ¡Ay, Papá mio! ¿Con que el pobre *Robinson* se ha perdido sin remedio? ¿Murió de veras?

El Padre. Le dexamos ayer en el mas próxîmo riesgo de la vida. La lancha zozobró; y el mar se tragó á él y á sus compañeros.—Pero aquella misma ola furiosa que le habia sumergido, le arrebató, y le echó ácia la costa. Sacudióle con tal fuerza contra un peñasco, que al dolor del golpe volvió *Robinson* del letargo ú adormecimiento en que se hallaba. Abrió los ojos; y viéndose inesperadamente casi á la orilla, hizo el último esfuerzo para acabar de llegar á ella.

Llegó en efecto; pero se desmayó al instante, y por muy largo rato permaneció sin sentido. Volviendo finalmente en sí, se levantó, y empezó á mirar á todas partes.... Pero ¡qué dolor!—El navío, la lancha, los compañeros, todos habian desaparecido: nada quedaba, nada abso-

lutamente; sino algunas tablas rotas que las olas traian ácia la ribera. Solo él se libertó de la muerte.

Temblando, y confuso entre el gozo y el temor, se arrodilló; y levantadas las manos al cielo, tributó en alta voz y con copiosas lágrimas las mas humildes gracias al Señor de cielo y tierra, que por singular merced le habia salvado.

Enrique. Pero tambien ¿por qué salvó Dios solo á *Robinson*, y dexó perecer á todos los demás?

El Padre. Y dime, Enrique mio: ¿puedes tú descubrir siempre las razones por qué nosotros, que somos mayores en edad, y que os amamos tiernamente, hacemos con vosotros tal ó tal cosa?

Enrique. No, Señor.

El Padre. Propongamos un exemplo. El otro dia, cuando el tiempo estaba tan apacible, y todos queriamos ir á divertirnos á la huerta de las fresas: ¿qué es lo que yo hice?

Enrique. Bien presente lo tengo. El

pobre Nicolas tuvo que quedarse en casa; y á nosotros nos hicieron ir á *Vandesbec*, y no á la huerta de las fresas.

El Padre. ¿Y por qué fuí yo tan cruel con el pobre Nicolas, que no le permití venir con nosotros?

Nicolas. ¡Ah! yo bien lo sé. Luego vino á buscarme Roberto, y me llevó á casa de mis primos, á quienes no habia visto en mucho tiempo.

El Padre. Y no te divertiste mas allí que si hubieras ido á pasear en la huerta de las fresas?

Nicolas. Ya se vé, muchísimo mas.

El Padre. Pues mira: ya sabia yo que Roberto habia de venir á buscarte; y por eso mandé que te quedases en casa. — Y tú, Enrique, á quién encontraste en *Vandesbec*?

Enrique. A papá y á mamá, que estaban allí

El Padre. Tambien eso lo sabia yo; y vé aquí por lo que mandé te llevasen á *Vandesbec*, y no á la huerta de las fresas. Cuales eran mis desig-

nios y mis razones, vosotros lo ignorábais. — Pero me preguntaréis, ¿por qué no os dixe yo esas razones?

Enrique. Para darnos mayor gusto cuando viésemos á nuestros padres y á nuestros primos sin haberlo sabido ántes.

El Padre. Así es la verdad. — Y ahora bien, hijos mios; ¿os parece que Dios no amará á sus hijos (esto es, á todos los hombres) á lo ménos tanto como os amamos nosotros?

Teodora. Sí por cierto; y muchísimo mas.

El Padre. ¿Y cuántas veces os hemos repetido que Dios lo sabe y lo conoce todo mejor que nosotros, miserables mortales, que con nuestros limitados alcances rara vez conocemos lo que mas nos conviene?

Enrique. Yo lo creo: porque Dios tiene una ciencia infinita, y sabe todo lo que ha de suceder; pero nosotros no lo sabemos.

El Padre. Con que supuesto que Dios ama tan paternalmente á todos los

hombres, y al mismo tiempo es tan sabio, que solo él conoce lo que en realidad nos conviene, ¿como no hará lo que es en beneficio nuestro?

Teodóra. Ya se vé que siempre lo hace.

El Padre. Pero vuelvo á preguntarte: ¿somos capaces de descubrir siempre las razones por qué Dios obra con nosotros tal ó tal cosa de este modo, y no del otro?

Enrique. Para eso sería menester que fuésemos tan sabios como él mismo.

El Padre. Pues bien, Enrique: ¿te ha quedado ahora gana de repetir la pregunta que me has hecho: ¿por qué salvó Dios solo á *Robinson*, y dexó perecer á todos los demas?

Enrique. No, Señor; por que ya veo que era una pregunta muy necia.

El Padre. Estemos, pues, en que Dios, sin duda alguna, tenia razones muy excelentes, como son todas las suyas, para permitir que la tripulacion se ahogase, y no salvar la vida á nadie mas que á *Robinson*. Hasta cierto punto podemos colegir cua-

les serian aquellas razones; pero jamas debemos creer que las hemos adivinado con toda certeza. Dios podia, verbi-gracia, haber previsto que una vida mas larga habia de ser tal vez perjudicial á aquellos que dispuso pereciesen; que habian de padecer gravísimas adversidades, ó que se entregarían á los vicios; y por esto se los llevaría para sí, destinando á sus almas inmortales otro lugar en que fuesen acaso mas felices que en este mundo. Por lo que mira á *Robinson*, quizá le conservaria la vida para que las aflicciones le sirviesen de escuela y escarmiento; por que Dios, como justo padre, tambien se vale de las penalidades para corregir á los hombres, cuando no basta á moverlos su bondad soberana.

No olvidéis esto, amados hijos mios: en el discurso de vuestra vida podrán sobreveniros acontecimientos cuyos fines serán impenetrables para vosotros. Entónces, en vez de sutilizar temerariamente, y pretender

explicar tales enigmas, decid dentro de vosotros mismos: Dios sabe mucho mejor que yo lo que me conviene; y sufriré gustoso la prueba que quiere hacer de mí. Esto me envía para que sea yo mejor: procuraré serlo; y Dios auxiliará mis diligencias.

Enrique. ¿Y era eso lo que en aquel aprieto pensaba *Robinson*?

El Padre. Sí: despues de haberse hallado en tan inminente peligro de perder la vida, y cuando ya se veía abandonado de todos, entónces sí que sentia en lo interior de su corazon cuan injusta, cuan reprehensible habia sido su conducta; entónces sí que arrodillado pedia al Todo-poderoso perdon de sus extravíos, y formaba propósito de enmendarse muy de veras, y de no volver jamás á obrar contra las luces de su conciencia.

Nicolás. Pero ¿qué hizo despues?

El Padre. Pasado aquel primer gozo de verse libre, empezó á reflexîonar sobre su triste situacion. Miró á todas partes; y en ninguna vió otra cosa

que matorrales y árboles infructíferos, sin advertir el menor indicio de que fuese habitada de hombres aquella tierra.

Bien dura necesidad era ya para él la de vivir solitario en region extraña. Pero se le erizaron los cabellos cuando se dixo á sí propio: ¿Qué seria de tí, si aquí no hubiese mas que fieras, ú hombres salvages, de modo que ni un instante pudieses reposar descuidado?

Carlitos. ¿Pues qué, Papá? ¿Hay tambien hombres salvages?

Juan. Sí, Carlitos. ¿No has oido alguna vez hablar de ellos? Allá léjos, léjos hay unos hombres que son tan brutos como las bestias....

Teodora. Que andan casi del todo desnudos: considérate tú....

Enrique. Sí; y que de nada entienden; ni saben fabricar una casa, ni cultivar una huerta, ni labrar un campo.

Luisita. Y que comen carne cruda y peces crudos. ¿No es verdad, Papá, que Vm. nos lo ha contado?

Juan. Cierto ¿Y creerás tú que aquellos

pobrecitos ni siquiera suelen saber quien los ha criado, ni han tenido quien se lo diga?

Enrique. Por eso son tan bárbaros, como que algunos de ellos comen hasta la carne humana.

Carlitos. ¡Ay! ¡qué hombres tan malvados!

El Padre. ¡Qué hombres tan infelices! (querrás decir.) Bastante dignos son de compasion por haber sido educados en tal ignorancia, y vivir como irracionales.

Carlitos. ¿Vienen alguna vez por acá?

El Padre. No: las tierras en donde todavía se encuentran estos desgraciados proximos nuestros son tan remotas, que jamas vienen ellos á las de Europa; y cada dia hay ménos, por que los demas hombres civilizados procuran ir á instruirlos.

Enrique. ¿Con que habia salvages así en el pais adonde la tempestad arrojó á *Robinson*.

El Padre. Eso es lo que él todavía no podia saber; pero como habia oido

decir que habitaban salvages en las islas de aquella parte del mundo, rezelaba que pudiese haberlos tambien allí; y esto le causó tal miedo que todo su cuerpo temblaba.

Teodora. Yo lo creo. Tampoco era ninguna diversion encontrarse con unos salvages.

El Padre. El terror no le dexaba moverse de donde estaba: el menor ruido le estremecia, y le helaba la sangre; pero una ardiente sed le sacó luego de aquel entorpecimiento; y no pudiendo ya resistirla, se vió precisado á andar de aquí para allí en busca de alguna fuente ó arroyo, hasta que por fortuna halló un agua deliciosa y cristalina con que pudo refrescar á su sabor.

Teodora. ¡Ah! ¡Cuánto me alegro!

El Padre. Dió *Robinson* gracias al Señor, esperando que tambien le depararia mantenimiento. No me dexará morir de hambre (decía) el que alimenta á los páxaros del ayre. — A la verdad no era el hambre lo que mas le fatiga-

ba entónces, por que la angustia y el pavor le habian quitado el apetito. Mucho mas anhelaba el descanso; pues quebrantadas las fuerzas al cabo de tantos afanes y congojas, apénas podia tenerse en pie.

Era menester, no obstante, que tratase de buscar parage en que albergarse aquella noche. Si la pasaba en el suelo y á cielo ràso, podian venir salvages, ó fieras que le devorasen. De casa, de choza ni de cueva, por ninguna parte divisaba el menor vestigio. Lloraba sin consuelo, y no sabia qué determinacion tomar. Resolvió, por fin imitar á las aves, buscando abrigo como ellas sobre algun árbol; y no tardó en descubrir uno, entre cuyas espesas y pobladas ramas podia sentarse, y aun recostarse; bien que con la incomodidad que se dexa discurrir. Trepó á la copa de él; dirigió á Dios una oracion fervorosa; acomodóse lo mejor que pudo; y durmióse inmediatamente. Representábale entre sueños su acalorada imaginacion todos los aconteci-

mientos del dia antecedente. Agitado de frecuentes pesadillas, se figuraba estar viendo todavía las encrespadas olas, y hundirse el vagel; creia estar oyendo los alaridos de la anegada tripulacion. Parecióle despues que veia á sus padres abatidos de pesar y tristeza; que por él se afligian, por él gemian y suspiraban, levantando desconsoladamente las manos al cielo. Bañado en frio sudor, exclamó á grito herido: *Aquí estoy, padres mios, aquí estoy*; y al decir esto, queriendo echarse á sus pies, hizo dormido un movimiento, y cayó del árbol.

Luisita. ¡Ay pobre *Robinson*!

Teodora. ¡A Dios! Se murió, y se nos acabó el cuento.

El Padre. La fortuna fué que no cayó de lo mas alto del árbol, y que la tierra estaba cubierta de yerba, con lo cual no fué tan recio el golpe. Solo sí sintió dolores en el lado de que cayó; pero le parecieron nada en comparacion de lo que habia padecido en sueños. Volvió á subir al árbol, donde se

mantuvo descansando hasta que el sol empezó á rayar; y entretanto se puso á discurrir con la mas profunda meditacion sobre los medios de procurar algun alimento. Faltábale todo cuanto tenemos en Europa: se veía sin pan, sin carne, sin legumbres, sin leche; y aun cuando lograse algo que poner en olla ú en asador, ni tenia lumbre, ni asador, ni olla. Cuantos árboles habia descubierto hasta entónces eran de la especie llamada *palo de Campeche*, que no producen fruto alguno, y de los cuales solo se aprovecha la madera, que, cocida en agua, sirve á los tintoreros para teñir de varios colores.

No acertando, pues, *Robinson* á resolver qué haría, baxó del árbol; y terriblemente acosado del hambre, por no haberse desayunado en todo el dia anterior, andubo bastante de una parte á otra; pero no encontró mas que árboles estériles y yerba. Aquí llegó su afliccion á lo sumo. ¿Con que habré de verme reducido á perecer de

hambre? (exclamaba sollozando, y mirando al cielo.) La misma necesidad le dió, no obstante, algun ánimo para recorrer cuidadosamente la orilla del mar en busca de cualquiera especie de alimento. Mas todas sus diligencias eran infructuosas; pues solo veia palo de Campeche, sauces de Indias, yerba y arena. Débil y extenuado, sin poder ya resistir, se abatió con el rostro en tierra; y deshecho en lágrimas, quisiera haber perecido en las ondas ántes que verse en miseria tan extremada. Hallábase ya resuelto á aguardar en aquella desesperada situacion una lenta y cruel muerte, cual es la de hambre, cuando vió casualmente un halcon marino, que, habiendo cogido un pez, se le estaba tragando. Ocurriéronle inmediatamente á la memoria estos versos que una vez habia leido:

El Señor que á los cuervos alimenta,
Nuestra desconfianza no merece;
Y aquel poder, que en la avecilla ostenta,
Mas visible en el hombre resplandece.

No pudo ménos de echarse entónces en cara su falta de confianza en la divina Providencia; y levantándose precipitadamente, resuelto ya á andar todo lo que le permitiesen las fuerzas, prosiguió reconociendo la costa, por si en ella encontraba con que alimentarse.

Al fin alcanzó á ver sobre la arena algunas conchas de ostras; y acudió ansioso á exâminar si habia este marisco en aquellas playas. Le halló en efecto con imponderable gozo.

Juan. ¿Pues qué? ¿Las ostras están en tierra?

El Padre. No, hijo mio: viven en el mar, y se pegan á las peñas unas sobre otras, formando como unas montañitas. Sacudidas allí por las olas, se desprenden muchas ostras, que el *fluxo*, ú *plea-mar* trae á la ribera, y cuando al tiempo del *fluxo* se sigue el del *refluxo*, ú *baxa-mar*, se quedan en lo seco de la arena.

Carlitos. ¿Y qué viene á ser el *fluxo* y el *refluxo*?

Luisita. ¿No sabes que eso es cuando el agua del mar crece tanto, tanto, y despues se va escurriendo poquito á poco?

Ramon. Haz que te lo explique Juanito.

Juan. ¿Yo?—Veré si acierto á decírselo bien.—¿No has reparado que algunas veces el agua del *Albis* se acerca mas á la tierra, y que despues se retira, de modo que se puede andar por donde ántes habia agua.

Carlitos. Eso sí: ya lo he visto.

Juan. Pues bien: cuando el agua crece se llama el *fluxo*, y cuando se retira, y la playa queda seca, se llama el *refluxo.*

El Padre. Debes añadir que cada veinte y cuatro horas las aguas del Océano suben de esta manera dos veces, y otras dos baxan. Crecen por espacio de mas de seis horas que dura el *fluxo*, y menguan en otras seis que dura el *refluxo.* ¿Lo entiendes ahora?

Carlitos. Sí; pero ¿por qué crece así el mar?

Nicolas. Mira: yo he oido decir que eso

es porque la luna atrae las aguas, de suerte que las obliga á subir....

Teodora. Todo eso nos lo han dicho ya tantas veces.... Vaya: dexa que prosiga Papá.

El Padre. En otra ocasion te lo explicaré despacio.—Estaba *Robinson* enajenado de contento por haber encontrado con que mitigar el hambre que le molestaba, sin embargo de que las ostras no eran bastantes á saciarle el apetito.

Lo que mas le inquietaba entónces era saber donde se guarecería en adelante para no temer á los salvages, ni á las fieras; porque su primer alvergue habia sido tan incómodo, que temblaba de pensar en las noches que le esperaban, si hubiese de pasarlas todas del mismo modo.

Nicolas. ¡Oh! Bien sé yo lo que hubiera hecho.

El Padre. ¿Que hubieras hecho? dí.

Nicolas. Hubiera fabricado desde luego una casita con unas paredes muy gruesas, y con unas puertas de hierro bien

fuertes, y luego al rededor un foso con un puente de aquellos que se llaman....

El Padre. ¿*Puente-levadizo*?

Nicolas. Sí, señor: *puente-levadizo*; y le hubiera levantado todas las noches. Para que entónces vinieran los señores salvages á hacerme mal miéntras estaba yo durmiendo....

El Padre. ¡Bien discurrido! ¡Lástima que no hubieras estado allí para haber dado ese prudente consejo al pobre *Robinson*! — Pero ven acá: ¿has exâminado con la debida atencion qué hacen los albañiles y los carpinteros para fabricar una casa?

Nicolas. Lo he visto mil veces. Mire Vm. Empiezan los albañiles preparando la cal, y con ella mezclan arena. Luego van colocando una piedra sobre otra, y con una que llaman la *llana* van poniendo la mezcla entre ellas para que agarren bien. Despues los carpinteros con las *azuelas* labran las vigas, y las suben con una *garrucha* y una soga á lo mas alto de la pared, y

las van sentando y acomodando. Y luego asierran las tablas y las latas; y luego las clavan para que despues pongan encima las tejas. Y luego....

El Padre. Todo eso está muy bueno. Has observado excelentemente como se fabrica una casa; pero ya ves que el albañil necesita cal, y esa *llana* que tú dices, y ladrillos, ó piedras que primero se han de picar ó labrar. Tampoco los carpinteros pueden trabajar si no tienen azuelas, sierras, barrenas, clavos, martillos y escuadras. ¿De dónde hubieras tu sacado todo esto, hallándote en el lugar de *Robinson*?

Nicolas. Tanto como eso yo no lo sé.

El Padre. Pues este era el apuro en que *Robinson* se veia; y he aquí la razon por qué le era preciso desistir del gran pensamiento de fabricar una casa en forma. No tenía mas herramienta que sus dos manos; y con esto solo no se edifica una casa como las nuestras.

Juan. Lo que sí podia haber hecho era una choza con ramas cortadas ó arrancadas de los árboles.

El Padre. ¿Y una choza formada de ramas hubiera podido defenderle de las serpientes, de los lobos, de los leones, de los tigres, de las panteras, y otras fieras semejantes?
Juan. ¡Ay! es verdad.—¡Pobre *Robinson*! ¿Cómo saldrás de este aprieto?
Nicolas. ¿No sabia disparar una escopeta?
El Padre. Sí sabia; pero ¿donde estaba esa escopeta, y la pólvora, y la municion?—Os repito que el infeliz Mancebo nada tenia, nada absolutamente, sino cinco dedos en cada mano.

Reflexîonando, pues, cual era su situacion, y cuan destituido de arbitrios se hallaba, volvió inmediatamente á dexarse abatir de la misma tristeza que ántes. ¿De qué me sirve (decia allá entre sí) haberme libertado hasta ahora de morir de hambre, si esta noche acaso me destrozarán las bestias feroces?

Realmente le pareció (mirad lo que influye en los hombres la fuerza de la imaginacion) que se le presentaba un

furioso tigre abriendo un tragadero espantoso, y que iba á despedazarle. Figurándose que ya el tigre le cogia por el cuello, dió un fuerte grito diciendo: *Ay, padres mios!* Y cayó en tierra casi mortal.

Largo rato permaneció alli tendido, y luchando entre la angustia y la desesperacion, hasta que al cabo procuró volver sobre sí, y poner su confianza en el Padre celestial, cuyo patrocinio invocó fervorosamente. Con esto pudo levantarse, y partir en busca de alguna cueva, que en cierto modo pudiese servirle de seguro asilo.

Pero ¿en qué parage de América se hallaba? ¿En Tierra-firme, ó en alguna Isla? — Esto era lo que todavía ignoraba; mas descubriendo á lo léjos un monte, se encaminó acia él. Iba notando por el camino, con mucho sentimiento suyo, que toda aquella comarca tampoco producia mas que plantas estériles; y cada momento se le acrecentaba con esto la melancolía.

A costa de suma fatiga llegó á la ci-

ma del monte, que era medianamente elevada, desde donde podia registrar muchas leguas en contorno. Vió, para mayor sobresalto, que con efecto estaba en una Isla; pues, en cuanto su vista podia alcanzar, no divisaba mas tierra que dos ó tres Islas que sobresalian en el mar, á distancia de algunas leguas. ¡Infeliz de mí! (exclamó, levantando sus trémulas manos al cielo.) ¿Habré de vivir separado de los demas hombres, abandonado de todos ellos, sin esperanza de salir jamás de este desierto, sin esperanza de ver á mis afligidos Padres, y pedirles perdon de mi culpa? ¿No volveré á oir la grata voz de un amigo, de un semejante mio?— Pero bien merecida tengo esta desgracia. ¡Alto Dios! (prosiguió) tus decretos son justísimos; y no debo quejarme, porque yo soy, yo mismo, quien he querido no gozar mas favorable suerte. —Diciendo de esta manera, formaba propósitos de ser paciente y resignado en sus calamidades; y pedia á la divina pie-

dad fortaleza para soportarlas.

Luisita. Hacía muy bien ese *Robinson* en encomendarse á nuestro Señor, que era el que podía consolarle; por que los demas no le podíamos servir de nada.

El Padre. ¿Y qué hubiera sido de él si hubiese ignorado que Dios es el Padre de todos los hombres, que es infinitamente bueno, y todo poderoso, y que en todas partes está presente? Sin duda hubiera perecido de timidez y de despecho, á no haberle enseñado verdades tan sólidas, y las únicas en que debemos poner toda nuestra confianza.

Cobrando fuerzas *Robinson*, continuó girando por el monte, y registrándole; mas durante largo rato fueron vanas cuantas diligencias hizo á fin de encontrar parage capaz de servirle de abrigo y defensa. Por último llegó á un cerro, ú colina, cuyo frente era escarpado como suelen serlo algunas murallas; y exâminándole mas atentamente, descubrió en él un hueco de no mucha profundidad con una entrada algo estrecha.

Si hubiera tenido á la mano una piqueta, un cincel de cantero, y otras herramientas, fácil le hubiera sido ahondar mas aquella concavidad, que en gran parte era de piedra, y acomodarla para servir de morada; pero carecia de todos estos instrumentos, y el punto estaba en inventar medios de suplirlos.

Al fin, despues de haberse afanado en discurrir, raciocinó de este modo. Los árboles que por aquí veo se asemejan á los sauces de mi tierra, que con facilidad se trasplantan. Si con mis manos logro socavar y desarraigar unos cuantos árboles de los mas tiernos, los plantaré bien espesos, y ocupando poco terreno enfrente de este hueco, de suerte que formen una especie de pared; y asi cuando retoñen y crezcan, podré dormir dentro de este recinto con tanta seguridad como en una casa; pues por detras me guarecerá la parte escarpada de esta peña, y por delante, igualmente que por los lados, los árboles inmediatos unos á otros.

Regocijado con tan feliz ocurrencia, iba ya á emprender la proyectada obra. cuando subió de punto su alegría al descubrir muy cerca de aquel sitio un manantial de agua purísima que brotaba del monte. Apresuróse á apagar allí la sed, que ya le mortificaba en extremo á causa de haberse agitado con andar de una parte á otra sufriendo todo el ardor del sol.

Teodora. ¿Con que hacia mucho calor en la Isla?

El Padre. Ya puedes considerarlo. — Mira: (*mostrándola el mapa.*) Acia esta parte caen las Islas de los *Caribes*, una de las cuales era, segun parece, la que *Robinson* habitaba entónces. Repara que estas Islas no distan mucho de aquellos parages que decimos estar *baxo la Linea*, donde los rayos del sol suelen herir á los habitantes perpendicularmente ó á plomo, y por consecuencia debe hacer allí excesivo calor.

Empezó, pues, á arrancar con sumo trabajo y á fuerza de brazos algunos

árboles, y á llevarlos al puesto que habia elegido para vivienda. Aquí era necesario cavar con las manos hasta abrir hoyos en que plantarlos; y como esta maniobra requeria mucho tiempo, ya habia caido el sol cuando apenas habia podido trasplantar cinco ú seis árboles.

El hambre le obligó á volver á la playa para buscar de nuevo algunas ostras; mas como, por desgracia, era entónces cabalmente la hora del fluxo, se halló privado de ellas, y hubo de recogerse sin cenar. Pero ¿en dónde? —Sobre el árbol en que habia determinado pasar todas las noches hasta que consiguiese disponer habitacion ménos mal segura. Allí, en fin, se acogió; mas por no experimentar aquella noche el mismo azar que la antecedente, se rodeó al cuerpo sus ligas, con las cuales se ató fuertemente á la rama que le servia de lecho; y despues de encomendarse al Criador, se rindió á un sueño tranquilo.

Juan. Anduvo muy acertado en eso de las ligas.

El Padre. La necesidad es madre de la industria; y á no ser por aquella ¿cuántas cosas ignorariamos? Para eso dispuso el soberano Autor la tierra, y á nosotros mismos en tal conformidad que, al paso que padecemos diferentes necesidades, tenemos reflexîon y sagacidad bastante para satisfacerlas por medio de diversas invenciones, y así debemos á estas mismas necesidades gran parte de nuestra inteligencia y actividad; porque si se nos cayesen en la boca los páxaros ya asados, si las casas, las camas, los vestidos, los alimentos, y cuanto necesitamos para la conservacion y conveniencias de la vida saliese de la tierra ya preparado, á la verdad que no hariamos mas que comer, beber y dormir, y seriamos hasta la muerte tan torpes y estúpidos como los brutos. Ved aquí una prueba mas de aquella sabiduría y bondad de Dios, que se nos está manifestando en cuantas

obras concurren á la ordenada constitucion del Universo.

Pero basta por hoi, hijos mios. Demos ahora un paseo por esta deliciosa arboleda, y mañana veremos qué hace *Robinson*.

[illegible]
per [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

TARDE IV.



TARDE QUARTA.

El Padre. Ahora bien, queridos mios ¿dónde dexamos ayer á nuestro *Robinson*?

Juan. Posado en el árbol como el cuervo de la Fábula.

El Padre. Cierto. — Pues es de saber que aquella noche durmió sosegadamente, sin caida ni otro sobresalto. Al amanecer se encaminó desde luego á la orilla del mar en busca de ostras, y con ánimo de volver inmediatamente á proseguir su trabajo; pero habiendo tomado por distinto camino, tuvo la gran fortuna de encontrar un árbol con una fruta bastante abultada, que él no conocia por entónces, bien que le pareció podria comerla; y así echó una al suelo. Era cierta especie de nuez triangular, poco mas ó ménos del tamaño de una cabeza de hombre: la corteza exterior estoposa, y compuesta de hebras como de cáñamo; pero la interior casi tan dura como una concha de tortuga, de

suerte que al momento presumió *Robinson* podría servirle de taza, ó escudilla. El cuesco se componia de una substancia xugosa, que sabia á almendra dulce; y en el centro de él halló una leche tambien dulce y mui sabrosa. Para el hambriento *Robinson* fué este un espléndido banquete; pero no satisfaciéndole una sola de aquellas nueces, comió otra con igual ansia; y vertiendo lágrimas de gozo por tan feliz hallazgo, miraba al cielo en acto de agradecimiento.

Era bastante crecido el árbol; y cargado de muy abundante fruto; mas ¡qué desgracia! No se descubria otro que aquel en toda la comarca.

Teodora. ¿Y qué casta de árbol sería ese, que por acá no le hay?

El Padre. Era un *Coco*, árbol que nace principalmente en la India Oriental, y que no dexa de ser bastante comun en las islas americanas.

Habia quedado *Robinson* satisfecho; mas no por eso dexó de acudir á la playa, y reconocer si habia os-

tras. Halló algunas; pero no las suficientes para hacer su comida solo de ellas; y así tuvo mas gracias que dar á Dios por haberle deparado aquel dia otro mantenimiento. Guardó para el medio dia las ostras, y se puso á continuar la tarea del dia precedente.

Habia recogido en la ribera del mar una gràn concha, que, sirviéndole despues de azadon, le facilitó en gran manera su trabajo. Descubrió luego una planta, cuyo tallo se componia de muchas hebras como por acá el lino y el cáñamo. En otra ocasion no hubiera reparado en tan menudas cosas; pero entónces nada miraba con indiferencia: todo lo exâminaba, considerando atentamente hasta el mas pequeño objeto, por si en algo podia aprovecharle.

Con la esperanza de que no le seria dificil hacer de aquella planta el mismo uso que del lino ú del cáñamo, arrancó una porcion de ella, la ató en hacecitos, ó manojos, y la pu-

so á remojar. Notó al cabo de algunos dias que la corteza exterior se habia ablandado bastante con el agua: y sacando de ella los manojos, los tendió al sol. Luego que los vió secos, probó á machacarlos con un grueso tronco, al modo que se acostumbra *agramar* el cáñamo. Habiendo acertado en esta operacion, emprendió hacer con aquella hilaza cordeles, que á la verdad no le salian tan bien retorcidos como los que trabajan por acá los cordeleros, porque carecia de rueda y de torno; pero con todo eran bastante fuertes para atar su concha á la punta de un palo; y así vino á tener un instrumento mui semejante á la azada que usan los Labradores. Prosiguiendo entónces su obra con teson, fué plantando unos árboles junto á otros, hasta que cerró con una especie de empalizada la plazuela que quedaba delante de su futura vivienda. Pero como una sola hilera de árboles tan flexîbles no le pareció suficiente muro para resguardarle, no

perdonó fatiga hasta plantar segunda hilera igual á la otra. Entretegió luego con ramas las dos hileras; y aun le ocurrió por fin el pensamiento de rellenar con tierra, ó terraplenar el espacio que quedaba entre ambas; con lo qual logró fabricar una tapia tan sólida, que, sin gran pujanza, no pudiera derribarse.

Regaba su plantío por mañana y tarde con agua de la cercana fuente, sirviéndole de regadera su escudilla de coco; y obtuvo ántes de mucho tiempo la deseada satisfaccion de ver que sus arbolitos brotaban y reverdecían, ofreciendo ya la vista mas deliciosa.

Así que tuvo casi concluido su vallado, gastó un dia entero en torcer gran cantidad de cordeles mas gruesos, con los cuales formó una escala lo mejor que pudo.

Enrique. ¿Y que iba á hacer con esa escala?

El Padre. Ahora lo sabrás. Era su intento no dexar puerta en la habitacion, sino plantar mas árboles que cerrasen

del todo la única entrada que quedaba.
Enrique. Pero ¿ cómo habia de entrar y salir ?
El Padre. Cabalmente para eso le habia de servir la escala de cuerda. Hemos de suponer que la peña que dominaba en lo alto de aquella morada, tendría de elevacion dos estados de hombre, y que arriba descollaba un árbol. En él ató su escala; y soltándola hasta que llegase al suelo, se adestró en subir y bajar por ella; y despues que todo esto le salió á medida de su deseo, discurrió cómo podría ensanchar el hueco que habia en el monte lo bastante para que le sirviese de aposento. Bien consideró que con sus manos solas sería imposible tal empresa; pero ¿qué habia de hacer en este caso? Era menester procurase descubrir algun instrumento con que ayudarse; á cuyo fin se encaminó ácia un parage en que habia visto sembradas muchas piedras verdosas, que debian de ser las que llaman *jades ó nefriticas*, las cuales son bastante duras y cortantes.

Buscándolas con gran cuidado, halló una que apénas la vió, le causó el mayor regocijo, porque realmente era de la hechura misma de una hacha con su filo, y (lo que es mas) con un agujero en que podia entrar un mango. Vió desde luego que no seria dificil servirse de ella como de una verdadera hacha, si lograba ensanchar algo mas el agujero; y para ello trabajó tanto con otra piedra aguda, que consiguió felizmente su fin: introduxo por mango un palo bien recio; y con los cordeles que él mismo habia dispuesto le ató con tanta firmeza como si le hubiera clavado.

Probó inmediatamente á derribar con aquella hacha un delgado tronco; y la fortuna de haber salido con esta nueva tentativa le colmó de inexplicable júbilo. Por mil pesos que le ofrecieran no hubiera dado su hacha, segun las grandes utilidades que de ella se prometia.

Halló entre las piedras otras dos que tambien le parecieron acomodadas pa-

ra algun provechoso destino. La una tenia la ſigura de uno de aquellos mazos que usan los canteros y los carpinteros: la otra parecia un zoquete corto, bastante grueso, y puntiagudo por la parte de abajo en forma de cuña. Ambas se llevó *Robinson* consigo, restituyéndose mui contento á su albergue con ánimo de poner sin tardanza manos á la obra.

Supo ingeniarse tan bien, que fixando en la tierra y en la peña la piedra puntiaguda, y dando en ésta con el mazo, desprendió muchos pedazos de la misma peña; y tanto adelantó en pocos dias, que le pareció haber ya dexado concavidad bastante capaz para servirle de receptáculo y abrigo.

Habia cogido de antemano gran cantidad de yerba y puéstola al sol. Viendo entónces que estaba ya bien seca, la pasó á su cueva para hacer una buena cama; y con tan acertada providencia consiguió volver á dormir acostado como los racionales, despues de haberse visto obligado las no-

ches anteriores á recogerse sobre un árbol como los pájaros. ¡Qué deleyte fué para él poder al fin reclinar los fatigados miembros en un blando lecho de yerba! ¡Oh! (decia) si supieran mis paisanos lo que es pasar, como yo, noches seguidas sentado en una dura rama, ¡cuánto no apreciarían la dicha de gozar el regalo de un tranquilo sueño en lechos cómodos y sin riesgo de caidas! No pasaria ciertamente dia alguno sin que tributasen al Señor la mas fervorosa accion de gracias por esta y otras conveniencias de la vida.

El dia siguiente era domingo; y consagrándole al descanso y á la oracion, pasó *Robinson* largas horas arrodillado, levantados al cielo los humedecidos ojos, y pidiendo á Dios se dignase de perdonar sus yerros, y de bendecir y consolar á sus desventurados padres. Reiteraba al supremo Criador las veras de su reconocimiento por los maravillosos auxilios que le habia deparado en una estrechez tan

deplorable como la de hallarse abandonado de todo el linage humano; y le prometia enmendarse cada vez mas, y perseverar en su filial obediencia.

Luisita. Vaya, que ya va siendo algo mejor ese *Robinson*.

El Padre. Tenia Dios bien previsto que se corregiria cuando experimentase infortunios; y para eso le probó con ellos. Ved, pues, como obra con nosotros el Padre Celestial: no por su ira, sino por su tierna clemencia, suele á veces enviarnos calamidades, que en sus benéficas manos son remedios oportunos, de que sabe necesitamos para sanar de nuestras dolencias espirituales.

Temiendo *Robinson* olvidar el órden de lós dias de la semana, y queriendo saber fixamente cuando era domingo, pensó en hacer un calendario ú almanaque.

Juan. ¿Un calendario?

El Padre. Sí: un calendario, que ya ves no podia ser impreso, ni tan puntual

como los que tenemos en Europa; pero bastante arreglado para contar por él los dias.

Juan. ¿Y como sería eso?

El Padre. No teniendo papel, ni otro recado de escribir, eligió cuatro árboles de corteza mui lisa y muy poco distantes unos de otros. En el mayor de ellos señalaba cada tarde con una piedra cortante una rayita que denotaba haber pasado un dia. A las siete rayas, ya conocia que la semana estaba concluida; y entónces pasaba á señalar en el segundo árbol otra raya que significaba una semana. Cuando en este mismo segundo árbol habia cuatro rayas, señalaba una en el tercero para indicar que habia pasado un mes; y por último, cuando estas rayas de los meses llegasen á doce, pensaba señalar con otra en el cuarto árbol el año cabal que hubiese corrido.

Enrique. Pero todos los meses no son iguales: los hai de treinta dias, y los hai de treinta y uno. ¿Cómo sabia *Ro-*

binson puntualmente los dias que corresponden á cada mes?

El Padre. Contando por los dedos.

Juan. ¿Por los dedos?

El Padre. Seguro; y os enseñaré cómo, si queréis aprenderlo.

Todos. Sí, sí, Papá.

El Padre. Pues bien: estadme atentos. Cerrando de este modo la mano izquierda, iba tocando con un dedo de la derecha cada una de estas coyunturas, ó artejos que llamamos *nudillos*, y cada hoyo de los que hai entre ellos; y al mismo tiempo pronunciaba los nombres de los meses por su órden. El mes que cae en nudillo tiene treinta y un dias; y el que cae en hoyo, treinta (excepto el mes de febrero, que nunca llega á los treinta dias, pues solo tiene veinte y ocho, y una vez de cuatro en cuatro años, veinte y nueve.)

Empezó, pues, á contar por el nudillo del dedo *índice* (que es el que está inmediato al *pulgar*) y tocándole, nombró el primer mes del año, que

es *Enero*. Por consiguiente ¿cuántos dias debia tener este mes?

Juan. Treinta y uno.

El Padre. Yo seguiré contando así por nudillos y por hoyos; y tú, Juanito, responderás diciéndome el número de dias de cada mes. Vamos adelante.— *Febrero*.

Juan. Ese debia tener treinta dias: pero no tiene mas que veinte y ocho, y á veces veinte y nueve.

El Padre. Marzo....

Juan. Treinta y uno.

El Padre Abril....

Juan. Treinta.

El Padre. Mayo....

Juan. Treinta y uno.

El Padre. Junio....

Juan. Treinta.

El Padre. Julio....

Juan. Treinta y uno.

El Padre Agosto....(volviendo á empezar la cuenta por el mismo nudillo del dedo índice.)

Juan. Treinta y uno.

El Padre. Setiembre....

Juan. Treinta.

El Padre Octubre....

Juan. Treinta y uno.

El Padre. Noviembre....

Juan. Treinta.

El Padre. Diciembre....

Juan. Treinta y uno.

El Padre. ¿No ves, Enrique, qué seguro es nuestro calendario?— Conviene saber estas curiosidades, que son mui socorridas en mil ocasiones.

Juan. Ya no lo olvidaré.

Enrique. Ni yo tampoco, que mui bien lo he entendido todo.

El Padre. Con este arbitrio cuidó *Robinson* de no perder el curso y órden del tiempo, y saber cuando era Domingo para celebrar este dia como los Cristianos.

Entretanto habia apurado casi todos los cocos del único árbol de ellos que hasta entónces habia descubierto; y escaseando ya tanto las ostras en la playa, que no le bastaban para alimentarse, empezó á vivir con sobresalto, y á rezelar llegase á

faltarle el mantenimiento.

Contenido y acobardado hasta aquel dia, no se habia atrevido á alejarse mucho de su morada, temiendo los animales feroces, y los hombres, que no lo serian ménos, si acaso los hubiese en aquel pais; pero ya la necesidad le forzó á vencer su repugnancia, y á recorrer territorios de la Isla algo mas lejanos, con el fin de descubrir otros víveres y provisiones. Resolvió, pues, ponerse en camino al dia siguiente con la ayuda de Dios; y empleó parte de la noche en fabricar un quita-sol que le resguardase.

Nicolas. ¿Y quién le dió tela y ballenas para hacerle?

El Padre. Ni tenia tela, ni ballenas, ni navaja, ni tigeras, ni aguja, ni hilo; y sin embargo de todo eso.... Pero ¿cómo pensais que se ingenió para hacer el quita-sol?

Nicolas. Eso es lo que yo no sé.

El Padre. Armó con vástagos de sauce un enrejado en figura de media-naranja; y por el centro de él atravesó

un palo, asegurándole con cordel. Cogió luego las hojas mas anchas de su coco, y las prendió con alfileres sobre aquella armazon....

Juan. ¿Con alfileres? ¿y de donde los sacó?

El Padre. Adivínalo.

Luisita. Yo bien lo sé. Los encontró en la vasura del varrido, y en las aberturas que hay entre los ladrillos. Allí los encuentro yo tantas veces....

Juan. Acertástelo. Muchos alfileres se hallarán en donde nadie los ha perdido. ¿Y quién te ha dicho que en la cueva de *Robinson* habia ladrillos y vasura del barrido?

El Padre. Vamos á ver quien de vosotros da en ello. — ¿Como haríais si quisieseis prender alguna cosa, y no tuvieseis alfileres?

Juan. Yo me valdria de abrojos que suele haber en el campo.

Teodora. Y yo de aquellas puntas que tienen las zarzas, que pican muchísimo.

El Padre. A lo ménos esos ya son me-

dios verosímiles. No obstante, debo deciros que ni de abrojos ni de zarzas echó mano *Robinson*, por la poderosa razon de que no los habia encontrado en la Isla.

Juan. Pues ¿de qué se valió?

El Padre. De espinas de peces. De cuando en cuando echaba el mar á la orilla algunos ya muertos, y despues de podrirse, ó despues que las aves de rapiña se los comian, quedaban secas las espinas. De éstas recogió *Robinson* las mas recias y mas punzantes para que le sirviesen de alfileres, con cuyo auxîlio llegó á disponer un quita-sol tan bien ajustado que no podian penetrarle los rayos del sol.

Cada vez que remataba con felicidad alguna obra de éstas sentia una complacencia imponderable, y acostumbraba decir para sí: ¡Cuán necio he sido yo en mi juventud, pasando ociosamente el tiempo! ¡Oh si me viese ahora en Europa, y tuviese á la mano las muchas herramientas que allá se adquieren á tan poca costa! ¡Qué

cosas no trabajaria yo! ¡Qué gusto seria para mí fabricar con mis propias manos muchos de aquellos instrumentos y muebles que mas necesitase!

Como todavia no era muy tarde, le ocurrió la idea de intentar hacer un saco ú morral en que guardar algunos comestibles, y en que transportar los que por fortuna fuese descubriendo en adelante. Meditó un rato sobre ello, y al fin descubrió el modo de egecutarlo.

Con los cordelejos como de bramante, de que ya tenia hecha bastante provision, determinó texer una especie de red, y de la red formar un saco. Para esto fué atando á dos árboles, que distaban entre sí mas de una vara, muchos hilos al traves unos sobre otros, y lo mas apretados y tupidos que le fué posible, resultando un texido mui semejante á la *urdiembre* de los texedores. Por los hilos de esta urdiembre habian de cruzar los de la *trama*; á cuyo fin fué pasando otros de alto abajo, y bastante espe-

sos, y con el hilo que venia desde arriba hacía un nudo ú malla en cada uno de los otros hilos atravesados, como cuando se hace una red de pescar. Concluida, pues, esta red, desató los cabos que estaban afianzados en los dos árboles, y doblándola, la cosió por uno de los lados y por el fondo. Así llegó á tener un buen morral, y con un cordel grueso, atado á los lados de la boca de él, pudo colgársele al cuello, quedando tan contento de su bien empleado trabajo, que la extremada alegria le quitó aquella noche el sueño.

Teodora. Un morralito como ese quisiera yo.

Nicolás. Y yo tambien. Así tuviéramos bastante con que hacerle.

La Madre. Para que vuestra labor os diese tanto gusto como dió á *Robinson* la suya, seria menester que primero hicieseis vosotros mismos el hilo, preparando el lino ú el cáñamo. Pero como ahora no es tiempo de que estas plantas esten en sazon, yo os daré bramante.

Teodora. Sí, por Dios, madre mia.

Nicolás ¡Ai, qué bueno!

Luisita. Haceis muy bien, chicos. Con eso, si algun dia os hallais en una isla donde no haya alma viviente, ya sabréis manejaros. — ¿No es verdad papá?

El Padre. Me alegro de que os apliqueis de ese modo. — Pero dejemos ahora dormir á nuestro *Robinson* hasta mañana, y entretanto yo veré si doi en el secreto de hacer un quita-sol tan bueno como el suyo.

TARDE QUINTA.

Congregada al dia siguiente la familia en el parage acostumbrado, vió llegar á Nicolás cantoneándose mui hueco y ufano con un morral que él mismo habia hecho, y que llamó la atencion de todos en lugar de quitasol, habia pedido prestado á la cocinera un cedazo que trahia elevado en un palo.

La Madre. ¡Muy bien, Nicolás, muy bien! Poco me ha faltado para tenerte por el verdadero *Robinson.*

Juan. Yo tambien me hubiera presentado aquí con otro morral, como hubiera tenido un rato mas para acabar de hacerle.

Teodora. Otro tanto me ha sucedido á mí.

El Padre. Basta que Nicolás haya podido rematarle á tiempo para probar que en efecto la empresa no es imposible. Pero amigo: tu quita-sol no es gran cosa.

Nicolás Tampoco traigo yo éste sino

por necesidad, y porque tan pronto no he podido hacer otro.

El Padre. (*Sacando de detras de la barda un quita-sol hecho por sus manos*) ¿Qué tal, Señor *Robinson*? ¿Qué dice Vm. de esto?

Nicolás. ¡Oh! Ese sí que es guapo.

El Padre. Yo le tendré guardado hasta que lleguemos al fin de la historia, y el que acierte á imitar mas cosas de las que *Robinson* vaya trabajando, ese será nuestro *Robinson*, y le regalaré esta alhaja.

Teodora. ¿Y hemos de hacer tambien una cuevecita como él?

El Padre. ¿Y por qué no?

Todos. Bien, bien.

El Padre. Aun no era de dia, cuando levantándose *Robinson* y disponiéndose para su jornada, se colgó al cuello el morral, se ciñó el cuerpo con una cuerda que le sirvió de cinturon ó tahalí para llevar su hacha en lugar de espada; se echó el quita-sol al hombro y empezó con alentado espíritu su viage.

Lo primero que hizo fué ir á ver su árbol de cocos para proveerse de un par de aquellas nueces, guardándolas en el saco; y ademas de tan buena prevencion, pasó á buscar algunas ostras en la ribera. Surtido finalmente de ambos comestibles, por todo lo que pudiese suceder, y habiendo bebido un buen trago de agua fresca en el manantial, prosiguió su camino.

Era la mañana mui apacible, y miéntras el sol, asomando en el oriente, como si saliese de las ondas del mar, empezaba á dorar con sus refulgentes rayos las elevadas copas de los árboles, innumerables aves, tan diversas en tamaños como en plumages, gorgeaban su cántico matutino en celebridad de ver renovada la luz del dia. Tan puro y fresco estaba á la sazon el ambiente como si en aquel mismo instante acabase Dios de criarle; y las plantas y las flores exhalaban los mas aromáticos perfumes.

Sintió *Robinson* que el corazon le

rebosaba de júbilo, y de reconocimiento al divino Criador. Aquí (dixo) aquí, como en todas partes, se está manifestando el Padre de la naturaleza; y uniendo su voz á los alegres trinos de los páxaros, entonó este bello cántico de la mañana.

¡Alto Dios, á quien debo
Todo mi ser, mis bienes!
Autor de mi destino,
Arbitro y dueño de mi vida y muerte!

Las primicias del dia
Que sobre mí amanece
Te ofrezco, deseando
Consagrarle á tí solo enteramente.

Acia mí cada instante
Benignos ojos vuelve;
Tu poderosa diestra
De mí peligros proxîmos aleje;

Y fiado en tu auxîlio,
Logre yo, Dios clemente,
No violar este dia
Con culpables acciones que te ofenden.

Tú mis necesidades
Estás viendo patentes:
Resta que mis taréas

Puedan hoy merecer que las aceptes;
E imitando á los justos
A quienes favoreces,
Pase tranquila vida
Hasta gozarte en la mansion celeste.

Teodora. ¡Ai, Papá mio! ¿Quiere Vm. darme ese cántico tan bonito para decirmelo yo todas las mañanas al levantarme?

El Padre. De muy buena gana.

Ramon. En sabiendo tú la letra, yo te enseñaré el tono para que le cantemos.

Nicolas. Sí, sí, le aprenderémos todos.

El Padre. Rezeloso todavía *Robinson* con el miedo á los animales montaraces, ya fuesen hombres, ó ya brutos, evitó, en cuanto pudo, atravesar selvas espesas y matorrales, procurando mas bien caminar por terrenos escuetos, donde libremente pudiese tender la vista; pero aquellos mismos terrenos eran, por desgracia, los mas estériles de la Isla, de modo que ya llevaba andado un largo trecho sin baber descubierto el menor

hallazgo útil que le compensase tantas fatigas.

Divisando, por fin, una porcion de ciertas plantas, le pareció conveniente acercarse á reconocerlas. Estaban muy apiñadas, formando una especie de bosque; y advirtió que en unas habia flores roxizas, en otras blancas; y otras en lugar de flores tenian unas frutillas verdosas del tamaño de cerezas.

Mordió luego una; pero conoció que no se podian comer, y le dió tal enfado, que arrancó la planta de que habia cogido la fruta, y estaba ya para arrojarla, cuando vió con admiracion que de las raices de los tallos pendian unos *tubérculos* de diferentes tamaños. Sospechó que podrian ser aquellos los verdaderos frutos de la planta: empezó á probarlos; y hallándolos duros é insípidos, y malograda su esperanza, iba á arrojarlo todo. Pero ocurrióle entónces, por su fortuna, la máxîma de que no debemos juzgar del todo inútiles las cosas solo porque no

descubrimos al pronto la utilidad de ellas. Guardó, pues, en el morral algunos de aquellos *tubérculos*, y prosiguió su caminata.

Juan. Ya se yo lo que eran esos que Vm. llama *tuberculos*.

El Padre. Veamos que discurres.

Juan. Eran *patatas* que nacen del mismo modo que Vm. ha dicho.

El Padre. En efecto, la *patata* (por otro nombre *papa*) es fruta propia de América, y de allá dicen la trajo el ingles Francisco *Dracke*.

Teodora. Pero ¡qué bobo era el tal *Robinson*, que no conocia las patatas!

El Padre. Y tú ¿de qué las conoces?

Teodora. ¡Bueno! De que las he visto y las he comido tantas veces, y me muero por ellas.

El Padre. Pero *Robinson* nunca las habia comido ni visto.

Teodora. ¿No?

El Padre. No, porque entónces no se habian conocido en Alemania. No ha muchos años que las hemos plantado

acá, y hace muchísimos mas que *Robinson* vivia.

Teodora. Pues perdóneme si le he ofendido.

El Padre. ¿Ves, querida Teodora, cuán injusto es precipitarse á tachar á los demas? Lo primero que siempre hemos de hacer es ponernos en lugar de ellos, y exâminar si en aquel caso hubiéramos sabido nosotros obrar mejor. Díme: si nunca hubieras tú visto patatas, ni oido decir de qué modo se aderezan, ¿no te hubieras hallado tan apurada como *Robinson* para descubrir el provecho que podrias sacar de ellas?

Teodora. Vaya, Papá, que no lo haré otra vez.

El Padre. Pasó adelante *Robinson*; pero mui despacio y con mucho tiento, asustándose al mas leve rumor que causaban agitados del viento los árboles y las matas, y echando mano á su hacha para defenderse en caso necesario; mas tuvo siempre el gusto de conocer que se amedrentaba sin fundamento.

Llegó, por fin á un arroyo, en cuya verde márgen determinó hacer medio dia; y sentado al pie de un árbol frondosísimo, ya se disponia á comer mui á su sabor, cuando de improviso un lejano estrépito le infundió nuevo sobresalto. Viró á todas partes horrorizado, y á pocos instantes vió venir un gran tropel....

Nicolás. ¿De salvages, eh?...

Teodora ¿O de leones ó de tigres?

El Padre. Ni de unos ni otros, sino de animales silvestres del tamaño de un ciervo, y muy semejantes al camello, aunque no tenian corcoba. ¿Queréis saber qué animalitos eran aquellos?

Juan. Sí, Papá. Díganoslo Vm.

El Padre. Les dan por nombre *Llamas*, y su pais nativo es la region de América Meridional, que se dice el *Perú*, y que pertenece á los españoles. Estos los llaman *carneros* ú *ovejas del Perú*, aunque mas bien se parecen á camellos chicos. Antes que *Pizarro* y *Almagro* hubieran descubierto aquel

vasto pais, los *Peruleros* que le habitaban, habian domesticado los *Llamas*: se servian de ellos como de bestias de carga, y de su lana tegian telas para vestirse.

Juan. Con que ¿segun eso, los Peruleros no debian ser tan salvages como otros indios?

El Padre. En efecto; ellos, y los *mexicanos* (que están en la América Septentrional) eran los mas cultos y civilizados. Moraban en casas bien fabricadas, y aun habian llegado á edificar templos y palacios magníficos, y vivian gobernados por Reyes.

Viendo, pues, *Robinson* acercarse aquel ganado (que llamarémos de aquí adelante *Llamas*) sintió un fuerte apetito de comer carne, como que hacia tanto tiempo que no la habia probado, y con este deseo, se escondió detras del árbol, empuñando su hacha de piedra, puesto en acecho por si pasaba cerca de él algun llama, y acertaba á herirle.

Efectivamente sucedió así; pues,

caminando descuidados aquellos animales, que no estaban acostumbrados á que nadie los inquietase, pasaron sin el menor rezelo para ir á beber al arroyo por delante del árbol junto al cual estaba *Robinson* encubierto; y un llama de los mas pequeños se arrimó tanto á él, que pudo nuestro hombre sacudirle en el cerviguillo con el hacha un golpe que en el mismo instante le rindió muerto á sus pies.

Luisita. ¡Qué picardía! ¡Hacer eso con la pobre ovejita!

La Madre. ¿Y por qué no?

Luisita. Si el animalito no le habia hecho ningun mal, ¿no podia haberle dexado vivir?

La Madre. Ya se vé; pero él tambien necesitaba de la carne para alimentarse. ¿Y no sabes que Dios nos ha permitido usar de los animales cuando es menester?

El Padre. Matar un animal sin necesidad, atormentarle ó inquietarle que sea, ciertamente es infamia, es crueldad, y nadie que tenga buen cora-

zon incurre en ello; pero aprovecharnos de un irracional, matándole para sustentarnos con su carne, de ningun modo nos está prohibido. Y aun si tienes presente lo que te expliqué el otro dia, bien sabrás que no deja de traer conveniencia á los mismos animales que usemos de ellos en esta conformidad.

Juan. Ya; porque si no necesitáramos animales, tampoco los cuidariamos, y no lo pasarian ellos tambien como ahora ni con mucho. ¡Cuántos se moririan de hambre en el rigor del invierno!

Enrique. Y padecerian mucho mas, sí, no matándolos nosotros, falleciesen de enfermedad y de vejez, porque ellos no pueden ayudarse unos á otros como nos ayudamos los hombres.

El Padre. Y ademas, no creamos que la muerte que damos á los animales los hace penar tanto como las apariencias lo denotan á primera vista. No sabiendo ellos que van á matarlos, se están mui sosegados y contentos hasta el úl-

timo instante; y el dolor que les causa para quitarles la vida, dura muy breves momentos.

Hasta que *Robinson* hubo muerto el llama, no habia pensado de qué modo guisaría la carne de él.

Luisita. ¡Bueno! ¿Pues no podia cocerla ó asarla?

El Padre. Ganas tenia de eso; pero la lástima era que carecia de todo lo que para tal operacion se requeria. No tenia asador, ni olla, ni cazuela; y (lo peor de todo) ni siquiera lumbre.

Luisita. ¿No tenia lumbre?—Encenderla.

El Padre. No era dificil, si hubiera tenido un eslabon, un pedernal, yesca y pajuela. Ya ves si era poco lo que le faltaba.

Juan. Bien se yo lo que hubiera hecho.

El Padre. ¿Qué?

Juan. Hubiera estregado dos maderos secos uno con otro hasta que ardiesen; que asi lo hacen los Salvages; y en la historia de los Viages nos lo ha leido Vm.

El Padre. Esa misma ocurrencia tuvo *Robinson.*—Cargó al hombro el llama que habia muerto, y tomó el camino de vuelta á su morada.

Al paso hizo otro descubrimiento que le causó extremada alegría. Encontró, pues, siete ú ocho árboles de limones, y caidos al pie de ellos algunos limones ya maduros. Recogiólos con ansia; y despues de haber tomado señas puntuales del parage en que estaban aquellos árboles, se dió prisa por llegar á su alvergue.

Lo primero que allí hizo fue desollar el llama, para lo cual le sirvió de cuchillo una piedra cortante; y luego tendió al sol la piel para secarla, previendo que podria serle de mucha utilidad.

Juan. ¿Y qué habia de hacer de la piel?

El Padre. Muchas cosas. En primer lugar habian ya empezado á rompersele zapatos y medias; y desde luego discurrió que, en llegando á quedarse descalzo, podria hacer de la piel suelas que atarse á las plantas de los pies

para andar con menos incomodidad. En segundo lugar, no dejaba de temer la venida del invierno; y por tanto celebraba infinito la dicha de haber hallado, para no perecer de frio, una zalea con que abrigarse.

Verdad es que podia haberse ahorrado semejante cuidado; porque en aquella region no se conoce el invierno.

Teodora. ¿Con que no hay allí invierno?

El Padre. No; nunca se siente el rigor del frio en los climas cálidos que están entre los dos *Trópicos*. Poco ha que os he hablado de los tales climas. ¿Habeis olvidado el nombre que se les da?

Enrique. Los llaman la *Zona tórrida*.

El Padre. Así es. — Pero tambien en aquellos paises son continuas las lluvias por espacio de dos ó tres meses del año.

Nuestro buen *Robinson* no sabia palabra ni media de todo esto, por que en su primera juventud no habia querido que le enseñasen como es regular; de suerte que Historia,

Geografia y todo le disgustaba.

Juan. Pero, Papá, me parece que una vez leimos que los montes muy altos, como el *Pico de Tenerife* en Canarias, y como otros que hay en el *Perú*, están cubiertos de nieve todo el año. Es preciso que alli siempre sea invierno; y no por eso dexan de estar entre los dos *Trópicos*.

El Padre. Tienes razon, Juanito mio. Las regiones mui elevadas y montuosas son excepcion de la regla, porque en sus cumbres perpetuamente suele haber nieve. — ¿Te acuerdas tambien de lo que acerca de ciertos paises de la *India Oriental* te conté el otro dia, cuando anduvimos viajando por el mapa?

Juan. ¡Ah! si.... Que en algunas tierras con andar no mas que dos ó tres leguas se pasa del invierno al verano, como en la Isla de *Ceilan*, que pertenece á los Holandeses; y tambien en otra tierra que se llama.... que se llama....

El Padre. La *Peninsula citerior* ó de la parte de acá del *Gánges*. Allí, cuando

en la costa de *Malabar*, á una parte de los montes llamados *Gates*, es invierno, á la otra parte de ellos, en la costa de *Coromandel*, es verano, y al reves. Lo mismo acontece en la Isla de *Ceram* una de las *Molucas*, donde en tres leguas de distancia se hallan el estío y el invierno á un mismo tiempo.

Pero ¿cuántas leguas nos hemos alejado de *Robinson*? Es de maravillar la velocidad con que nuestra imaginacion sabe trasladarse en un momento á parages que distan de nosotros millares de leguas. De América hemos saltado al Asia; y ahora de repente ya estamos otra vez en América en la Isla de *Robinson*.

Apenas éste quitó al llama la piel y las entrañas, y separó un cuarto trasero para asarle, fué su primer cuidado el de disponer un asador. Para esto dió por el pie á un arbolillo mui delgado; le quitó la corteza; le aguzó por una punta; y buscó luego un par de ramas en figura de horquillas para sostener su asador de palo. Aguzólas

tambien por la parte de abajo; y despues de hincarlas en tierra una enfrente de otra, puso en el asador la carne, y le sentó sobre las dos horquillas, quedando en gran manera complacido de ver cuan perfectamente andaba su nueva máquina.

Faltábale entónces lo mas necesario que era nada menos que el fuego; y para sacarle por *frotacion* (quiero decir estregando) cortó de un tronco seco dos zoquetes, y emprendiendo sin dilacion su tarea, los refregó tanto uno con otro, que se le bañaba el rostro en sudor. Sin embargo, no podia conseguir su intento, porque cuando los maderos llegaban á calentarse hasta humear, ya estaba él tan cansado, que por fuerza tenia que parar un breve rato para cobrar aliento; y como entretanto se le enfriaba un poco la madera, quedaba inutilizado todo su trabajo.

Entónces sí que conocia de cuántos auxîlios se vé privado el hombre que vive solitario, y cuán ventajosos

bienes nos proporciona la sociedad de los demas racionales; porque ya podeis discurrir que con uno solo que tuviese á su lado para que continuase refregando los maderos así que él se cansase, seguramente hubiera logrado encenderlos. Pero aquellas pausas, que eran irremediables, se lo imposibilitaban.

Juan. Pues yo estaba creyendo que los Salvages encendian lumbre á fuerza de estregar.

El Padre. Verdad es que la encienden; pero ellos, ademas de que por lo comun son mas robustos y vigosos que nosotros los Europeos, que nos criamos con demasiado regalo, están mas diestros en esta operacion. Escogen dos leños de diversa especie: uno de madera blanda, y otro de la mas dura: con el duro frotan rápidamente el blando, hasta que llega este á arder; ó haciendo un agugero en uno de los maderos, introducen por allí el otro, y le dan vueltas con tanta velocidad y continuacion, que al cabo se inflama.

¿Qué habia de adelantar *Robinson* no sabiendo semejante metodo?—Por fin, arrojó desconsolado los maderos; y sentado en su lecho de yerba, con la mano en la mexilla, despedia profundos suspiros, mirando repetidas veces la sabrosa carne que habia de desperdiciar por no poder asarla. Ofreciósele repentinamente á la fantasía la imágen del invierno que se acercaba; y cavilando sobre lo que sería de él, si para entónces no tenia fuego, le sobrevino tan fuerte congoja, que hubo de levantarse á toda prisa, y dar algunos pasos, procurando así respirar mas libremente.

Porque sentia la sangre alterada con tal agitacion, cogió en su taza de coco agua fresca de la fuente, y con ella mezcló zumo de limon: bebida muy refrigerante, y la mas saludable en aquel caso.

Entretanto se le hacia la boca un agua al ver el futuro asado que de tan buena gana hubiera comido. Pero acordándose de haber oido decir que los

Tártaros aunque son racionales como nosotros, acostumbran poner la carne debajo de la silla del caballo, y cocerla á fuerza de galopar, dijo entre sí: ¿Quién sabe si se podrá conseguir otro tanto por diferente medio? Intentemos la experiencia.

Dicho y hecho. Buscó dos piedras bastante anchas y lisas de la misma especie que la de su hacha: puso entre ellas un trozo de carne sin hueso, y empezó á dar con el mazo en la piedra de encima. A cosa de seis ó siete minutos de este exercicio notó que se iba calentando la piedra. Animóse á menudear los golpes, y en menos de media hora ya la carne con el calor de la piedra, y con lo continuo del golpeo, se habia puesto tierna de modo que se podia comer.

Ya se supone que no sabria tan bien como si se hubiese asado en forma; mas para *Robinson*, que en tanto tiempo no habia probado carne, era un regaladisimo bocado.— ¡Oh vosotros! (exclamó) vosotros; glotones de mi

tierra, que soleis á menudo fastidiaros de los mas exquisitos manjares, por que no siempre se adaptan á vuestra sensualidad y á vuestro paladar ya estragado! Si os hubieseis hallado en mi lugar no mas que por espacio de ocho dias, ¡cómo os contentariais con lo que Dios os diese! ¡Y qué poco despreciariais los alimentos sanos, como los despreciais, mostrando vuestra ingratitud á la piadosa providencia del Señor que todo lo mantiene!

Para sazonar mejor su vianda exprimió en ella zumo de limon; y tuvo aquel dia una comida cual no la habia logrado en mucho tiempo, sin olvidarse de dar gracias de lo íntimo de su corazon al Autor de todo bien por merced tan señalada.

Al acabar de comer consultó consigo mismo qué obra seria la mas necesaria por el pronto, á fin de emprenderla inmediatamente. El temor del invierno, que tanto le afligia, le persuadió á que emplease algunos dias en coger y matar buena porcion de llamas

para proveerse de pieles. Tan mansos le habian parecido aquellos animalitos, que esperaba satisfacer este anhelo á costa de muy leve trabajo.

Acostóse lisonjeado con tales esperanzas; y un blando y sosegado sueño le compensó liberalmente los penosos afanes del dia.

TARDE SEXTA.

Continúa el Padre *la historia* de Robinson.

Durmió *Robinson* hasta muy entrado el dia; y sobresaltándose, cuando despertó, de ver que era tan tarde se levantó prontamente, y quiso salir al campo contra los llamas. Pero se lo estorbó el cielo; pues no bien asomó la cabeza por el boqueron de su cueva, cuando tuvo que retirarla.

Luisita. ¿Y por qué era eso?

El Padre. Porque llovia á mares, y era el turbion tan violento, que no habia que pensar en salir. Determinó esperar hasta que pasase la tempestad; pero, léjos de cesar, cada vez iba apretando mas la lluvia y creciendo la terrible avenida. Esta venia acompañada de tan frecuentes relampagos, que la gruta de *Robinson*, con ser muy obscura, parecia estar toda inflamada; y á ellos se seguian truenos, cuales no los habia él oido jamás. Estremeciase la tierra al

rechazar el tremendo estampido; y el eco de los montes le repetia, prolongándole interminablemente.

Como habia sido *Robinson* muy mal educado, era natural que tuviese un fuerte miedo á la tempestad.

Teodora. ¿Miedo á los truenos y á los relampagos?

El Padre. Sí, y de tal modo le amedrentaban, que, angustiado, no sabia donde esconderse.

Teodora. ¿Y por qué se atemoriza tanto?

El Padre. Es regular que fuese porque el fuego que resulta al ponerse en equilibrio (segun explican los Físicos) el *fluido* que llaman *eléctrico* entre diferentes cuerpos de la naturaleza, y de que se forma el rayo, causa incendios, y suele de tiempo en tiempo quitar la vida á alguno.

Juan. Ya: pero esas desgracias suceden muy pocas veces.

El Padre. En mi tiempo nadie ha muerto aqui de rayo; y los exemplares que se oyen citar, se cuentan por lo mismo que son raros y extraordinarios.

Así es que, como tales, se anuncian de tarde en tarde en las gacetas y otros papeles públicos, al modo que se da noticia de que un hombre vivió mas de cien años: prueba manifiesta de lo poco frecuentes que son semejantes casualidades. En esto de los rayos no dexa de haber algun peligro; pero es á la verdad tan remoto, que no tiene comparacion con el de las caidas, los accidentes repentinos, los incendios, y otras mil contingencias á que estamos mucho mas espuestos cada momento, y que no solemos temer la mitad de lo que *Robinson* temia el rayo. Cuando éste fuera el único modo que hubiese de morir de repente, con mayor motivo pudiéramos asustarnos; pero nuestra vida es tan de prestado, y tenemos dentro y fuera de nosotros mismos tantas y tan continuas causas capaces de ocasionarnos una muerte inopinada, que si hubiésemos de temerlas todas con el exceso que algunos temen los rayos, no dariamos un paso, ni nos atrevería-

mos á hacer el menor movimiento sin
una cobardía y aprehension ridícula.
Montar á caballo, entrar en un co-
che, vadear un rio caudaloso, embar-
carse, bajar una escalera, dejar una
luz, ó bien lumbre en un cuarto so-
lo, son cosas que ejecutamos sin par-
ticular recelo, no obstante que debie-
ran temerse como riesgos casi cuoti-
dianos, y mas próximos que el de una
centella. Lo cierto es que el rayo vie-
ne acompañado del estruendo que
aturde, y del resplandor súbito que
deslumbra; y por esto creo yo que á
los que no reflexionan infunde un pa-
vor involuntario, que no suelen ex-
perimentar en peligros mucho mas in-
minentes.

Basilio. Tambien nos ha dicho Vm. que las tempestades producen en la tierra muchos bienes; porque purifican el aire de sus vapores sulfúreos, le hacen mas sano para los vivientes, y mas favorable para que medren las plantas, y templan los calores excesivos. Ademas de esto, nos representan

un espectáculo de los mas magestuosos que hai en la naturaleza, y en que el soberano Autor de ella se ostenta de un modo que impone respeto y excita admiracion.

Luisita. ¡Qué cosa tan hermosa, Papá! ¿Me sacará Vm. al campo el primer dia que haya nublado para ver todo eso que dice Basilio? Yo no tendré miedo como *Robinson.*

El Padre. Te daré ese gusto de muy buena gana.—El infeliz Mancebo, como ya sabeis, habia despreciado toda instruccion en su juventud; y así ignoraba que las tempestades suelen ser beneficios que Dios envía, y que aun cuando ocasionen tal cual vez algun daño particular (que convendrá segun los altos fines de la Providencia) causan el general provecho que Basilio ha referido de purificar el aire, y restaurar tan saludablemente á los hombres, los animales y las plantas.

Mientras sentado *Robinson* en un rincon de su cueva, y todo encogido

sentia mortales ansias, se acumulaban torrentes de agua, brillaban los relámpagos, retumbaban sin cesar los truenos; y ya se acercaba el medio-dia sin haber cedido la violencia de la borrasca.

No le molestaba el hambre, porque la misma congoja le habia quitado el apetito; pero atormentaban su ánimo las mas tétricas y melancólicas imaginaciones. Llegó la hora (decia) en que Dios quiere pague yo la pena de mis atentados. Ya ha levantado de mí su mano paternal: pereceré sin ver ántes á mis desventurados padres.

Ramon. En cuanto á eso no me conformo con el amigo *Robinson.*

Nicolas. ¿Por qué?

Ramon. ¿Pues no le habia hecho ya Dios bastantes mercedes para conocer por experiencia propia que aquel buen Padre nunca abandona al que de todo corazon confia en él, y procura de veras enmendarse? ¿No le habia salvado del naufragio, que era riesgo mucho

mas probable de perder la vida? ¿No le habia socorrido para que no muriese de hambre?—¡Y con todo eso, se muestra ahí tan desanimado! ¡Vaya, que es muy mal hecho!

La Madre. Soi de tu dictamen, Ramoncito, pero compadezcamonos de aquel mozo. Hacía muy poco tiempo que habia empezado á reflexîonar, y por consiguiente no podia estar tan adelantado en la senda de la virtud como otro á quien desde niño hubiese encaminado rectamente por ella.

El Padre. Bien dices, amiga mia, y te agradezco lo que te condueles de mi pobre *Robinson.* Yo le voy cobrando cariño desde que veo que está en via de corregirse.

Entretanto que batallaba con sus temores é inquietudes, parecia que la tempestad se iba apaciguando. Al paso que se alejaba el estruendo, y disminuía la lluvia, iba resucitando en su pecho la esperanza. Juzgó que ya podria ponerse en camino; y cuando tomaba su morral y su hacha, he

aquí que de repente.... (¿Qué os parece que sucedió?).... da en tierra trastornado, aturdido....

Juan. Pues ¿qué le pasó?

El Padre. Cabalmente sobre su misma cabeza resonó un terrible estallido, tembló la tierra, y *Robinson* se quedó yerto como un cadáver.—Era el caso que, cayendo un rayo en el árbol que estaba encima de la cueva, le habia tronchado, causando un estampido tan formidable, que atónito el desgraciado *Robinson*, se figuró estar herido mortalmente.

Permaneció tendido largo rato antes de cobrar aliento; mas al fin, certificándose de estar vivo y sano, se levantó; y lo primero que vió á la entrada de su gruta fué un gran trozo del árbol que el rayo habia derribado. Nuevo infortunio para *Robinson*. ¿De dónde habia de colgar ya su escala de cuerda, si quedaba destruido todo el árbol, segun él se imaginaba.

Advirtiendo que habia cesado en-

teramente la lluvia, y no oyendo mas truenos, se aventuró á salir. Pero ¿qué es lo que entónces vió? Una cosa que repentinamente le llenó de agradecimiento y amor á Dios, y de vergüenza por haberse abatido y desconfiado tanto. Es de saber que el tronco del árbol herido del rayo estaba ardiendo todo, con lo cual se halló inesperadamente *Robinson* provisto de lo que mas falta le hacia: de suerte que justamente cuando él creia verse mas abandonado y en la mayor calamidad, fué cuando la divina Providencia le amparó con el mas señalado patrocinio.

Lleno de inexplicable reconocimiento y alborozo, y llorando de ternura, rindió en alta voz expresivas gracias al benigno Padre de los hombres, que, aun cuando permite los mas espantosos acaecimientos, obra siempre por sabias y poderosas razones. ¡Oh! (exclamó) ¿quién es el hombre, triste gusano de la tierra, y cuáles son sus alcances para atreverse

á murmurar de lo que Dios executa por medios impenetrables á todos los mortales?

Desde entónces tuvo fuego, sin que le costase trabajo encenderle: desde entónces no le fué dificil conservarle; y empezó á vivir con menos inquietud en cuanto á los arbitrios para mantenerse en aquella Isla desierta.

Difirió para mas adelante la cacería por dedicarse únicamente á cuidar de su lumbre y á asar la carne que desde el dia antecedente habia dejado en el asador.

Como no habia llegado aun el incendio á la parte inferior del tronco en que estaba afianzada la escala de cuerda, podia subir por ella sin riesgo. Hízolo así; tomó un tizon ardiendo; bajó luego al recinto situado delante de la entrada de su habitacion; encendió una buena hoguera junto á la carne, y volvió á subir sin detencion para apagar el fuego que ardia en el árbol, como en efecto lo consiguió á breve rato.

Ya tenemos á *Robinson* haciendo el oficio de cocinero, subministrando pábulo á la lumbre para mantenerla, y muy ocupado en dar vueltas al asador. Deleitábase infinito en ver el fuego; y mirándole como un precioso don que Dios le habia enviado de las nubes, no cesaba de considerar de cuán grande utilidad le habia de servir.

Ramon. Ciertamente es el fuego una imágen de la divinidad; es el mas noble de los elementos.

El Padre. Por eso entre los ignorantes paganos y gentiles fue costumbre muy comun el adorarle. *Roma* le conservaba continuamente en el templo de la Diosa *Vesta*; *Aténas* en el de *Minerva*; *Delfos* en el de *Apolo*; y ya has leido como le reverenciaban en la *Persia*.

Ramon. Sí, pero nosotros, que, á Dios gracias, estamos ilustrados con la verdadera doctrina, sabemos qué el fuego no es un Dios, sino un beneficio de Dios, como el agua, la tierra, y el aire, criados para nuestro provecho.

El Padre. En la comida del dia anterior, cuando, segun os he contado, satisfizo *Robinson* el hambre con la carne cocida á fuerza de macearla, habia echado ménos el sabor de la sal, y esperó que con el tiempo acaso llegaria á encontrarla en su Isla: mas por ahora hubo de contentarse con ir á la ribera, coger en un coco agua del mar, regar con ella la carne, y salarla de este modo á falta de otro.

Pareciόle que ya estaba bien asada: y cuál fué la complacencia con que cortó la primera tajada y la llegó á la boca, no lo podria encarecer sino quien, como él, hubiese pasado cuatro semanas sin probar bocado de manjar aderezado en forma, y se hallase destituido de toda esperanza de probarle.

El gran punto es ahora saber ¿qué providencia ha de tomar para que nunca se le apague el fuego?

Teodora. Eso era muy fácil ¿Habia mas que echar siempre leña?

El Padre. Mui bien; ¿pero de noche?—

¿Y si mientras estaba durmiendo, caia de repente una copiosa lluvia? ¿Qué hariamos?

Luisita. ¿Sabe Vm. que digo, Papá? Yo hubiera hecho lumbre dentro de la cueva, donde no podia entrar el agua.

El Padre. No está mal pensado; pero la dificultad consistia en que la tal cueva era tan estrecha, que escasamente le podia servir de nicho. Y luego no tenia chimenea, por lo cual el humo le habia de incomodar de manera que no sería posible resistirle.

Luisita. ¡Ai! es verdad. De ese apuro no le puedo sacar yo.

Juan. ¡Vaya Vm. viendo qué lance! ¡Es posible que siempre ha de haber algo que le ponga en un aprieto! Muchas veces está uno creyendo que ya el pobrecito ha salido de trabajos pero sí.... Al instante se atraviesa otra cosa, y beso á Vm. las manos.

El Padre. Ahí verás cuán dificil es para un hombre solo satisfacer por sí mismo todas sus necesidades, y cuán importantes beneficios nos proporcio-

na la vida civil. Sí, hijos mios: todos, todos seriamos las criaturas mas dignas de compasion, si cada cual se viese reducido á vivir solitario, y ningun auxîlio tuviese que esperar de sus semejantes. Mil brazos, mil manos no bastan para trabajar y disponer lo que uno de nosotros necesita al dia.

Juan. ¿Qué dice Vm., Papá? ¿Mil?

El Padre. ¿No lo crees, Juanito? — Pues veamos todo lo que hoy has necesitado para tu uso. Primeramente has dormido hasta despues de salir el sol; y esto ha sido en una buena cama: ¿no es verdad?

Juan. Sobre unos colchones, y con unas sábanas, y una almohada, y una colcha....

El Padre. No pasemos de los colchones. Estos están rehinchidos de lana para lo cual uno cuidó primero las ovejas, y otro las trasquiló; otro lavó la lana; otro la pesó y vendió; otro la condujo á casa del lanero; y éste la revendió al colchonero, que para hacer los

colchones la estendió dentro de una funda ó saco de un lienzo rayado que llaman terliz ¿Y de dónde vino el terliz?

Juan. Le hizo el texedor.

El Padre. ¿Y qué necesitó para texerle?

Juan. Hilo, y un telar, y una lanzadera, y....

El Padre. Basta, basta. Y para hacer el telar con todos sus avios ¿cuántas manos se han ocupado?— Luego el texedor nada puede hacer sin hilaza; pero ¿de dónde la sacó?

Juan. De las hilanderas que la hilan.

El Padre. ¿Y sabes tú por cuántas manos ha de pasar el lino ú el cañamo antes de llegar á estado de poderse hilar, empezando desde que se siembra la linaza ó los cañamones?

Juan. Pasará por cuatro ú cinco.

El Padre. Y tambien por mas de veinte.—Pero dime: ¿la aguja con que se ha de coser el colchon, no es de hierro? ¿Y el hierro no se ha de sacar de la mina? Y desde que se saca de allí hasta que de él se hace una aguja

¿cuántos hombres se emplean? ¿Qué instrumentos y máquinas no se requieren para fabricar la tal aguja? ¿Y cuántos operarios para construir las tales máquinas?...

Juan. ¿Dónde vamos á parar, Señor?

El Padre. Pues ve juntando y sumando ahora las diversas operaciones que ha costado la cosecha del cáñamo, ú del lino, y los aperos que necesita el Labrador para cultivarle; las prolixas maniobras que exîgen la hilaza, y el texido del lienzo: las que son menester para preparar la lana, y las indispensables para hacer una aguja, que parece nada, y luego me dirás si he echado la cuenta larga cuando he dicho que solo para darte un colchon en que descanses cómodamente han trabajado mil manos.

Teodora. ¡Vaya Vm. viendo! ¡Mil manos!

El Padre. Considera despues las demas cosas que diariamente necesitas; y dime entónces si es maravilla que á cada instante se haya visto *Robinson* tan atado y confuso, cuando no le ayudaban

otras manos que las suyas, y cuando carecía de todas aquellas herramientas con que por acá se remata tan fácilmente cualquiera obra.

Lo que á la sazon le daba mas cuidado era el descubrir medios de precaver se le apagase su amada lumbre. Ya se rascaba la frente, empeñado en inventar algun buen arbitrio; ya dejaba caer languidamente los brazos, cansado de discurrir; ya se paseaba con precipitacion y por largo rato, sin saber qué determinacion tomar. Pero al fin, solo con haber fixado por casualidad la vista en las peñas que cercaban la colina, le ocurrió instantáneamente lo que debia hacer.

Enrique. ¿Y qué seria eso?

El Padre. A mas de una vara de alto del suelo sobresalía una piedra mui grande.

Carlitos. ¿Qué tamaño tendria?

El Padre. No he podido lograr un dibujo de ella; pero conjeturo que tendria de largo como dos varas, y una de ancho, con otro tanto de grueso.

Aunque habia llovido mucho, se

mantenia tan seco el parage que caia debaxo de la piedra como si realmente hubiera habido encima un tejado. Vió luego *Robinson* que en aquel cobertizo natural podria formar un hogar bien resguardado; y aun observó que sería fácil disponer allí una cocina con chimenea y todo. Resolvió, pues, poner sin tardanza manos á la obra.

Debajo de la piedra ahondó con su azadon la tierra mas de una vara, y proyectó cerrar con dos tapias ó tabiques los lados de aquel espacio hasta tocar con la consabida piedra de arriba.

Teodora. ¿Pero cómo habia de hacer una tapia?

El Padre. Se habia ido acostumbrando á mirar con atencion cuanto encontraba y á preguntarse á sí propio: ¿*Para qué podrá servirme esto*?—Así no habia dejado de observar una arcilla ó tierra gredosa que había visto no sé en qué parte de la Isla; y desde luego dixo: ¿Quién sabe si habrá modo de

fabricar con esta tierra ladrillos para levantar una pared ó un tabique?

Ofreciósele á la memoria esta especie; y dexando ya casi del todo excavado el terreno de su cocina, recogió el azadon, tomó la navaja de piedra, y se trasladó al puesto en que estaba la arcilla, con propósito de emprender su nueva taréa.

La recia lluvia habia ablandado de tal suerte el barro, que no le costó mucha dificultad trazar y cuadrar en él unos como ladrillos, y cortarlos despues con su navaja lo mas igualmente que pudo. Preparada así en mui pocas horas una porcion de estos ladrillos, los colocó unos junto á otros en un parage donde daba el sol todo el dia; y dexando para el siguiente la continuacion de la obra, se volvió á su vivienda, deseoso de comer el resto de su asado, porque la actividad con que habia trabajado le excitaba ya el apetito. Para regalarse espléndidamente en dia de tanta complacencia y celebridad hizo el exceso de

añadir á su comida (que mejor llamaremos cena ó cena-merienda) una de las pocas nueces de coco que ya le quedaban; y con esto fué opíparo el banquete.

¡Ah! (dixo *Robinson*, arrancando un suspiro de lo íntimo de su corazon en parte satisfecho, y en parte triste:) ¡Ah, que feliz seria yo ahora si tuviese un solo amigo, un hombre siquiera, aunque fuese el mas miserable mendigo, que me acompañára! un racional, á quien pudiera yo decir que le amaba, y que pudiera responderme con igual expresion! ¡Que á lo ménos no tenga yo aquí algun animal doméstico, un perro, un gato á quien hacer bien, para grangearme su cariño y lealtad! ¡He de vivir así aislado, absolutamente separado de toda criatura viviente, y como si fuese único morador de la tierra! — Aquí se le saltaron las lágrimas, acordándose del tiempo en que, pudiendo gozar la agradable compañía de sus hermanos y demas amigos, babia te-

nido con ellos frecuentes disputas y riñas. ¡Ai! (exclamaba, traspasado de dolor con tal recuerdo) ¡qué mal conocia yo entónces lo que vale un amigo! ¡Cuán duro nos es carecer del afecto de los demas cuando deseamos vivir felices! Si hoi pudiese empezar yo de nuevo la carrera de mi primera juventud ¡con qué afabilidad y ternura, con cuanta condescendencia trataría á mis hermanos y á los demas jóvenes! Con qué docilidad toleraria leves ofensas! ¡Y qué esmero no pondria en conciliarme la aceptacion de todos con mi buena índole y honradez, obligándolos á que me quisieran! ¿Por qué (Dios mio!) por qué no habré yo sabido apreciar los bienes de la amistad hasta que los he perdido, y perdido para siempre?

A poco de haber dicho esto, volvió casualmente la vista ácia un rincon de su estrecha morada, y vió una araña que allí habia echado su tela. Solo en pensar qué dormiria bajo un mismo

techo con un viviente, sintió *Robinson* dentro de sí tal júbilo que no reparó entónces en si era animal de esta especie ó de la otra. Se propuso luego coger todos los dias moscas que presentar á la araña, para darla así á conocer que estaba en lugar donde no tenia que rezelar, y donde la trataban con liberalidad y cariño, y para irla domesticando, si posible fuese.

No habiendo anochecido todavía, y corriendo un ayre fresco y apacible de resultas de la tempestad pasada, no quiso *Robinson* acostarse sin emplear antes un rato en alguna ocupacion útil; á cuyo fin tomó el azadon y empezó á cavar la tierra de su cocina. Pero dió inesperadamente en una cosa dura que estaba sepultada en la tierra, y por poco no se le quiebra el azadon. Presumió fuese una piedra; mas ¡cuál fué su asombro, cuando sacando aquel cuerpo tan duro como pesado, halló que era nada ménos que *oro puro*!

Juan. ¡Ola! ¡Vaya, qué tambien ese

Robinson es afortunado como él solo!

El Padre. Ya se ve: es hijo de la dicha. La pella de oro era tan gruesa que, reduciéndola á moneda, se podrian sacar de ella cien mil pesos. Mira que rico, qué poderoso será desde ahora *Robinson*! ¡Cuántas cosas no podrá ya comprar y mandar hacer! Podrá fabricar un palacio, tener espejos, colgaduras, figuras de china, coches, caballos, lacayos volantes....

Teodora. Sí, pero ¿de dónde queria sacar todo eso en aquella Isla, si no habia una alma que tuviese allí cosa que vender?

El Padre. Dices bien: no habia caido en ello. —*Robinson* sí que al instante reflexîonó eso mismo; porque en vez de regocijarse de haber encontrado aquel tesoro, le dió un puntillon, diciendo con el mayor desprecio: Quédate ahí arrojado, vil metal, que tanto ambicionan ordinariamente los hombres y que á veces adquieren á costa de bajezas, y aun de delitos. — ¿De qué me sirves? ¡Oh! si hubiera en-

contrado en tu lugar un buen pedazo de hierro de que tal vez pudiera yo hacer una hacha, ó un cuchillo! De buena gana cederia lo que vales por un puñado de clavos, ó por cualquiera herramienta útil.— Dexó en el suelo aquel precioso hallazgo, y despues apénas se dignaba de mirarle cuando pasaba por delante de él.

Luisita. ¿Sabe Vm. una cosa, Papá?— Ese hizo lo que el gallo.

El Padre. ¿Qué gallo?

Luisita. ¿Pues qué? ¿Se ha olvidado Vm. de la fábula que nos contó un dia? — Erase una vez un gallo, y este gallo, escarbando en un muladar, encontró.... ¡Valgame Dios! ¿qué fué lo que encontró?....

El Padre. ¿Una *margarita*?

Luisita. Sí, Señor, una *margarita*, que Vm. nos explicó que era una perla. Y dijo entónces: ¿De qué me sirves con toda tu hermosura? Mejor me estuviera haber encontrado un grano de cebada.— Y con esto dejó la perla á un lado sin volver á acordarse de ella.

El Padre. Mui bien has aplicado la fábula. Lo mismo hizo puntualmente *Robinson* con el grano de oro.

Entretanto se le fué acercando la noche , porque ya habia rato que el sol se habia sumergido en el mar.

Teodora. ¿En el mar?

El Padre. Así parece á los que habitan en una Isla , ó en otro parage donde no ven al rededor de sí mas que agua. Se les figura que cuando se pone el sol, se unde realmente en el mar ; y por esto nos explicamos á veces así , dejándonos llevar de la apariencia.

Salió brillante la luna por la parte opuesta del cielo, iluminando la cueva de *Robinson* con un resplandor tan agradable, que embelesado en contemplarla , tardó en irse á dormir.

Pero ya queda recogido , en tanto que alimentada su lumbre con unos gruesos leños, continúa ardiendo lentamente.

Tambien á nosotros nos empieza á alumbrar ahora el resplandor de la luna, que refleja ácia la tierra los rayos

con que el sol la hiere. Miéntras nos encaminamos á casa, consideradla con atencion. Ved que bella es, y que apacible; y demos gracias al que la crió para mitigar la tristeza que nos infunde la obscuridad de la noche.

TARDE SÉPTIMA.

Al siguiente dia por la tarde *Juan*, *Nicolas* y *Teodora*, tomándose la llaneza de tirar al *Padre* por los brazos y por la falda de la casaca, intentaban sacarle al campo. Los demas acudieron á ayudarlos, y entre todos le obligaron á salir de casa.

El Padre. ¡Vaya, que es buen empeño! ¿Adonde queréis llevarme?

Juan. A la pradera, debajo del manzano.

El Padre. ¿Y para qué?

Nicolas. A proseguir con nuestro *Robinson*...

Teodora. Sí, Papá: la historia de nuestro *Robinson*; y le querré á Vm. tanto, tanto....

El Padre. Mui bien está; pero se me va figurando que ya mi *Robinson* no os causa la misma diversion que al principio.

Juan. ¿Nó? ¿Quién lo ha dicho?

El Padre. Si no me engaño, he visto ayer que algunos de vosotros bostezábais,

y esta es por lo comun, señal de estar uno fastidiado.

Teodora. No Señor; no por cierto. Habiamos cavado muchísimo en la huerta; y ya ve Vm. que, despues de haber estado cavando toda la tarde, bien podemos tener un poco de sueño al anochecer.

Nicolas. Hoy no hemos hecho mas que arrancar la mala yerba, y regar las eras de ensalada. Bien despiertos estamos.

Luisita. Mire Vm. como brinco. ¿Qué? ¿me habia yo de dormir?

El Padre. Me conformo, ya que así lo queréis; pero cuando empiece á cansaros la historia me lo habeis de decir.

Juan. No nos cansamos, no. — ¿Con qué? Diga Vm....

El Padre. Como en la Isla de *Robinson* hacia intolerable calor durante el dia, le era forzoso cuando tenia alguna obra entre manos trabajar mui de madrugada, ó despues de caer el sol. Levantóse, pues, mui temprano, añadió leña al fuego, y se desayunó con

la mitad de un coco que habia guardado el dia antecedente. Quiso despues poner á asar un pedazo del llama; pero halló que ya la carne olia mal á causa del calor excesivo, y así tuvo que privarse aquel dia del gusto de comer carne.

Al tiempo de tomar su morral para ir á su fábrica de ladrillos, encontró en él las patatas que habia recogido dos dias ántes. Ocurrióle el pensamiento de ponerlas entre la ceniza al amor de la lumbre para ver lo que salia, y hecho esto partió.

Dióse tal priesa á trabajar, que ántes de mediodia dexó ya en buen estado aquella porcion de ladrillos de arcilla, que conceptuó necesitaria para la pared con que habia de cercar su cocina. Dirigió luego sus pasos á la playa en solicitud de algunas ostras: halló poquísimas, pero en cambio descubrió allí con la mayor satisfaccion otro alimento mucho mas apreciable.

Juan. ¿Y qué era?

El Padre. Un animal que él á la verdad

nunca habia comido; pero cuya carne habia oido decir que era mui saludable y sabrosa.

Juan. Y diga Vm. ¿qué animal seria ese?

El Padre. Una tortuga, y tan grande, que rara vez se hallan otras de su tamaño en aquellos parages. Pesaria cerca de un quintal.

Teodora. ¡Qué horrorosa tortuga seria! ¿Y las hai tan grandes?

Juan. Y mucho mayores. ¿No te acuerdas de lo que Papá nos leia en la Historia de los viages de aquellos hombres que dieron una vuelta entera al rededor del mundo, y que cogieron en el mar del Sur unas tortugas que pesaban trescientas libras?

Teodora. ¡Qué monstruosidad!

El Padre. Cargó *Robinson* al hombro su admirable hallazgo, y le fué llevando poco á poco á su cueva. Allí se puso á dar repetidos golpes en la concha hasta que la rompió por la parte mas baja; y apoderándose de la tortuga, y matándola, cortó un buen trozo de

ella para asarle. Con el trabajo se le habia abierto un apetito que le tenia impaciente; y miéntras daba vueltas al asador, estaba discurriendo qué haria con la restante carne de tortuga para que no se le pudriese, faltándole sal y vasija en que salarla.

Afligíase al considerar que aquella famosa tortuga, que le hubiera bastado para mantenerse ocho dias, y mas, ya no se podría comer á las veinte y cuatro horas; pero no daba en el modo de salarla, hasta que le ocurrió un buen expediente. La concha superior de la tortuga era como una ortera mui grande. Esta (dijo allá para sí) me servirá de vasija; pero ¿la sal?....— ¡Ah, qué tonto soi! (continuó, dándose una palmada en la frente.) ¿Quién me quita rociar esta carne con agua del mar, lo cual, sobre poco mas ó ménos producirá el mismo efecto que si la echase en salmuera? ¡Excelente discurso! (exclamaba); y con el alborozo de haber salido de aquella confusion daba vueltas al asador

con doble agilidad que ántes.

Al fin llegó el asado á estar en punto. ¡Oh! (dixo *Robinson*, suspirando, despues de probar con ansia un delicioso bocado): ¡Oh quién tuviera para comer con esto el mas pequeño pedazo de pan! ¡Cuán simple era yo en mi juventud, cuando no conocia que un pedazo de pan seco es un gran beneficio del cielo! No me contentaba yo entónces, si con el pan no mezclaba manteca ó queso, y ahora me tendria por muy dichoso, si lograse aquí la morena de salvado que daban en mi casa al mastin que guardaba la huerta.

Aun estaba entregado á estas consideraciones cuando se acordó de las patatas que por la mañana habia dexado en el rescoldo. Veamos (dixo) que hemos adelantado, y sacó una de ellas. ¡Nueva felicidad, nueva complacencia! Aquella dura fruta se habia puesto tan tierna, y exâlaba tan agradable olor al partirla, que sin exâminarla mas, la llevó á la boca, y le supo tan bien como si fuera....

Ramon. Como una patata asada.

El Padre. En una palabra lo has dicho todo. Desde luego conoció *Robinson* que aquel fruto, aunque silvestre, podria mui bien suplir á falta de pan.

Regalóse por entónces á que quieres boca; y como el sol picaba demasiado, se recostó un rato en su lecho, y se puso á pensar mui seriamente á que obra importante se dedicaría, luego que mitigado el calor, le permitiese trabajar. Es indispensable (dijo) aguardar á que el sol seque y endurezca mis ladrillos para principiar la fábrica de la pared proyectada. Entretanto será lo mas acertado salir á caza, y matar un par de llamas.—Pero ¿qué habré de hacer con tanta carne?—El único arbitrio sería disponer mi cocina de modo que pudiese poner algo al humero.—¡Gran pensamiento! (exclamó); y saltando prontamente de la cama, se fué al sitio que habia destinado para cocina, á fin de determinar allí, á vista del terreno, el mas apto medio de conseguir el fin deseado.

No tardó en conocer que la cosa era asequible; pues, abriendo en los dos lienzos de pared, que habia de levantar, dos agujeros, y atravesando desde el uno al otro un palo, no habia dificultad en colgar de él los jamones y estaba hecha la chimenéa. Ya podeis suponer que con esta nueva invencion quedaria loco de contento. Hubiera dado qué se yo qué porque estuvieran entónces los ladrillos bastante endurecidos para empezar inmediatamente su grande obra. Pero ¿qué remedio? Tener paciencia hasta que el sol concluyese la operacion, y buscar en el ínterin diversa tarea en que ocupar útilmente aquella tarde.

Sobre esto meditaba, cuando se le ofreció otro pensamiento superior á cuantos le habian ocurrido, y aun se admiró de su necedad en no haber dado en él mucho ántes.

Juan. ¿Y qué venia á ser?

El Padre. Criar algunos animales domésticos que le sirviesen no solo de alimento, sino tambien de compañía.

Teodora. ¡Ah! De aquellas ovejitas, de aquellos llamas: ¿no es verdad?

El Padre. Cabalmente: como que eran los únicos animales que hasta entónces habia descubierto. Los veía tan mansos, que consintió desde luego en que sin grande afan cogeria un par de ellos vivòs.

Teodora. ¡Qué cosa tan bonita! Yo quisiera estar con él para coger otro par.

El Padre. Pero ¿de qué maña te valdrias para eso, Teodora mia? porque no es de creer que sean tan sumamente mansos que se dexen coger á la mano.

Teodora. Pues ¿como queria sugetarlos *Robinson*?

El Padre. Ahí está el toque; y esto es lo que le costó mui largas y profundas investigaciones para deliberarlo. Pero cuando el hombre emprende un asunto, que de suyo no es imposible, lo que ha de hacer es *quererlo* de veras y con perseverancia, porque al fin todo lo vencen su talento y su actividad. Tan grandes son y tan varias las

potencias y facultades de que nuestro benigno Criador nos ha dotado.

Atended á esto que os digo, amiguitos mios; jamas desconfieis del feliz éxîto en obra alguna, por ardua que sea, con tal que formeis propósito invariable de no desmayar hasta verla finalizada. La aplicacion tenaz, la meditacion continua, el valor constante han solido allanar cosas que á los principios parecian insuperables ó inaccesibles. Nunca os desanimeis por obstáculos que ocurran en los negocios que os importen; sino hacéos cargo de que cuanto mayores esfuerzos hayais menester para rematar una empresa, tanta mayor complacencia experimentareis despues de lograrla.

Así fué como nuestro *Robinson* llegó á descubrir medio para coger vivos los llamas; y se reducia á preparar un lazo de cuerda, esconderse detras de algun árbol, y echar el lazo al primer llama que se le acercase.

Para esto empleó algunas horas en trabajar una soga medianamente fuer-

te; y dispuesto ya el lazo escurridizo tuvo la precaucion de hacer con él varias pruebas para asegurarse (como se aseguró) de que corria y apretaba bien.

Considerando *Robinson* que estaba algo distante el puesto adonde solian ir á beber los llamas, y dudando si tambien acudirian á él por la tarde respecto de que no los habia visto llegar allí sino á las horas del mediodia, difirió su expedicion hasta el dia inmediato, y entretanto se ocupó en hacer toda la prevencion necesaria para el viage. Quiero decir que fué al parage en que habia cogido las patatas, y llenó de ellas el morral. Puso algunas á asar entre la ceniza, y depositó las restantes en un rincon de su cueva para irlas gastando en los dias siguientes. Cortando ademas de esto un buen trozo de tortuga, así para cenar como para almorzar luego que amaneciese, regó lo que de ella quedaba con agua del mar, que para tal efecto habia traido.

Hizo despues en la tierra un hoyo que provisionalmente debia servirle de sótano; allí colocó la concha de la tortuga con la carne salada; puso encima el pedazo ya asado para la noche, y cubrió con ramas la boca del hoyo.

Para dilatar el ánimo dedicó el resto de la tarde á un agradable paseo por la orilla del mar, donde corria entónces un fresco viento Leste ó Levante que bastaba á templar el riguroso calor. Tendia la vista por el inmenso Océano, y se deleitaba en contemplar las mansas olas que, sucediéndose lentamente unas á otras, apénas desmentian la llanura de la undosa superficie. Pero al volver los ojos ácia la parte del mundo en donde quedaba su deseada patria, se los humedeció un repentino llanto, renovándosele vivamente la tierna memoria de sus amados padres. ¿Qué harán ahora (exclamaba lleno de afliccion) que harán los desconsolados padres mios? Si no han fenecido á impulsos del amargo pesar que he tenido la desgracia de darles,

¡cuán triste vida pasarán! ¡Con qué gemidos se estarán lamentando de no tener mas hijo que uno, y de ver que éste, á quien tan de veras amaban, ha procedido con ellos tan traidoramente que ha sido capaz de abandonarlos! Perdonad, benignos padres, perdonad á vuestro delinqüente y malogrado hijo, que os ha reducido á tal extremo de dolor. —Y tú, celestial Bienhechor, único Padre mio, y mi única compañía en esta soledad, mi amparo y consuelo único, derrama sobre mis queridos padres tus mas preciosas bendiciones, y cuantas prosperidades tenias destinadas para mí, y que yo he desmerecido, derrámalas todas, Señor, en beneficio de ellos, compensándoles así las penas que por mi causa han tolerado. Sean ellos felices, ya que son inocentes; que yo, como culpado, sufriré con resignacion las calamidades que para corregirme disponga enviarme desde hoi tu sabiduría.

En la tierna corteza de un árbol que tenia cerca de sí grabó entónces con la

navaja los venerados nombres de sus padres, besándolos bañado en lágrimas, y los repitió despues en los troncos de otros árboles de varias partes de la Isla, ansioso de tenerlos presentes á todas horas.

Teodora. El *Robinson* se va haciendo mui hombre de bien.— Pues mire Vm., Papá: ahora ya seria tiempo de que Dios le sacará de allí, y le llevára á casa de sus padres.

El Padre. Solo Dios, que todo lo prevee, y que sabe lo que conviene á *Robinson*, es quien dispondrá cuál ha de ser su suerte. Las circunstancias en que se halla este mozo han fomentado en su pecho las semillas de la virtud; pero ¿quién sabe si otras circunstancias diferentes las ahogarian? Si ahora saliese de la Isla á salvo, si volviese á casa de sus padres, ¿quién nos asegura que algun mal egemplo, ó tal vez las conveniencias y el regalo, no volverian á viciarle? Mui verdadera es hijos mios, aquella sentencia: *El que está en pie, mire no caiga.*

Entretanto que *Robinson* se paseaba, como he dicho, por la playa le ocurrió que seria bueno bañarse, supuesto que de muchacho habia aprendido á nadar. Empezó á despojarse; pero ¡cuán pasmado se quedó al ver cual estaba su camisa, y mas no teniendo otra que aquella! Como la habia trahido puesta tantos dias, y en un clima tan caluroso, apénas se conocia ya de qué color habia sido. Lavóla, pues, lo mejor que pudo ántes de bañarse; la tendió en un árbol, y se echó al agua, dando tiempo para que se enjugára.

Fué nadando ácia una *lengua de tierra* que salia bastante al mar, y en que hasta entónces no habia estado.

Carlitos. ¿Y qué es una *lengua de tierra*?

El Padre. Así se llama un espacio angosto de tierra que se extiende ácia el mar, y que solo por una parte está pegado á una Isla, ú á otra cualquiera tierra.

Este viage de nuestro *Robinson* le fué mui útil; pues descubrió que aque-

lla lengua de tierra durante las horas del flujo estaba debajo del agua, y que despues en las del reflujo quedaba allí gran porcion de tortugas, ostras, almejas y otros mariscos. Nada de esto pudo recoger por entónces; ni tampoco lo necesitaba aquel dia, por tener todavía suficientemente provista su despensa; pero celebró mucho haber hecho este nuevo descubrimiento.

Aquel distrito de playa en que nadaba era tan abundante de pesca, que casi hubiera podido cogerla con la mano; y á tener una red, habria sacado millares de peces. No la tenia á la verdad; mas como habia sido tan afortunado en cuantas obras habia emprendido hasta entónces, se prometió que con el tiempo acertaria igualmente á hacer una buena red de pescar.

Satisfecho de los recientes hallazgos, se volvió á tierra, despues de haber estado en el agua una hora larga; y habiéndose ya secado enteramente la camisa con el aire caliente, tuvo entón-

ces el gusto de ponerse, á lo ménos por aquella vez, ropa limpia.

Mas como habia ido contrayendo el hábito de reflexionar sobre todo, luego se le previno que este gusto no podia durarle mucho; pues se veria precisado á traer continuamente puesta la camisa, por no tener otra, y cuando se le acabase de destrozar, no habria medio alguno de reparar tan sensible pérdida. Consideracion fué esta que le aguó todo el placer; pero, haciendo lo posible por animarse, se vistió, y tomó el camino de su albergue, siempre con la confianza de que Dios le abriria senda para salir de ahogos.

Luisita. Me va gustando mucho ese *Robinson.* Yo me alegrára de que viniese por acá á hacernos una visita.

Teodora. Si Papá quisiera darme un pliego de papel, de buena gana escribiria yo una carta al Señor *Robinson.*

Nicolas. Y yo tambien.

Juan. Yo no dejaré de hacer lo mismo.

Luisita. Y si yo supiera escribir, veriais qué carta le ponia.

La Madre. No importa. Me irás dictando lo que te ocurra decirle, y yo escribiré por tí.

Luisita. Eso es. Vamos, Mamá.

La Madre. Pues venid todos conmigo.— A vosotros yo os daré papel.

Al cabo de media hora volvieron unos tras otros saltando, y cada uno mostró al Padre la carta que habia escrito.

Luisita. Aquí está mi carta, Papá. Tome Vm., y hagame el gusto de leerla.

El Padre lee. (*) "Mi querido *Robin-* » *son*: Haz por ser bueno, y trabaja- » dor, que esto parecerá mui bien á » las gentes, y á tus Padres tambien. » Recibe muchas expresiones de mi » parte. Ya habrás visto que la nece-

---

(*) El autor aleman asegura que así estas cartas como una gran parte de las preguntas y respuestas de los niños, insertas en todo el contesto del presente libro, son reales y verdaderas, y que están copiadas literalmente de las que iban haciendo los niños á quienes educaba.

» sidad hace mucho. *Teodora* y *Juan* » te envian memorias, y *Enrique* y » *Nicolas* lo mismo. Ven un dia á ver» nos, y te daré otros consejos todavía » mejores. = *Luisita.*"

Teodora. Ahora va la mia, Papá.

El Padre lee. » Amigo mio: Te desea» mos todo el bien que podemos, y la » primera vez que me den dinero pa» ra el bolsillo, te compraré alguna co» sa. Y cuidado que prosigas en ser » bueno como has empezado. Ahí te » envio un poco de pan, y cuenta no » te pongas malo. ¿Cómo te va de » salud? Pásalo bien, Amigo *Robin» son* que yo, sin conocerte, te quie» ro mucho, y soi tu fiel amiga = *Teo» dora.*"

Nicolas. La mia es esta, solo que es mui corta.

El Padre lee » Mi estimado *Robinson*: » Me dá mucha tristeza de ver que » eres tan desgraciado. Si te hubieras » estado en casa de tus padres, no te » pasaria lo que te pasa. Me alegraré » de que estés bueno, y de que vuel-

„vas pronto á casa de tus padres. „Quédate con Dios. Tu afecto Ami- „go = *Nicolas*. = Hamburgo á 7 de „Febrero."

Juan. Ahora me toca á mí.

El Padre lee. „Señor *Robinson*: mui „señor mio y mi dueño: Le tengo á „Vm. mucha compasion porque está „separado así de toda alma viviente: „supongo que se halla Vm. ya bien „arrepentido á la hora de esta. Tenga „Vm. mucha salud, y yo deseo de „todo mi corazon que algun dia le „veamos á Vm. de vuelta en casa de „sus amados padres. No deje Vm. de „confiar en Dios de hoi en adelante, „que él cuidará de Vm. Vuelvo á de- „cir: que tenga Vm. mucha salud; „y queda de Vm. su fiel amigo = „*Juan*. = Hamburgo á 7 de Febre- „ro &c."

Enrique. ¡Oh! La mia no vale cosa.

El Padre. Veamos.

Enrique. No he hecho mas que escribir ese borrador mui deprisa para volver aquí volando.

El Padre lee. » Mui estimado Amigo y »Señor *Robinson*: ¿ Cómo le va á Vm. »en su Isla ? He tenido noticia de que »ha pasado Vm. muchísimos trabajos. »Todavia no sabe Vm. si esa Isla en »que se halla está habitada ó no, y »me alegraré de saberlo. Tambien me »han dicho que ha encontrado Vm. »un gran pedazo de oro; pero al cabo »no le sirve á Vm. de nada en esa Is- »la." (*El Padre.* Hubieras podido añadir: Tampoco acá en Europa la cantidad de oro hace á los hombres mejores ni mas felices.) "Mas le hu- »biera valido á Vm. haber encontra- »do en lugar de oro un pedazo de »hierro, para hacer un cuchillo, una »hacha y otras herramientas. Mantén- »gase Vm. bueno, y mande á su ver- »dadero amigo=*Enrique*."

Teodora. Y ahora ¿cómo haremos para que le lleguen estas cartas?

Luisita. ¿Hai mas que encargárselas al Capitan de cualquiera navio que vaya á América? Y entónces enviaremos tambien algo mas á *Robinson*. Yo quiero

enviarle pasas y almendras. ¿Me las dará Vm., Mamá?

Ramon. (*Hablando al oido al Padre.*) Estos creen de veras que vive *Robinson* todavia.

El Padre. Os doi infinitas gracias, hijos mios, en nombre de *Robinson* por la fineza con que le tratais; pero remitirle esas cartas no puede ser.

Teodora. ¿Y por qué no?

El Padre. Porque ha muchos años que el alma de *Robinson* está en el otro mundo, y su cuerpo reducido á polvo.

Teodora. Pues ¿cómo se ha muerto, si ahora mismo acaba de bañarse?

El Padre. Te olvidas, Teodorita, de que lo que voi contando de *Robinson* sucedió mas de cincuenta años há. Pero estoi ahora escribiendo su historia, y en ella haré imprimir vuestras cartas. Si él pudiera recibirlas allá en la otra vida, no dudo que se complaceria mucho de saber la grande aficion que le habeis cobrado.

Luisita. Pero no dejará Vm. de prose-

guir contando las demas cosas que le sucedieron.

El Padre. Con mucho gusto. Todavía os he de relatar lances de su historia que os divertirán tanto ú mas que los pasados.—Por hoy me parece que ya basta.

Robinson, despues de haberse bañado, se restituyó á su morada, cenó, y se acostó mui sosegadamente.—Vamos, pues, ahora nosotros á hacer lo mismo.

TARDE VIII.



TARDE OCTAVA.

Carlitos. ¡Mamá, Mamá!

La Madre. ¿Qué quieres, Carlitos?

Carlitos. Dice Juan que le haga Vm. el favor de enviarle otra camisa.

La Madre. ¿Y para qué?

Carlitos. No puede salir del baño, porque ha lavado la camisa que tenia, y está todavia mojada. Ha querido hacer lo mismo que *Robinson*.

La Madre. Sea enhorabuena. Le daré otra camisa. —Toma; llevasela corriendo, y venid aquí luego todos, porque Padre tiene que contaros otro pedazo de la historia.—

La Madre (*á Juan, que llega acompañado de los demas.*) ¿Cómo te ha ido en el baño, amigo *Robinson*!

Juan. Mui bien, sino que la camisa no queria enjugarse.

El Padre. Podias haber reflexionado que en este pais no hace el calor que en la Isla de *Robinson*. —Pero ¿dónde quedamos ayer?

Enrique. Le dejamos acostado. —Ahora

verémos qué hizo al otro dia.

El Padre. Al otro dia se levantó, y se dispuso para ir á la cacería, llenando el morral de bastantes patatas asadas, y de un buen trozo de tortuga, que envolvió en hojas de coco. Tomó su hacha, ciñóse al cuerpo la cuerda con el lazo que el dia antecedente habia dispuesto para coger los llamas; empuñó el quita-sol, y se puso en marcha.

Siendo todavía mui temprano, resolvió tomar entónces un rodeo con el designio de reconocer otros varios territorios de su Isla; en el discurso de esta nueva expedicion vió entre las inumerables aves que poblaban las arboledas algunos loros ó papagayos de hermosísimos y admirables colores. ¡Con qué ansia anheló haber á la mano uno de aquellos páxaros á fin de domesticarle, y de que le hiciese compañía! Pero los ya viejos eran sobradamente astutos para dejarse coger, y en ninguna parte alcanzaba á descubrir nido en que hubiese cria de po-

lluelos; por lo cual hubo de dejarlo para mejor ocasion.

Pero en cambio, halló una cosa para él mas necesaria que los papagayos; pues habiendo subido á un cerro cercano al mar, y dirigido la vista desde lo alto de él ácia los huecos que habia entre unos peñascos, divisó en tierra cierta cosa que le movió la curiosidad. Bajó, pues ayudándose con pies y manos, y conoció con gran complacencia suya que era.... ¿Qué pensais que era?

Enrique. ¿Perlas?

Juan. Pues ¿De eso se habia de poner tan contento? Seria tal vez hierro.

Nicolas. ¿Qué habia de ser? Si nos ha dicho Papá que en los paises calientes no se encuentra hierro.—¿Quién sabe si era algun monton de oro?

Luisita. Esa no me la harás creer. ¿Y de que le servia el oro?

El Padre. ¿Os dais por vencidos?—Pues yo lo diré. Lo que halló fué *sal.*

Es cierto que hasta entónces habia suplido la falta de sal con agua del

mar, pero ¡qué diferencia! Aquel agua tiene un sabor amargo y desagradable; y fuera de esto, se equivocaba *Robinson* en creer que la carne salada de este modo se habia de conservar, porque tanto el agua del mar como la de fuente, ó de rio, se corrompe si la tienen estancada. Así es que logró no poca fortuna en encontrar verdadera sal, y que hizo mui bien en llenarse de ella los bolsillos de la casaca, y llevar inmediatamente á su cueva una buena provision de lo que tanta falta le hacia.

Teodora. ¿Y esta sal por dónde habia venido allí?

El Padre. Sin duda te has olvidado de lo que un dia expliqué acerca del orígen de la sal.

Juan. Pues yo todavia me acuerdo. Hai una sal que se saca de la tierra; y luego hai otra sal que se hace de agua salada, que nace de algunas fuentes; y despues hai otra de agua del mar.

El Padre. Así es en efecto; y la sal que resulta del agua del mar, la pre-

paran ó los hombres, ó el sol.

Teodora. ¿El sol?

El Padre. Sí, porque cuando, despues de una plea-mar, ó bien de una inundacion, se estanca sobre la tierra una porcion de agua marina, el sol la hace evaporar insensiblemente, y lo que queda en aquel parage es sal.

Luisita. ¡Mire Vm. qué cosa!

El Padre. Ahí se ve la bondad con que Dios nos favorece; de manera que aquello que nos es mas necesario es lo que pide ménos artificio para su preparacion, y lo que con mayor abundancia se encuentra.

Partió mui contento *Robinson* al parage en que esperaba cazar algun llama, pero ninguno encontró. Bien es verdad que aun no habia llegado la hora del mediodia, y entretanto se sentó al pie de un árbol, en donde se regaló con la tortuga asada y las patatas, que pudiendo ya sazonarlas con sal, le parecieron sabrosísimas.

No bien habia dado fin á su comida,

cuando aparecieron á lo léjos los llamas, que, saltando, se encaminaban ácia él. Al momento se dispuso nuestro héroe, y con el lazo levantado esperó á que algunos de ellos se le acercasen. Pasaron muchos sin lograr ninguno que estuviese á tiro; pero de repente llegó uno tan inmediato á él que solo con dejar caer la mano le cogia en el lazo. Hízolo así, y quedó el llama por suyo.

Empezó este á balar; mas temiendo que espantase á los otros, le apretó *Robinson* el lazo, de modo que hubo de callar por fuerza, y luego le retiró lo mas pronto que pudo hasta esconderle entre unos matorrales, porque los demas no le viesen.

Era hembra, y con dos hijos, los cuales fueron siguiendo los pasos de la madre con gran gusto de *Robinson*, y sin dar muestra de recelarse de él. Acarició mucho á los animalitos, y ellos con la mayor humildad le lamian la mano, como si verdaderamente le pidieran que soltase á su madre.

Teodora. ¡Oh¡ Pues entónces bien podia haberla soltado.

El Padre. Gran necio hubiera sido en hacer tal cosa.

Teodora. Sí; pero, como los pobres eran tan mansitos que no hacian mal á nadie....

El Padre. Él los necesitaba, hija mia; y ya hemos dicho que es lícito *usar* de los animales cuando es menester, con tal que no *abusemos* de ellos.

Llegó, pues, á su colmo la alegria de *Robinson* al ver tan felizmente logrado su empeño; y aunque el aprisionado animal se resistia encabritándose, el cazador, valido de todas sus fuerzas, le iba conduciendo en compañía de los hijos, hasta que, eligiendo por mejor el camino mas corto, llegó á su vivienda.—

Pero se ofrecia una dificultad: es á saber ¿cómo introduciría los nuevos huéspedes en el recinto que servia de patio á la habitacion, hallándose éste cerrado por todos lados tan sólidamente como ya sabemos? Descol-

garlos desde la cima de la cueva era mui expuesto por el peligro de ahogarlos con la cuerda, ó maltratarlos en la bajada. Para evitar este inconveniente, determinó *Robinson* hacer mui cerca de su morada un reducido establo, en donde tener provisionalmente la llama con su cria, hasta poder tomar medidas mas oportunas.

Miéntras disponia el establo, la ató á un árbol, y emprendió su faena, la cual se redujo á cortar con el hacha de piedra una porcion de troncos delgados y plantarlos tan juntos unos á otros, que formaban una cerca ó soto de mediana resistencia.

Entretanto se habia echado rendida del cansancio la llama, y sus inocentes hijos mamaban tranquilos, como incapaces de conocer que habian pasado del estado de libertad al de esclavitud. ¡Qué espectáculo aquel tan deleitoso para *Robinson*! Una y otra vez suspendió su taréa, embelesado en contemplar los deseados animalitos, y dándose el parabien de su

dicha en tener ya vivientes que le acompañasen. Desde aquella hora se figuró que ya no vivia solitario; y esta grata imaginacion le infundió tal vigor y actividad, que en breve tiempo remató la obra del establo, en donde recogió sus tres compañeros, cerrando despues la entrada con ramas bien espesas.

No es posible explicar con palabras el tierno regocijo que sentia su corazon en aquel momento, porque además de la compañía de los llamas, que tan gustosa debia serle, esperaba, y con justo fundamento, sacar de ellos otras muchas y mui importantes utilidades. Quizá podría, andando el tiempo, aprender á teger algun vestido con lana de aquel ganado, alimentarse de su leche, y aun de esta hacer requeson, manteca y queso. A la verdad todavía ignoraba por qué medios llegaría al logro de tan remotas esperanzas; pero tenia ya bastantes experiencias de que nadie debe desesperar de su habilidad cuando to-

ma bien á pechos las obras, y las lleva adelante con infatigable esmero.

Faltábale una cosa para completar su fortuna; pues hubiera querido habitar con sus queridos llamas dentro del mismo recinto, para tenerlos continuamente á la vista, cuidarlos mejor, y gozar la satisfaccion de verlos acostumbrarse á su compañía.

Afanóse largo tiempo en discurrir de qué industria se valdria para esto; y al fin determinó no excusar trabajo, abrir en uno de los lados de su cercado la tapia de árboles que le cerraba, y fabricar otra mas capáz, con lo cual tendria su habitacion mayor ensanche y conveniencia. Mas para que su alojamiento no careciese de seguridad y defensa miéntras levantaba la nueva cerca, tomó la precaucion de no romper la antigua hasta tener concluida la otra.

Con su incesante aplicacion remató la obra en unos cuantos dias, recibiendo entónces el consuelo de hallarse con tres compañeros domésti-

cos; y no por eso echó en olvido la diversion que le habia causado su primera compañera la araña, ántes bien continuó en presentarla diariamente moscas y mosquitos; y ella, que luego conoció la trataban amistosamente, llegó á domesticarse de tal modo que apénas tocaba *Robinson* á la tela, cuando acudia á tomar de su mano la mosca que él la regalaba.

No ménos se acostumbraron á su compañía los llamas, y así cada vez que volvia á su morada, corrian saltando á recibirle, le olian para husmear si les trahía algo, y le lamian las manos en señal de agradecimiento cuando les daba yerba fresca, ó ramas tiernas.

Destetando luego las dos crias, empezó á ordeñar á la madre por mañana y tarde, sirviéndole de tarros los cocos, y la leche que bebia líquida, ó comia cuajada, no era el menor regalo de los que le ayudaban á pasar con algun alivio aquella solitaria y penosa vida.

Como los árboles de cocos le servian para tantos usos, deseaba con ansia poder multiplicarlos; pero ¿á qué artificio habia de recurrir para ello? Bien habia oido decir que se ingerian, ó ingertaban los árboles, mas nunca habia puesto cuidado en saber el verdadero método con que se hacia tal operacion. ¡Oh! (dijo mil veces suspirando) ¡qué poco he sabido aprovecharme del buen tiempo de mi juventud y de las proporciones que me sobraban para instruirme! Si entónces hubiera yo conocido mejor lo que me tenia cuenta, ¿hubiera acaso dejado de parar la consideracion en cuanto veia ú oia? Cuando mi ingenio no me hubiese permitido llegar á la habilidad de otros, me hubiera á lo ménos acercado á ella, y hoi aquellas luces adquiridas me serian sumamente provechosas. Si tuviese yo ahora la fortuna de volver á la edad de jóven ¡qué atencion no pondria en todo lo que las manos é industria de los hombres saben egecutar! No habria

artesano ni artífice á quien no quisiese imitar, indagando los secretos de su arte.

Pero ¿qué adelantaba con este sentimiento, si era ya tarde para acudir al remedio del mal? Lo que importaba era dedicarse á suplir con su propia invencion la habilidad de que carecia, y en efecto, esto fué lo que practicó.

Sin saber si procedia bien ó mal, cortó por arriba dos ó tres árboles nuevos, hizo una incision ó corte sutíl enmedio del tronco, introdujo en ella por púa una tierna vara ó vástago de coco, y envolviendo con delgadas cortezas la parte en que habia hecho la incision, esperó con impaciencia lo que saldria de todo aquello. Y ved aquí que lo acertó; pues al cabo de algun tiempo empezó á brotar la púa, y por consiguiente quedó descubierto el modo de formar poco á poco un bosque entero de tan útiles frutales; nueva causa de alegria; nuevo motivo de reconocimiento al Criador, que ha infundido en los cuerpos de la natura-

leza tan singulares propiedades y virtudes, á fin de que las criaturas hallen en todas partes medios para su conservacion, y para pasar cómodamente la vida.

En muy breve tiempo se habian hecho tan mansos los llamas como entre nosotros lo son los perros; y así empezó *Robinson*, para su mayor conveniencia á hacerlos servir de jumentos ó bestias de carga, siempre que necesitaba acarrear alguna cosa que por sí no podia transportar sin gran fatiga.

Juan. Ya; pero ¿cómo los sacaba de dentro del cercado?

El Padre. Dices bien. Se me olvidó explicar que por un lado de la nueva cerca que caia junto á unos espesos jarales, habia dejado un portillo mui reducido, pero bastante para que, agachándose un llama, pudiese entrar y salir por él. De la parte de afuera no era fácil ver aquella abertura, y por dentro la cerraba *Robinson* todas las noches con fuertes y bien entretegidos ramos.

Daria gusto verle volver á su posada precedido del manso animal, que sabia el camino tan bien como su amo, y que, luego que llegaba al portillo, se paraba para que le descargasen, entrando despues agachado, y tras él *Robinson*.

Pues ¿qué diré del festejo con que recibian los hijos á la madre? Tan presto corrian ácia ella, celebrando su bienvenida con brincos y balidos: tan presto acudian acelerados á acariciar al amo. De verlos tan alegres se complacia *Robinson*, cual suele complacerse un padre del alborozo de sus hijos, cuando despues de una larga ausencia vuelve á estrecharlos en sus brazos.

Basilio. Es cierto que causa ternura, y aun nos sirve de grande instruccion el leal agradecimiento de los animales al hombre que les hace bien.

El Padre. De eso hai muchos y mui maravillosos egemplos, que casi nos obligarian á presumir que realmente tienen ciertos brutos una inteligencia parecida á la del hombre, si otras prue-

bas no demostrasen que están privados de ella.

Enrique. Por eso nuestro librito de *Moral* cuenta aquello del leon y del hombre que le habia sacado de la pata una espina....

Teodora. ¡Aí, sí! ya me acuerdo. Y era un leon mui de bien, porque queria muchísimo al hombre que tuvo con él aquella caridad; y despues en una ocasion que le encontró, habiendo podido despedazarle, no le hizo daño. — Ya quisiera yo tener un leoncito, si todos fueran así.

El Padre. Vaya, hijos mios: pues que hemos olvidado por ahora á *Robinson*, distrayéndonos de su historia, la dejaremos aquí suspensa para continuarla cuando haya oportunidad.

Teodora. No, no, papá: otro poquito de *Robinson*.

El Padre. Ya se habian endurecido sus ladrillos lo bastante para poder trabajar con ellos, y luego, á falta de cal, buscó y halló barro con que hacer la tapia. Una piedra mui delgada y lisa

le sirvió de *llana*; y queriendo tener completos avios de albañilería, llegó á formar (con aquella tal cual perfeccion que pudo) un *cartabon* y un *nivel*, que ya sabeis qué instrumentos son.

Nicolas. Sí, que los hemos visto algunas veces.

El Padre. Y provisto ya de materiales y herramientas, hizo que su llama le condugese las cargas de ladrillo que necesitaba.

Juan. Pero ¿cómo podia cargar los ladrillos en el llama?

El Padre. Trabajo os costaria adivinar el cómo, mas voi á sacaros de la curiosidad.

Tiempo habia que estaba pensando *Robinson* cuantas conveniencias le resultarian de saber algo de un oficio tan útil como el de teger cestos; pero cuando jóven habia hecho tan poco alto en el modo con que los cesteros trabajaban, que de un arte facilísimo, cual es este, entendia lo mismo que de los demas.

Sin embargo, como ya habia acertado á hacer el enrejado que servia de armazon á su quita-sol, fué dedicando despues muchas horas de ocio á egercitarse en dicho oficio, hasta que probando á tientas ya de esta manera, ya de la otra, empezó á descubrir en lo que consistia lo principal de aquella labor; y supo darse tal maña, que llegó á teger un cesto de mediana resistencia. Ya sabeis que *quien hace un cesto hace ciento.* Hizo dos *Robinson*; y pasando una cuerda del uno al otro, los colocó sobre el lomo del llama, quedando pendientes y equilibrados uno á cada lado.

Juan. ¡ Aí, Papá! Me alegraria de aprender á hacer cestos.

El Padre. Y yo tambien, Juanito. Harémos que venga un dia de estos un cestero que nos de unas cuantas lecciones.

Juan. Bien, bien; y entónces haré yo un canastillo mui bonito para *Luisita.*

Luisita. Yo aprenderé tambien. ¿Quiere Vm., Papá?

El Padre. Mucho que quiero; y de algo

te podrá servir. Cabalmente nos vendrá mui bien la nueva fábrica de cestos para aquellos ratos en que os estoi contando alguna historia, y nos hallamos desocupados por falta de labor en que entretenernos.

Iba adelantando *Robinson* con bastante buen éxito su obra de albañilería, y ya tenia levantada la tapia de un lado, y echados los cimientos de la del otro, cuando repentinamente sobrevino un acontecimiento mui raro, mui inesperado, que en un instante le desbarató sus mejores proyectos y desvaneció todas sus esperanzas.

Juan. ¿Qué lance sería ese?

Luisita. Acabóse: vinieron los hombres salvages, y se le tragaron.

Teodora. ¡Valgame Dios! ¿Es verdad que se le tragaron, Papá?

El Padre. No: no era eso, sino otra cosa que le causó tan gran terror como si los salvages hubieran querido asarle vivo.

Juan. Pues díganos Vm. lo que era, que estoi temblando.

El Padre. Habia ya anochecido: la luna

se mostraba clarísima; corria un aire puro y apacible, y reinaba el mas profundo silencio en toda la naturaleza. *Robinson*, cansado de las fatigas del dia, yacia tranquilamente en su lecho de yerba con sus fieles llamas á los pies; y ya se habia quedado traspuesto, y empezaba á soñar, como solia, que hablaba con sus amados padres, cuando de repente... — Pero no: no acabemos la tarde con la funesta relacion de suceso tan espantoso, que es capaz de representársenos luego entre sueños, y hacernos pasar una noche mui inquieta.

Todos. ¡Aí, aí! qué lástima!

El Padre. Suspendamos esto por ahora, y pensemos en cosas mas divertidas, para que el dia termine con tanta alegria como ha empezado, y como Dios nos le ha dejado gozar. — Vamos, hijos mios, á deleitarnos un rato en nuestro jardin, y cuidar de nuestras flores; pues hoi las estamos aun debiendo la visita acostumbrada.

TARDE NONA.

Desde que el Padre refirió lo que en la última sesion dejamos expuesto, sobrevinieron en la casa tantas ocupaciones, que se pasaron muchas tardes sin proporcionarse ocasion oportuna para continuar la historia.

Entretanto estaban los chicos con la mayor inquietud, impacientes por saber qué sería lo que habia acontecido al pobre *Robinson*, y de buena gana hubieran dado el mejor trompo, ú otro juguete todavia mas apreciable, por hallar quien les digera lo que habia sucedido en aquella noche de afliccion, de que el Padre haciendo grandes misterios, no habia querido hablarles sino por mayor y mui confusamente. Mas la desgracia era que nadie podia descubrirles tal arcano sino el mismo Padre, que no tuvo por conveniente explicarse mas, hasta tanto que, estando despacio, pudiese proseguir la narracion con toda extension y formalidad.

Mientras duró este insufrible silencio, todo se les volvia á los niños atormentarse en echar cuentas y formar discursos: quién pretendia adivinar esto, quién lo otro; pero nada de lo que imaginaban convenia puntualmente con las circunstancias generales que ya sabian del lance que todos ignoraban.

¿Y por qué no hemos de saberlo todavia? (preguntaban quejosos.) Yo tengo mis razones (respondia el Padre.)

Los niños á quienes la mas juiciosa educacion habia acostumbrado á contentarse con semejante respuesta, no volvieron á insistir, y esperaron con una prudente impaciencia la hora de que cesáran los secretos motivos de tanto silencio.

Mas como los hombres maduros fácilmente adivinan lo que pasa en el interior de los jóvenes, luego comprehendió el Padre por los semblantes de sus alumnos que ya cada uno de ellos estaba diciendo entre sí: Y ¿por qué nos negará Papá este gusto? ¿Qué le

costaria sacarnos de la duda, y dejarnos contentos? — Parecióle, pues, mui conducente persuadirlos con buenas razones; y así les dijo: Para que veais que no me falta buena voluntad de complaceros, y que si suspendemos la continuacion de la historia empezada, es porque tenemos ahora cosas mas importantes que hacer, vamos, hijos mios: disponeos á emprender mañana mui de madrugada el viage tan deseado á *Travemunda* en la ribera del mar *Báltico.*

¿A *Travemunda*, Papá? — ¿Junto al mar Báltico? — ¿Mañana temprano? ¿Y voy yo tambien? (preguntaron cada uno de por sí, y todos juntos.)

Un *sí* general fué la respuesta á tantas preguntas amontonadas; y nadie puede figurarse la algazara que entre todos se levantó. — ¡A *Travemunda*! á *Travemunda*! ¿Dónde está mi baston? Juanito ¿dónde están mis botines? Vamos pronto: el cepillo: el peine: que nos saquen ropa limpia. Resonando en toda la casa esta alegre vo-

cería, casi no se oian unos á otros.

Todo se dispuso para la expedicion del dia siguiente, y enajenados de gozo los viajantes, hacian mil preguntas sin esperar ni una respuesta. Costó mucho reducirlos á que se acostasen aquella noche: tal era la impaciencia con que esperaban el amanecer y el momento de la partida.

Al fin rompió el alba; empezó el bullicio de toda la familia; y alborotando á las puertas de las alcobas, se despertaron unos á otros, hasta que todos se levantaron, y los chicos fuera de sí acariciaban con tantas fiestas á los grandes, que parecia se los querian comer á besos.

Entónces el Padre, estregándose los ojos, dijo con un pausado tono, que hacia una tristísima disonancia con los festivos ecos del regocijo universal: ¡Ai, hijos mios! ¡Qué gusto me dariais, si me tuvieseis por excusado de cumplir hoi mi promesa! — ¿Qué promesa (preguntaron todos, quedándose con la boca abierta en la mas in-

quieta expectativa y con cierta especie de pasmo.)

El Padre. De la promesa de ir hoi con vosotros á *Travemunda.*—

Creció el terror: nadie acertaba á pronunciar ni una sílaba.

El Padre. He reflexîonado esta noche que hariamos un gran disparate en emprender hoi nuestra marcha.

¿Y por qué? (preguntaban los niños con voz oprimida, y conteniendo las lágrimas.)

El Padre. Voi á explicaros mis razones, y me avendré á lo que vosotros mismos decidais.—En primer lugar, ha dias que reina un viento Leste, el cual impele con tanta rapidéz ácia el mar toda el agua del rio *Trava*, que ningun barco puede sin mucho peligro salir ni entrar en el puerto de *Travemunda.*

¿Qué necesidad tenemos de exponernos á alguna desgracia por una mera diversion?

Juan. Tambien puede ser que el viento se mude hoi.

El Padre. En segundo lugar me ha ocurrido otro pensamiento. Pudiéramos esperar hasta de aquí á un mes, porque entónces es cabalmente el tiempo en que vienen los arenques del mar *Glacial* al *Báltico*, y llegan apiñados á la boca del *Trava*, donde sin mucho trabajo se hace una abundante pesca de ellos. ¿No es verdad que os serviría de gran diversion hallaros á la sazon allí, y gozar un espectáculo tan nuevo para vosotros?

Nicolas. Sí, Señor; pero con todo eso...

El Padre. Escuchad ahora la razon mas poderosa que tengo que alegar.— ¿Qué dirian de nosotros los dos amigos *Mateo* y *Fernando*, que dentro de un mes han de venir á casa, cuando supiesen que habiamos hecho un viage de tanto recreo sin esperar á que llegasen para llevarlos en nuestra compañía? ¿Qué sentimiento les causariamos despues cada vez que hablasemos en su presencia de una expedicion tan divertida? ¿Y cómo podriamos acordarnos de ella sin entristecer-

los, y entristecernos tambien nosotros por consiguiente? A la verdad que en lo íntimo de nuestro corazon nos quedaría siempre el remordimiento de no haber hecho con ellos lo que desearíamos hiciesen ellos con nosotros, si nos viésemos ahora en su lugar, y ellos se hallasen en el nuestro.—Siendo esto así ¿qué decís? ¿Qué os parece?

A esto no hubo mas respuesta que un profundo silencio.

El Padre prosigue. Ya sabeis que nunca he faltado á mi palabra; y por tanto, si os empeñais en ello, la cumpliré, y partiremos; pero si vosotros voluntariamente os convenis en darme por libre de la obligacion de mi promesa, me hareis un particular favor, y le hareis igualmente á nuestros dos amigos que estamos aguardando, y aun á vosotros mismos. En este supuesto, decid: ¿en qué quedamos?

Esperaremos fué la respuesta, y quedó el viage diferido para mas adelante.

Bien se conocia que á muchos de los niños habia costado gran violencia este vencimiento de sí propios, y que en lo restante del dia no manifestaban ni la mitad de la alegria que les era natural. Esto dió ocasion al Padre para hablarles al caer de la tarde de la siguiente manera:

Lo que hoi os ha acontecido, hijos mios, os acontecerá mil veces en el discurso de vuestra vida. Estareis mui esperanzados de este ó del otro bien terreno: vuestra confianza os parecerá la mas bien fundada, y ardereis en deseos de que se verifique. Pero en el mismo instante en que creais tener ya en la mano la que llamais fortuna, la Providencia divina é infinitamente sabia frustrará, cuando ménos lo penseis, vuestros designios, y hallareis dolorosamente burladas vuestras esperanzas.

Qué razones haya tenido el Padre celestial para trataros así, rara vez lo conocereis tan cierta y claramente como habeis conocido esta mañana las

que me han movido á desistir por ahora del viage de *Travemunda* cuando mas consentidos y embullados estabais; porque Dios, inmensamente mas sabio que yo, penetra lo futuro por mas remoto que sea, y mui á menudo permite para nuestro bien que nos sobrevengan acaecimientos cuyos favorables efectos no experimentamos hasta despues de largo tiempo, y muchas veces hasta la vida eterna. Al contrario mi penetracion no se ha extendido mas que á lo que puede suceder de aquí á un mes.

Ahora bien: si en vuestra juventud os sale todo á medida de vuestro deseo; si todo lo conseguís siempre á la hora precisa en que lo esperais ¡qué mal acostumbrados quedareis para en adelante, hijos mios! ¡Cómo se os viciará el corazon! ¡Cuán malos ratos pasareis cada vez que las cosas no se os compongan bien y conforme á vuestro gusto! Y en verdad que llegará tiempo en que así lo experimenteis, como lo experimentamos todos los nacidos;

pues hasta ahora no ha habido en la tierra hombre que haya podido decir que todo se le ha cumplido prósperamente segun su anhelo y sus miras.

Y á esto ¿qué habeis de hacer queridos mios? Nada mas que habituaros desde ahora á privaros de cualquier deleite, aunque sea el mas apetecido: victoria que al principio os costará mucho, que despues se os hará ménos dificil, y que, repetida, llegará á infundiros una fortaleza de corazon y de entendimiento con que en el resto de la vida podreis tolerar firme y tranquilamente cuantos sinsabores ó contratiempos quiera enviaros el sábio y benéfico Dueño de la suerte de los hombres.

De este modo ireis conociendo, hijos mios, el fin que llevamos los Superiores en negaros de cuando en cuando ciertos gustos, y aun en ocultaros á veces las razones que á ello nos inducen; de las cuales suele ser la principal la de enseñaros á tener paciencia y moderacion, virtudes indispensables

para no pasar una vida desdichada.

Ahora colegireis tambien por qué me he resistido durante algunos dias á continuar la narrativa de los admirables sucesos de nuestro *Robinson*. Ya se ve que no me habrá faltado tiempo para explicaros á lo ménos aquella triste aventura en que últimamente quedamos, y que os ha dejado tan pensativos y displicentes. Pero no he querido hablar del asunto, por mas que me lo habeis rogado; sin embargo de que tambien yo mismo necesito violentarme para negaros la menor cosa. La voluntad no me ha faltado: pues ¿por qué habrá sido esto, *Luisita*.

Luisita. Porque es menester que aprendamos á tener paciencia.

El Padre. No es otra la causa, y si de alguna cosa me habeis de dar gracias algun dia, es de haberos habituado á carecer sin gran pesadumbre de lo que con mayor ansia solicitais.

Al cabo de unos cuantos dias en que no se habia vuelto á tratar de *Robin-*

son, llegó la deseada hora de que determinase el Padre satisfacer la mortificada curiosidad de todos, y anudando el roto hilo de su historia, prosiguió de esta suerte:

Era de noche, como iba diciendo; y *Robinson* con sus fieles llamas á los pies, yaciendo sosegadamente en su lecho de yerba, estaba soñando, segun costumbre suya, que hablaba con sus padres, cuando de repente tembló extraordinariamente la tierra, y se oyó un ronco bramido, acompañado de los estallidos mas espantosos, como si muchas tempestades reventasen á un mismo tiempo. Despertó *Robinson* despavorido, sin saber qué le pasaba, ni qué hacer. Las terribles conmociones no se daban lugar unas á otras, y continuaba el estruendo subterráneo, al paso que un furioso huracan derribaba por una parte los árboles, y aun las peñas, y agitaba por otra el embravecido mar desde su mas profundo abismo. Luchaban entre sí los elementos, y parecia que toda la

naturaleza tiraba á destruirse.

Acosado de mortales angustias, salió precipitadamente *Robinson* de la cueva al patio, y lo mismo hicieron amedrentados los llamas; pero no bien se hallaban fuera, cuando desplomándose sobre el puesto mismo en que estaba la cama toda la mole de grandes peñascos que coronaban la gruta, se hundió con horroroso estrépito. *Robinson* en alas del temor huyó por el portillo de su cercado, y tras él corrieron azorados los infelices llamas.

Su primer pensamiento fué subir á una montaña cercana, por un lado en que veia pelada la cima, para evitar así que, desprendiéndose los árboles, cayesen sobre él, y le ocasionasen la muerte. Acia allí empezó á encaminarse; pero instantáneamente vió con el mayor asombro y susto abrirse en la montaña un anchuroso boqueron que vomitaba humo, llamas, ceniza, piedras, y una materia líquida y ardiente, que se llama *lava*. Por mas que se dió á la fuga, apé-

nas podia libertarse de este peligro; pues la encendida *lava* se precipitaba como un torrente, y arrojados á una y otra parte los pedazos de peñasco, caian como granizo.

Apresuróse á llegar á la playa, pensando hallar ménos riesgo en ella; mas esperábale allí otro conflicto. Un impetuoso torbellino, arremolinando gran porcion de nubes, las amontonó unas sobre otras, de modo que su enorme peso las obligó á caer, descargando súbita y copiosísima lluvia, de que resultó inundacion tan prodigiosa, que en breves momentos quedó hecho un lago todo el territorio.

Pudo *Robinson*, aunque con suma dificultad, subirse á un árbol; pero los pobres llamas fueron arrebatados por la violencia de la crecida corriente. ¡Ah, como le traspasaban el corazon sus trémulos y dolientes balidos! Por salvar á los míseros animalitos hubiera sin duda aventurado su propia vida, si la rapidez de

las aguas no los hubiese llevado tan léjos.

Duró el terremoto algunos minutos mas; y luego cesó de golpe. Calmaron los vientos: el boqueron de la montaña fué poco á poco dejando de vomitar fuego; cesó el ruido subterráneo; serenóse el cielo; y en ménos de un cuarto de hora se escurrieron las aguas.

Teodora. ¡Gracias á Dios que ya esto se pasó! — ¡Pobre *Robinson*! ¡Pobrecitos llamas!

Luisita. ¡Buen susto hemos tenido!

Carlitos. ¿Y por qué la dan á la tierra esos temblores?

Juan. Mucho tiempo ha que nos lo dijo Papá; pero entónces no estabas tu aquí.

El Padre. Explícaselo ahora tu Juanito.

Juan. Mira: dentro de la tierra hai muchos huecos grandísimos como si fuesen cuevas; y estos huecos están llenos de aire y de vapores de la misma tierra. Y hai allí tambien azufre, y pez y betun, y otras cosas así, que algunas

veces se calientan y se encienden con la humedad.

Teodora. ¿Con la humedad? ¿Y lo que está mojado como se ha de encender?

Juan. Sí, Señora. ¿No has visto cuando los albañiles echan agua fria en la cal, como hierve lo mismo que si estuviera á la lumbre, y no hai allí tal lumbre? —Pues bien: así es como las cosas se encienden en la tierra cuando el agua las cala, y luego que arden, el aire que esta dentro de aquellas cuevas se ensancha tanto que no cabe, y por fuerza quiere salir; y entónces hace temblar la tierra hasta que por alguna parte revienta, y hace una abertura, y por aquella abertura sale lo mismo que si fuera un huracan, y se trae consigo una porcion de cosas derretidas como esas que ha dicho Papá.

El Padre. Y de esas materias ardientes, ó ya liquidas, que son piedras, metales, betun, &c. se forma lo que llaman la *lava*. — Yo he leido una vez en cierto libro que cualquiera puede por

sí hacer un montecito que vomite fuego. Si gustais de ver esto, haremos un dia la prueba.

Todos. Sí, Papá: sí, Papá mio.

Juan. Y eso ¿cómo se hará?

El Padre. Ahondando un hoyo en tierra humedecida, y echando allí azufre y limaduras de hierro, se calientan é inflaman por sí solas estas materias, y se consigue entónces ver en punto menor lo que es en grande un monte que arroja fuego.

Entretanto que *Robinson* bajaba del árbol á que se habia refugiado, tenia el ánimo tan acongojado, tan rendido de la desgracia que acababa de sucederle, que ni siquiera le ocurrió dar gracias á quien de nuevo le habia salvado del mas evidente riesgo de perecer. Su estado, en efecto, era á la sazon mas deplorable que nunca. Veia su cueva, único asilo que hasta aquel dia habia podido encontrar, hundida, cegada con las ruinas, y al parecer inutilizada para siempre; sus leales y queridos llamas arrebata-

dos por las aguas, y sin duda ya muertos; todas sus obras aniquiladas, y destruidos sus mas bien meditados proyectos. Aunque ya la montaña no expelía fuego, subía de la abierta concavidad un negro y espeso humo, pareciendo mui posible que desde entónces hubiese quedado aquella eminencia transformada en *volcan*. En este supuesto ¿ cómo podia *Robinson* vivir tranquilo ni un solo instante? ¿No debia temer cada dia nuevo terremoto, nueva erupcion?

Acabaron de postrarle estas funestas consideraciones; y agoviado del pesar, en vez de volverse á Dios, única fuente de verdadero consuelo, solo fijó la atencion en su futura miseria, que se le figuraba seria infinita no menos en lo grande que en lo durable.

Arrimóse al árbol de que habia bajado; y prorrumpiendo en suspiros y lastimeros ayes, arrancados del comprimido corazon, permaneció inconsolable en esta misma postura hasta

que la aurora anunció la venida del dia.

Teodora. Ahora veo que tenia razon Papá.

Ramon ¿En qué?

Teodora. Estaba yo creyendo poco ha que *Robinson* se habia enmendado, y que ya era razon que Dios le sacára de la Isla para librarle de trabajos; y Papá respondió que el Señor lo sabia eso mejor que nadie, y que á nosotros no nos tocaba adivinarlo. Pero ahora ya veo que *Robinson* aun no confia en Dios como debe, y que su Magestad ha hecho mui bien en no sacarle de allí todavía.

Nicolás. Lo mismo estaba yo pensando; y por eso no le quiero tanto como ántes le queria.

El Padre. Reflexîonais mui acertadamente, hijos mios, porque á la verdad vamos viendo que *Robinson* no esta lleno de aquella confianza firme, inalterable y filial que debia tener en el Criador despues de haber recibido tan evidentes pruebas de su bondad y

sabiduría. Pero antes de condenarle en este punto, pongámonos por un instante en su lugar, y exâminando nuestra propia conciencia, preguntémonos á nosotros mismos si en igual caso hubiéramos obrado mejor que él. ¿Qué te parece, *Nicolás*? Si hubieras tú sido *Robinson* ¿hubieras tenido mas fortaleza que él tuvo?

Nicolas (en voz sumisa y vacilante.) ¿Qué se yo?

El Padre. Acuérdate de cuando padeciste aquella fuerte fluxîon á los ojos, y fué indispensable aplicarte una cantárida, que te causó algunos dolores. Ya tendrás presente cuan impaciente estabas, y cuan desalentado, con todo que aquel fué un mal que solo duró dos ó tres dias. Bien me hago cargo de que, ahora que vas siendo muchacho de mas razon, sufrirás con mucha mas constancia otra incomodidad semejante; pero ¿tendrías por ventura aquella firmeza y sumision necesaria para resistir todo lo que se vió forzado á tolerar el infeliz *Robin-*

son? ¿Qué dices á esto?—Me parece que tu silencio es la verdadera respuesta á la duda que te propongo.—Como (á Dios gracias) jamas te has visto en las calamidades que se vió aquel pobre desterrado, no puedes saber lo que sentirias si las experimentases de veras. Y así lo que debemos hacer es irnos acostumbrando en los males leves, que tal vez padecerémos, á ser pacientes, y á confiar en la divina Providencia, para que corroborándose cada dia mas nuestro espíritu, podamos luego sufrir adversidades mayores, que Dios tenga por conveniente enviarnos.

Acabó, pues, de amanecer; y la nueva luz que todo lo alegraba, halló al triste *Robinson* arrimado al árbol, y en la misma deplorable situacion que diximos. No habia pegado sus ojos en toda la noche, habiéndola pasado sumergido en esta única consideracion melancólica: ¿*qué será de mi*?

Por fin empezó á andar tropezando como un hombre medio dormido; y

llegó á su arruinada habitacion. Pero ¡qué extraño regocijo sintió, qué agradable estremecimiento cuando vió junto al cercado de ella.... (¿Qué os parece que veria?....) Sus queridos llamas buenos y sanos, que, saltando mui contentos, corrían á recibirle! No acertaba á creer lo mismo que estaba viendo; pero sus leales compañeros le sacaron de toda duda, acercándose á él, lamiéndole las manos, expresando con balidos y fiestas el gozo que su vista les infundia.

Robinson, que hasta entónces habia permanecido como helado é insensible, al instante volvió en sí de aquel entorpecimiento: miró á los llamas, y despues al cielo, vertiendo algunas lágrimas no menos de alborozo que de gratitud, y de arrepentimiento de haberse desanimado tanto; y acariciando con el mayor agasajo á sus recobrados amigos, pasó á ver en qué estado habia quedado su vivienda.

Enrique. Y ¿cómo se habrían libertado los llamas?

El Padre. Sin duda debemos suponer que la inundacion los llevaria ácia alguna ladera en que estarian ménos profundas las aguas; y habiéndose despues deslizado éstas tan rápidamente como cayeron de las nubes, podrian los llamas restituirse á su albergue.

Exâminó *Robinson* la cueva; y con harta confusion suya advirtió que no era el estrago tan considerable como se le habia ſigurado en su sobrecogimiento. Es cierto que se habia desplomado el peñasco que servia de techo, llevándose tras sí la tierra en que estrivaba; mas no parecia empresa imposible sacar de la cueva todos aquellos escombros, con lo cual quedaria la habitacion otro tanto mas espaciosa y cómoda que ántes.

Agregábase á esto una circunstancia que claramente denotaba no haber dispuesto la divina Providencia tal accidente para castigar á *Robinson*, sino, bien al contrario, para tratarle con la mas piadosa benignidad; pues luego que él se acercó á reconocer el

terreno de que estaba pendiente el peñasco, advirtió, no sin horrorizarse, que éste se hallaba rodeado por todas partes de tierra fofa, y que, careciendo por consiguiente de apoyo y firmeza, era mui verosimil que tarde ó temprano se hubiese venido abajo por su propio peso. Y ved aquí como Dios, previendo con su sabiduría inmensa que aquella peña se desprenderia á tiempo que *Robinson* estubiese dentro de la cueva, y teniéndole por otra parte destinado á gozar mas larga vida, dispuso la tierra desde el principio del mundo (segun podemos presumir) en tal conformidad que precisamente en aquella hora y en aquella Isla debiese verificarse un terremoto, para que el mismo ruido subterráneo, resonando en los oidos del acobardado *Robinson*, le impeliese á huir de la cueva en busca de otro asilo; porque si el temblor de tierra hubiese venido sin estruendo, tal vez no hubiera despertado *Robinson*; y desplomado entónces el pe-

ñasco, le hubiera quitado la vida.

Ahora conoceréis, hijos mios, que el Señor lo miró con singular clemencia al tiempo mismo en que parecia le tenia mas desamparado, y que para conservarle se valió cabalmente de la espantosa revolucion que *Robinson* miraba como la última infelicidad.

Sobradas ocasiones tendréis en el discurso de vuestra vida de hacer la misma experiencia que *Robinson*, si quereis observar atentamente las sendas por donde la soberana Providencia os conduce; y en cualquier triste situacion que padezcáis en adelante, descubriréis dos principios de eterna verdad: el primero, que los hombres se figuran siempre las desgracias mucho mayores de lo que son en sí; y el segundo, que Dios nos envia todos nuestros males por justas y excelentes razones, y que por consiguiente siempre vienen á contribuir á nuestra verdadera felicidad.

Veneremos del Padre soberano
Los profundos decretos;
Pues nuestra suerte pende de su mano.
La variedad de objetos
Que el orbe ofrece, su loor pronuncia;
Y si bien lo observamos,
Nuestro mismo interior, que nos le anuncia,
Exhorta á que le amemos y sirvamos.
Singular beneficio
Para las almas fieles
Son del mundo las penas mas crueles;
Son breve mal, de eterno bien indicio.

TARDE DÉCIMA.

Continúa el Padre *la Historia.*

Dando *Robinson* gracias al Señor por haberle libertado del nuevo peligro, y ya con mas ánimo, puso manos á la obra para limpiar de escombros su morada. No le costó mucho sacar la tierra y el cascajo; pero debajo de todo quedaba el peñascon; y aunque estaba partido en dos pedazos, se necesitaban al parecer mas fuerzas que las de un hombre solo para removerle del puesto.

Probó á empujar el trozo mas pequeño; mas en vano, por ser mui superior á sus esfuerzos aquella empresa; y no pudiendo ménos de volver á desalentarle el malogro de esta tentativa, ya no sabia qué determinar.

Juan. Bien sé yo lo que hubiera hecho entónces.

El Padre. Sepamos qué discurres.

Juan. Me hubiera ayudado con una *palanca*, como hicimos el otro dia cuan-

dó llevamos rodando la viga por el patio.

Teodora. Eso no lo ví yo. Y ¿qué es una palanca?

Juan. Es un palo largo así, y bien grueso, y se mete una punta de él por un ladito de la viga ó de la piedra que se ha de levantar; y se pone debajo un zoquete, ó una piedrecita; y luego se echa mano á la otra punta del palo, y se carga con toda la fuerza que se puede sobre el zoquete; y así se levanta la viga, y se la hace rodar sin mucho trabajo.

El Padre. En otra ocasion os explicaré la razon de eso. Oid ahora lo que hizo *Robinson.*

Despues de meditar el punto largo tiempo (aunque inútilmente) le ocurrió por fin la idea de la palanca; y acordándose de haber visto en su juventud que los trabajadores se valian de aquel medio para mover cosas mui pesadas, se resolvió prontamente á hacer la prueba.

Tan bien le salió, que en media

hora habia ya sacado de la cueva las dos piedras, que dos hombres, solo con las manos, apénas hubieran podido mover del sitio; y tuvo la satisfaccion de dejar entónces su vivienda no solamente al doble mas capaz y desahogada que antes, sino tambien muchísimo mas segura á su parecer; pues ya todo lo que la servia de paredes y de techo era un solo peñasco hueco, en que por ningun lado se descubría la menor raja.

Nicolas. Pero, Papá: ¿qué se habia hecho la araña?

El Padre. Me alegro de que me la acuerdes. ¡Pobre araña! Ya me olvidaba de ella. Lo que únicamente puedo decirte es que, sin duda, debió de perecer entre las ruinas del techo. Lo cierto es que no volvió *Robinson* á verla, y que se consoló de esta pérdida con la compañia de sus queridos llamas.

Aventuróse luego á dirigir sus pasos ácia el volcan, el cual todavía exhalaba negra humareda; pero ¡cómo se

sorprehendió al ver la gran porcion de materiales derretidos que habian fluido en contorno á lo largo y á lo ancho, y que aun no se habian enfriado! Por esta vez se mantuvo á cierta distancia contemplando el no ménos terrible que grandioso espectáculo del humeante respiradero, porque su natural temor y la lava todavía ardiente le impedian acercarse.

Advirtiendo que la corriente de esta habia tirado ácia el terreno en que nacian las patatas, se estremeció de pensar que acaso podia aquel torrente de fuego haber hecho el mas fatal estrago en aquel plantío; ni logró tranquilizarse hasta que se certificó de lo contrario. Pasó, pues, al terreno, y con suma alegría le halló todo felizmente preservado; mas por lo que pudiera suceder, resolvió plantar mas patatas en varios parages de la Isla para precaver la desgracia de verse, por cualquier contratiempo, privado algun dia de tan estimable fruto: y aunque, segun él suponia, estaba

ya mui proxîmo el invierno, decia: ¿Quién sabe si estas plantas serán tal vez de las que resisten al rigor del frio?

Despues de haber tomado tan acertada providencia, se dedicó á prosequir la obra de su cocina; y allí tambien el espantoso trastorno que acababa de experimentar la naturaleza habia servido para proporcionarle un importante beneficio. Era el caso que habia arrojado el volcan entre otras cosas gran cantidad de piedras de cal. Ordinariamente para hacer cal muerta es menester quemarlas ó calcinarlas primero en un horno; pero aquí no era necesaria esta operacion, pues para ella habia ya servido de horno la misma montaña inflamada. No tuvo, pues, *Robinson* otra cosa que hacer sino abrir un hoyo en la tierra, echar en él las piedras de cal, derramar despues agua encima de ellas, y revolverlas. Apagada ó muerta así la cal, quedó dispuesta para cualquiera fábrica de albañilería; y añadiendo

un poco de arena, formó *Robinson* una mezcla con que desde luego se puso á trabajar, mui ufano de su destreza y aciertos.

Entretanto ya la montaña habia cesado de humear, por cuyo motivo se atrevió *Robinson* á acercarse á la abertura, donde advirtió que así los lados como el fondo de ella estaban cubiertos de lava ya fria: y como por ningun resquicio veia salir ni el menor humo, tuvo fundamento para creer que enteramente se hubiese extinguido el fuego subterráneo, y que por entónces no habria que temer nueva erupcion.

Fortalecido con esta confianza, pensó en hacer su repuesto de víveres para el invierno; á cuyo fin cogió consecutivamente hasta ocho llamas del mismo modo que los primeros. Todos los mató, excepto un macho que reservó para que acompañase á los tres ya domesticados; y colgó en su cocina la mayor parte de la carne para ahumarla. Pero ántes la habia tenido en sal

algunos dias, acordándose de haber visto en su casa que su Madre acostumbraba hacer lo mismo.

Aunque era mas que suficiente ésta provision de carne, *Robìnson*, todavía temeroso de que no habia de bastarle, si el invierno fuese rígido y de larga duracion, bien hubiera querido coger mas llamas; pero la empresa se iba haciendo cada vez mas difícil, pues, desconfiados ya aquellos animales, se cautelaban del lazo.

Era necesario idear otro medio para apoderarse de ellos; y llegó *Robinson* á descubrirle. — ¡Cuán cierto es que el ingenio del hombre, exercitándole bien, como se debe, se halla fecundísimo en arbitrios para acudir al socorro de sus necesidades y aumento de sus conveniencias! — Habia notado que los llamas, siempre que le descubrian cerca de la fuente, corrian con suma velocidad ácia un matorral detras de un otero. En la ladera de éste por la parte de allá habia como una

barda de ramas y maleza, quedando por allí cortado y escarpado el otero á la altura de un par de varas. Advirtió *Robinson* igualmente que, huyendo los llamas, acostumbraban saltar por aquella barda; y solo con haber hecho este reparo le ocurrió la determinacion que debia tomar. Esta fué la de abrir un hoyo bien profundo en aquel parage, para que, al saltar los llamas, cayesen allí, quedando aprisionados sin recurso. En dia y medio consiguió el infatigable *Robinson* concluir la recien-imaginada obra; cubrió de matas el hondo foso; y al dia siguiente tuvo el gusto de ver caer en él, y coger dos de aquellos animales bastante crecidos.

Creyó hallarse con esto suficientemente provisto de carne; pero no hubiera sabido donde guardarla durante el invierno, si por medio del terremoto no le hubiese proporcionado el cielo una especie de silo ó sótano; porque es de saber que mui cerca de su cueva

se habia hundido otro pedazo del cerro, quedando formada nueva caverna como de unas tres varas de profundidad con la entrada ácia la plazuela ó patio de la vivienda. Así logró tener inmediatos dentro de un corto recinto, aposento, cocina y sótano casi con tan acomodado repartimiento como si el arte los hubiese dispuesto y fabricado.

Faltábanle tres operaciones para acabar de surtirse de cuanto creía necesitar en todo el invierno, que en vano estaba aguardando: recoger y encerrar yerba suficiente para alimento de sus llamas; acopiar leña, y desenterrar todas las patatas para guardarlas en el sótano.

Del heno y demas yerva, de que hizo abundante provision, apiló en su patio grandes montones, segun habia visto lo practicaban por acá los labradores; y cada vez que añadia nueva porcion de forrage, recalcaba con los pies las pilas que de él iba formando,

tanto que sería mui dificil las penetrase la lluvia. Pero bien á costa suya conoció luego por la experiencia cuán inadvertido anduvo en esto; pues no tuvo la precaucion de dejar ántes secar mui bien la yerba. Cuando, sin preceder esta diligencia, se la amontona, apretándola demasiado, empieza á enardecerse, y llega por fin á levantar llama. No habia oido *Robinson* en su juventud semejante especie, como que jamas le habia merecido atencion ni cuidado alguno la *economía rústica*, quiero decir el arte que enseña las operaciones de la labranza y el gobierno de una casa de labor. Entónces reconoció cuán útil era parar la consideracion en todo, y adquirir siempre las posibles luces y noticias en cualquier materia, aun cuando no se descubra qué aplicacion se podrá hacer de ellas algun dia.

Estremado fué el sobresalto de nuestro *Robinson* cuando vió humear

repentinamente uno de los montones ó pilas de yerba; y mayor todavia cuando, introduciendo la mano, sintió que ardia por dentro. No pudo ménos de creer que habia allí fuego; bien que no acertaba á comprehender cómo ni cuándo habria prendido éste.

Empezó á desbaratar prontamente el monton; y no acababa de maravillarse al ver que por ninguna parte hallaba tal fuego, y que toda la yerba estaba al mismo tiempo recalentada y húmeda sobre manera. Ocurrióle al cabo la fundada conjetura de que la humedad sola era causa del encendimiento, aunque no concebia de qué modo se obraba efecto tan raro.

Juan. Yo tampoco puedo entenderlo.

El Padre. De estos prodigios ó fenómenos, Juanito mio, hai en la naturaleza innumerables; y el entendimiento humano, despues de haber reflexionado acerca de ellos por espacio de bastantes siglos, ha llegado á descubrir

clara y distintamente las verdaderas causas, no de todos, pero sí de muchísimos prodigios semejantes. Hállanse tales descubrimientos depositados en una ciencia que ni siquiera sabes como se nombra. — Se llama la *Física*. En ella se da razon de este notable efecto de la humedad, como asímismo de otras muchas cosas naturales dignas de la mayor admiracion. Si proseguís aplicandoos á los estudios en que por ahora estamos ocupados, con el tiempo os enseñaremos dicha ciencia, que os servirá de inesplicable recreo. En la ocasion presente seria superfluo tratar esta clase de materias, porque no estais en disposicion de entender lo que acerca de ellas os dijese.

Y volviendo á *Robinson*, habeis de saber que, despues de haber dejado secar la yerva, volvió á hacer de ella una pila capaz de resistir á vientos y á lluvias, pues la resguardó con un techo de cañas, á manera de los que en

las chozas ó cabañas de pastores habreis visto hechos de paja.

Empleó los dias siguientes en juntar toda la leña seca que le pareció necesaria; y desenterrando luego las patatas, hizo un buen acopio de ellas, que encerró en el sótano. Por último recogió todos los limones maduros que pudo derribar sacudiendo el árbol, y los guardó tambien para el invierno, con lo cual quedó por entónces tranquilizado, como que ya tenia asegurado el mantenimiento para mientras durase la estacion rigurosa.

Pero aunque se hallaba ya á fines del mes de octubre, todavía no se dejaba sentir la fria intemperie que tantas inquietudes le causaba; solo sí se metió el tiempo en agua, y fueron tan continuadas las lluvias que parecia desgajarse el cielo. Mui confuso tenia esto á *Robinson*, y mucho le afligia por otra parte la dura precision de pasar encerrado en su albergue como

un preso tan larga temporada; pues en mas de quince dias no habia salido de él, sino para llegar al sótano, al monton de yerba, y á la fuente, en busca del agua y comestibles que él y su ganado necesitaban.

¡Qué largas, qué tristes se le hacian las horas viviendo solitario y sin tener en qué ocuparse! — No podeis figuraros bien, hijos mios, cuál era su tormento. Si hubiera entónces quien le facilitase un libro, ó un pliego de papel, pluma y tintero, de buena gana hubiera cedido por cada pliego un dia de los de su vida. ¡Ay de mi! (decia mas de una vez, suspirando:) ¡Cuán inconsiderado he sido yo en mi juventud, cuando miraba el leer y el escribir como ocupacion molesta, y la ociosidad como cosa divertida! El libro mas pesado y fastidioso seria hoi para mí un tesoro: con un pliego de papel y un tintero que tuviese, no me trocaria por un Monarca.

En toda aquella temporada de inaccion y de tedio le precisó la necesidad á entretenerse en varias ocupaciones á que hasta entónces no se habia aplicado. Hacía mucho tiempo que estaba cabilando sobre qué medio habria de fabricar una olla y una lámpara, vasijas que le serian sumamente útiles, y que disminuirian en gran parte la infelicidad de su estado. Apesar de lo mucho que llovia, salió corriendo á buscar barro, y puso manos á la obra.

Se supone que ésta no le salió bien tan pronto, y que primero hubo de hacer en valde repetidas pruebas; pero como no tenia cosa de mas importancia en que ocuparse, tomó por diversion aquella taréa: y cuando ya parecia que estaba la pieza concluida, si notaba que habia algo que enmendar en ella, la deshacia, y la empezaba de nuevo. Distrayéndose con esta labor, gastó unos cuantos dias hasta que remató la olla y la lámpara con tan buen

acierto que ya hubiera sido demasiada delicadeza el desvaratarlas. Púsolas, pues, en su cocina á corta distancia de la lumbre para que se fuesen secando, y prosiguió despues haciendo otras ollas, cazuelas y sartenes de diversas figuras y tamaños, con lo cual se adestraba cada vez mas en el oficio de alfarero.

Continuando entretanto la lluvia sin la menor intermision, y viéndose *Robinson* obligado á discurrir en qué otras obras domésticas emplearia el tiempo para eximirse de tan penoso martirio como el del ocio, fué su primer entrenimiento disponer una red de pescar. Hallábase provisto de un buen acopio de cordeles, que entónces le hacian mucho al caso; y como tenia tiempo de sobra, y bastante paciencia para repetir ocho, diez ó mas veces la tentativa ó ensayo de cada operacion que no le salia bien al principio, descubrió por fin el verdadero método de hacer las ma-

llas, y adquirió en este exercicio casi tanta soltura como la que tienen por acá las mugeres y niñas que hacen redes. Bien es verdad que habia ideado ayudarse con un instrumento de madera, que cortó con su navaja de piedra, dándole la forma de un asador; y de este modo logró hacer una red que, en cuanto á la utilidad, era tan buena como cualquiera de nuestras redes ordinarias.

Ofreciósele inmediatamente el pensamiento de intentar hacer un arco y unas flechas. ¡Oh! ¡cómo se le exâltó la imaginacion al reflexionar sobre tan feliz ocurrencia, y considerar las sólidas ventajas que el arco le proporcionaria! Con él podia tirar á los llamas, á los páxaros, y (lo que importaba mas que todo) defenderse dentro de su posesion de los Salvages que algun dia llegasen tal vez á acometerle. Agitado de la impaciencia de ver ya labrado su arco, partió á toda priesa, sin reparar en lluvia ni vien-

to, á buscar la madera necesaria.

Léjos de creer que cualquiera fuese buena para su intento, conoció que era menester elegirla dura y al mismo tiempo flexible, á fin de que así como pudiese doblarse, fuese tambien bastante recia para volver á su primer estado con impulso como de un muelle.

Juan. Qué fuese *elástica*: ¿no es verdad?

El Padre. Eso queria yo decir; pero como no creia que tuvieses tan presente la significacion de este vocablo, me he valido de rodeos por no usarle.

Habiendo, pues, hallado y cortado madera elástica, la llevó á su posada, y al momento empezó á trabajar; pero ¡ah! ¡cuán sensible le era entónces la falta de un cuchillo ó navaja en forma! Veinte ó mas cortes tenia que dar para desbastar tanta madera como de un solo tajo podemos nosotros llevar con los cuchillos de acero: y así, aunque trabajaba de sol á sol únicamente en esta obra sin dejarla de la mano, hubo de emplear en ella ocho dias ca-

bales.—Algunos caballeritos conozco yo, que no tendrian una paciencia tan constante.

Teodora (*hablando con los demas.*) Esto lo dice Papá por nosotros.

El Padre. Lo has acertado, Teodora. Y ¿te parece que tengo razon?

Teodora. Sí, Señor; pero para eso que de aquí adelante, en empezando una labor, trabajaré en ella seguidito, seguidito hasta acabarla.

El Padre. Harás mui bien, porque á *Robinson* le fué perfectamente con ese método, de suerte que tuvo la indecible complacencia de ver al noveno dia rematado su arco, sin faltarle ya mas que la cuerda y las flechas. Si hubiera pensado en esto cuando mató los llamas, acaso hubiera probado á hacer cuerdas de sus tripas; pues bien sabia que en Europa se trabajan ordinariamente cuerdas de intestinos de carnero; pero, á falta de las de tripa, retorció el cordon mas fuerte que pudo, y luego pasó á fabricar las flechas.

¡Qué no hubiera dado entónces por tener un pedacito de hierro de que hacer las puntas! Pero cuando, hecho cargo de lo infructuoso de semejante deseo, estaba á la puerta de su cueva meditando sobre qué arbitrio hallaria para suplir la falta de puntas de hierro, volvió casualmente la vista al pedazo ó grano de oro, que como cosa despreciable se habia quedado arrojado en el suelo. Anda (dijo, dándole un puntapie) anda, metal inútil, y vuélvete hierro, si quieres que haga caso de ti. Dicho esto ni aun quiso mirarle.

A fuerza de pensar y mas pensar se acordó de haber oido decir una vez que los Salvages se servían de espinas de peces crecidos, y tambien de piedras cortantes para puntas de sus picas y flechas; y resolvió imitarlos en esto, y hacer al mismo tiempo una especie de pica ó lanza.

Dicho y echo: acudió á la orilla del mar, en donde su buena suerte le

deparó las espinas que buscaba: al mismo tiempo recogió las piedras que le perecieron mas á propósito; y despues de haber cortado un palo largo y bien derecho para la pica, se volvió á su mansion todo calado de agua.

A pocos dias ya estaban rematadas las flechas y la pica: ésta con una punta de piedra muy aguda, y aquella con las mas fuertes y punzantes espinas clavadas en un extremo, y algunas plumas atadas en el otro, por ser cosa bien sabida que así vuelan mejor.

Experimentando luego el arco, le pareció que, aunque le faltaban varios requisitos, que sin erramientas no era posible añadirle, no por eso dejaba de ser bastante servible para tirar á pájaros, y á otros animalejos; y aun presumió que con él podria sin dificultad herir á un Salvage desnudo, como le dejára acercarse bien. De lo que mas satisfecho quedó, fué de la pica.

Y volviendo ahora á la lámpara y

demas vasijas de barro, como las viese ya bastante secas, quiso usarlas, á cuyo fin echó en una de las cazuelas una pella de la gordura ó sebo que habia sacado de los llamas, pensando derretirla, y servirse de ella para la lámpara en lugar de aceyte. Pero se desazonó mucho al advertir que, derretida la grasa, se rezumaba por el barro de la cazuela, y goteaba por sus poros, quedando muy poca dentro. De aquí infirió (y demasiado bien fundada era su conjetura) que por igual defecto serian tambien inservibles la lámpara y demas vasijas.

¡Triste fatalidad! Y mas cuando ya habia consentido en poder desde luego pasar las noches con luz, y comer sopa; pero ya veis qué pronto se le desvanecieron tan halagüeñas esperanzas.

Enrique. En efecto, era mucho desconsuelo ver malogrado así el trabajo de tantos dias.

El Padre. Sin duda, y personas hay que

se hubieran aburrido y desesperado, echándolo todo á rodar. Pero *Robinson* tenia ya medianamente exercitada la paciencia, y habia formado el propósito mas firme de no hacer jamas las cosas á medias, siempre que le fuese dable rematarlas completamente.

Sentóse en el *rincon de las meditaciones* (que así llamaba él un ángulo de su cueva adonde acostumbraba retirarse cuando tenia que discurrir sobre algun punto de entidad) y empezó á rascarse la frente. ¿En qué consistirá (decia, consultando consigo mismo) que los pucheros de Europa, hechos tambien de barro, son mucho ménos porosos, y no se recalan?—Vaya: esto proviene sin duda, de que estan bañados ó vidriados.—¡Bañados! Y ¿de qué se compondrá el baño? ¿Cómo le harán?—Tengo especie de haber oido decir que, ademas de la arena, hay tierras, como la greda, que con la violencia del fuego se vidrian,

Las ponen en un horno caldeado, y ántes que empiecen á derretirse, las sacan para que no se conviertan enteramente en vidrio. — Será menester hacer la prueba.

No bien habia formado este discurso, cuando encendió en su cocina una buena hoguera, y metió en medio de ella una de las vasijas. Pero á mui corto rato oyó un estallido, y halló rajada la cazuela. — ¡Ola! (dixo *Robinson*) ¿Quién habia de pensar esto?

Volvió á retirarse al rincon de las meditaciones, y sin atinar la verdadera causa del tal fracaso, se preguntaba á sí mismo: ¿Habré yo visto alguna vez cosa que se parezca á la que acaba de sucederme?—Sí tal, que ahora me acuerdo. Cuando en tiempo de invierno poniamos en el horno un vaso con agua fria ó con cerveza para calentarlas, ¿no se quebraba tambien el vaso? — Ya se ve que sí. — Pero si le poniamos cuando el horno no estaba aun del todo caliente, entónces no se

quebraba. — Bien, bien; ya voy dando en ello. No hai que poner de repente la vasija en la hoguera; sino dejar que primero se vaya caldeando por grados. — ¡Viva el ingenio! (exclamó regocijado, y corriendo á hacer la segunda prueba.)

Esta ya le salió mejor, porque no se abrió la cazuela; pero tampoco quedó vidriada.

¿De qué dependerá esto? (volvia á decir *Robinson.*) El fuego, á mi parecer, era bastante activo. Pues ¿qué circunstancia faltará todavía? — Despues de considerarlo mucho tiempo, creyó haber dado en el punto de la dificultad, conociendo que su error provenia de haber hecho el experimento con fuego que ardia expuesto al aire, y no encerrado en un horno, por cuya razon perdia el calor demasiado pronto, y se disipaba éste por todos lados, de modo que no era posible se calentase el barro en términos de llegar á endurecerse. Perseverando siem-

pre en su máxima fundamental de *no hacer las cosas á medias*, determinó, en conclusion, fabricar un verdadero horno; mas para esta obra se requeria estacion mas oportuna.

Proseguia lloviendo incesantemente, y al cabo de dos meses fué cuando empezó á aclararse el cielo. Pensaba *Robinson* que iba á empezar el invierno entónces, y ya el invierno habia pasado. Notaba con asombro que la primavera, vivificadora de toda la naturaleza, fecundaba ya los campos, haciéndolos brotar nueva yerba, nuevas flores y ramas; misterio ineapeable para él, y que, por mas que le tenia á la vista, se le hacia casi del todo increible. Esta leccion (decia) me servirá de hoi en adelante para no negar ligeramente las cosas solo porque no las comprehendo.

La Madre. Y luego que dijo eso ¿no se fué á recoger?

Teodora. No, Mamá, que todavía estamos bien despiertos?

El Padre. Circunstancia es esa sobre la cual no tengo noticias positivas; pero como por otra parte, en la antigua historia de la solitaria residencia de nuestro Héroe en su Isla no se da razon de ninguna otra cosa sucedida en aquel dia, colijo que despues de haber hecho tan saludable reflexion, sin duda se fué á dormir. — Esto mismo haremos tambien nosotros dentro de poco, para poder madrugar mañana como él.

Juan. Ahora, sí, Papá, ahora sí que quisiera yo hallarme en el lugar de *Robinson.*

El Padre. ¿Lo quisieras tú?

Juan. Sí, Señor, porque ya tiene todo lo que ha menester, y vive en un pais muy bello donde no hai invierno.

El Padre. ¿Con qué se halla ya provisto de todo lo que ha menester?

Juan. ¿Pues qué? ¿no tiene patatas, y carne, y sal, y limones, y peces, y tortugas, y ostras, y leche que le dan los llamas? ¿No puede ahora hacer manteca y queso?

El Padre. Puede ser que mas adelante consiga hacer uno y otro.

Juan. ¿Y no tiene tambien un arco y una pica; y sobre todo, una buena vivienda? Pues ¿qué mas quiere?

El Padre. Todo eso lo sabia apreciar *Robinson* infinito, tributando mil gracias á Dios, y sin embargo hubiera dado la mitad de los dias de vida que

TARDE XI.



le quedaban porque hubiese llegado allí una embarcacion en que restituirse á su patria.

Juan. Pero digame Vm. ¿qué le faltaba?

El Padre. Muchas cosas, muchísimas, y estaba por decirte que todo. Carecia de aquellos bienes sin los cuales no puede haber en este mundo felicidad verdadera: sociedad, amigos, criaturas de su misma especie á quienes amar, y que le correspondieran. Distante de sus padres, tan apesadumbrados por su causa, ausente de sus amigos, sin esperanza de volver jamas á verlos, separado de los hombres, de los hombres todos, de toda la tierra.... ¡Infeliz *Robinson*! En tan miserable estado ¿qué abundancia de bienes terrenos, por mas exquisitos que fuesen, podia servirle de consuelo? Haz por sola una vez la prueba, amiguito mio, de pasar no mas que un dia sin compañía alguna, y en un sitio retirado y silencioso, y conoce-

ras lo que es la vida solitaria.

Fuera de esto, debes persuadirte que no habia satisfecho *Robinson*, ni con mucho, las demas necesidades que le molestaban. Toda la ropa se le iba ya cayendo á pedazos, que no era posible aprovechar, y todavía ignoraba como acertaria á hacerse otra nueva.

Nicolas. Sin vestido bien podía pasar en una Isla donde hacia tanto calor y no se sentia el invierno.

Luisita. Quita allá. ¿Habia de andar desnudo?

El Padre. Para resguardarse del frio verdad es que no necesitaba ropa, pero si la necesitaba para defenderse de las sabandijas, y principalmente de los mosquitos en que hierve aquella Isla. Los de por allá pican muchísimo mas que los nuestros, y mortifican extremadamente á los habitantes, de tal suerte que las ronchas que levantan duelen poco ménos que las que causan las picaduras de las abejas ó de las avispas, y así tenia *Ro-*

binson casi siempre hinchadas la cara y las manos. Considerad, pues, si acercándose ya al momento de ver destrozada toda su ropa, sería poco el martirio que el desdichado estaria temiendo.

Esto, junto con el ardiente anhelo que tenia de ver no solo á sus padres y amigos, sino la sociedad humana en general, le obligaba á despedir profundos suspiros cada vez que, mirando desde la playa con llorosos y abatidos ojos el inmenso Océano, no veia sino agua y cielo. ¡Cómo se le ensanchaba el corazon, alentado de lisonjera esperanza, cuando ácia el lejano horizonte divisaba una nubecilla, que allá en su imaginacion se le figuraba un vagel navegando á velas desplegadas! Y luego que se desengañaba de su error ¡cuál se le bañaba el rostro en lágrimas, y cuán oprimido y consternado se volvia á su albergue!

Luisita. Lo que tenia que hacer era acu-

dir á Dios, que seguramente le hubiera enviado por allí un navío.

El Padre. Así lo practicaba, Luisita mia; pero añadiendo siempre: *No se haga mi voluntad, Señor, sino la tuya.*

Temiendo *Robinson* que tal vez llegase á pasar cerca de la Isla, ó tocar en ella algun navío á tiempo en que por desgracia estuviese él léjos de la orilla, proyectó fijar en la lengua de tierra una señal que á cuantos allí se acercasen sirviese de indicio de que alguien pedia socorro. Plantó, pues, por señal un pilar ó poste, en el cual enarboló una bandera.

Nicolas. Y esa bandera ¿de dónde la sacó?

El Padre. Voi á decírtelo. Veía ya su camisa en tan mal estado, que era imposible ponersela mas; y tomando de ella el pedazo mayor, le colgó en lo mas alto del poste como bandera.

Deseaba luego con ansia poner en el mismo pilar una inscripcion que diese á entender mas claramente su estre-

cha necesidad; pero ¿cómo habia de executar esto?— El único medio de que podia valerse era el de grabar las letras con su navaja de piedra, mas lo dificil era determinar en qué lengua habia de componer la inscripcion. Si la escribia en Frances ó en Ingles, acaso podia venir un navío Holandes, Español, ó Portugues, y quizá ninguno de la tripulacion entenderia lo que aquellas palabras significaban. Por dicha se acordó de algunas voces latinas de las que le habian enseñado en sus malogrados estudios, con las cuales le pareció que podria explicar su concepto.

Juan. Ya; pero ¿las entenderia la tripulacion?

El Padre. Bien sabes que la lengua latina, aunque en ninguna parte se habla ya vulgarmente como idioma nativo, se halla extendida en todas las Naciones cultas de Europa, y que casi todos los hombres que han tenido una mediana educacion entienden á lo mé-

nos algo de ella. Era, pues, bien fundada la esperanza que concibió *Robinson* de que en cualquiera nave que allí recalase podría haber alguno que entendiese la inscripcion latina.

Juan. ¿Y cuál era la inscripcion?

El Padre. Era esta: *Forte opem misero Robinson.* ¿La entiendes tú, Juanito?

Juan. Lo que dice es: *Dad socorro al pobre Robinson.*

El Padre. Nada le daba tanto cuidado como la falta de zapatos y medias que ya se le habian destrozado, y los mosquitos le punzaban tan cruelmente las piernas, que no podia parar de dolor; pues durante el tiempo lluvioso se habia multiplicado excesivamente la plaga de insectos y sus dolorosas picadas le habian desfigurado rostro, manos y pies.

¡Cuántas veces se sentó en su rincon de meditaciones para discurrir medios de vestirse! Pero no sacaba fruto; siempre echaba menos algunos instrumentos, y suficiente pericia en aque-

llas operaciones indispensables para el logro de lo que mas deseaba y mas falta le hacia.

Vestirse de pieles de los llamas le pareció entre otros arbitrios el mas facil; pero estaban las zaleas ásperas y tiesas, y ni habia hecho alto jamas en el método que observan los curtidores y zurradores para adobar las pieles crudas, ni aun cuando supiese tal manufactura, tenia aguja ni hilo para coserlas y hacer cualquiera especie de vestido.

Sin embargo, la necesidad era mui urgente, porque ni de dia ni de noche le dejaban trabajar ni sosegar los mosquitos y demas insectos, tanto que, si no ponia algun remedio, iba á perecer lastimosamente.

Enrique. Y ¿para qué habrá criado Dios esas miserables sabandijas que no sirven sino de incomodarnos?

El Padre. Tambien podia yo preguntarte ¿para qué nos habrá criado Dios á tí y á mí, y á los demas hom-

bres?—Su bondad es tanta, que no quiso ser felíz él solo, sino que lo fuesen tambien sus criaturas. Y estos insectos que tú desprecias ¿no gozan tambien cierta felicidad á su modo?

Enrique. Eso sí, porque ya vemos como se alegran con la claridad del sol, y con el calor que reciben de él, y con la comida, y con otras muchas cosas.

El Padre. Pues bien: de ahí inferirás que Dios los ha criado para que disfruten en la tierra esos bienes, y aquella felicidad que segun su naturaleza les cabe. ¿No es este un designio muy propio de un Dios piadoso y bueno?

Enrique. Ya lo veo; pero lo que yo quiero decir es que su divina Magestad podia no haber criado mas animales que aquellos que no causan mal á nadie.

El Padre. Da muchas gracias á Dios de que no haya hecho tal cosa.

Enrique. ¿Y por qué?

El Padre. Porque, si eso hubiera hecho, ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros estaríamos en el mundo, respecto de que somos cabalmente la especie de animales mas destructiva y devoradora. No solamente son nuestros esclavos todos los demas vivientes, sino que los matamos á nuestro antojo, ya para comernos su carne, ya para aprovecharnos de sus pieles, ya porque nos incomodan, ó porque los encontramos al paso, y ya, en fin, por otros motivos á veces injustos y de mero capricho, de que no sabriamos dar disculpa racional. Por consiguiente, cuánto mayor fundamento tendrian los insectos para preguntar ¿por qué crió Dios un animal tan cruel y dañino como el hombre?—Y ¿qué responderías tú, á una mosca que te hiciese esta pregunta?

Enrique. (*cortado.*) Eso.... ¿qué se yo?

El Padre. Pues mira; yo la satisfaría en estos términos: Mosca mia, tu pregunta es muy temeraria, y bien demues-

tra que careces de entendimiento capaz de raciocinio; porque á no ser así, bastaba una ligera reflexion para conocer que Dios por pura bondad formó las criaturas de manera que unas necesitan de otras para mantenerse, supuesto que las yerbas y las frutas solas no habrian alcanzado para alimentar especies tan diversas y numerosas de vivientes. A fin de que todo el orbe estuviese animado, habiendo en agua, tierra y aire criaturas que se complaciese de su existencia, y para que al mismo tiempo ninguna especie de ellas se multiplicase demasiado en perjuicio y con ruina de cualquiera otra, estableció la suma Providencia que unas sirvan á otras de mantenimiento. Y así, tú, mosca, que chupas la sangre de otros animales, y aun la nuestra, ¿por qué has de llevar á mal que la araña te prenda en su tela, y que la golondrina se saborée comiéndote?

¿Qué dices de esto, Enrique? Si

la mosca tuviese discernimiento, ¿se daria por satisfecha con esta respuesta?

Enrique. Yo bien satisfecho quedo.

El Padre. Pues volvamos ahora á nuestro *Robinson*.

Estimulado de la necesidad, empleó toda su industria en la trabajosa maniobra de cortar de las pieles con su navaja de piedra primero un par de zapatos, y despues unos botines que supliesen la falta de medias, si acaso merecian nombre de zapatos y de botines unas obras tan toscamente egecutadas. No pudiendo coser ni unos ni otros, hubo de contentarse con abrir ojetes en ellos, y atarlos con un cordel, ajustándolos á los pies y á las piernas, si bien le molestaban infinito; pues, aunque volvió la lana acia fuera, siempre sentia un ardiente escozor en los pies, y la dura piel se los desollaba á la menor caminata que emprendiese. A pesar de esto, mas llevaderos le parecian aquellos dolores que las incó-

modas picaduras de los mosquitos.

De otro pedazo de pellejo bastante recio y en figura cóncava hizo una máscara con solo abrir dos agugeros para los ojos, y otro junto á la boca para respirar. Y ya que estaba con la labor entre manos, no quiso dejarla hasta poder arreglar una zamarra en forma de coleto, y una especie de calzones: empeño á la verdad mucho mas arduo; pero ¿qué cosa se logra sin alguna fatiga? Y ¿qué dificultad no vencen la aplicacion y la paciencia? Lo cierto es que *Robinson* tuvo el gusto de concluir con feliz éxito su obra.

Componíase el coleto de tres piezas, dos para los brazos y una para el cuerpo, todas ajustadas con cordones. Los calzones eran de dos piezas, delantera y trasera, igualmente enlazadas por ambos lados: y despues de haberse vestido el nuevo trage, guardó la maltratada ropa européa con ánimo de no ponérsela ya sino como una ga-

la reservada para dias de gran festividad, y para celebrar solemnemente los del cumple-años de sus Padres.

No podeis imaginar la extravagante figura que hacia *Robinson* entónces con aquella vestimenta y con las armas é instrumentos que sobre sí llevaba: envuelto de pies á cabeza en lanudas pieles; ceñida por espada la grande hacha de piedra; pendientes de los hombros el morral, el arco y un haz de flechas; en la mano derecha una pica casi al doble mas alta que él; en la siniestra un quitasol de hojas de coco sobre una armazon de mimbres; y por sombrero un canastillo puntiagudo forrado en zaléa. Considerad, por vida vuestra, qué traza seria la suya. Nadie que le viese seria capaz de imaginar que bajo aquel raro exterior se ocultase una criatura humana; y ni aun él mismo pudo ménos de reirse de su aspecto y pelage la primera vez que se miró en las aguas de un cristalino arroyo.

Deseoso de proseguir su obra de alfarería, dispuso en breve tiempo el horno; y para hacer desde luego el experimento de si con la actividad del fuego reconcentrado conseguiria dar al barro una especie de barniz, introdujo allí sus vasijas, y poco á poco fue aumentando el fuego de tal manera que el horno se caldeó por todas partes. Despues que hubo mantenido este fuerte calor hasta la tarde, le dexó disminuir lentamente para ver qué resultaba. Y ¿qué sucedió? Que el primer puchero no se habia vidriado, á pesar de todas sus diligencias; el segundo tampoco: los siguientes ménos; pero exâminando al fin una de las cazuelas, observó con tanta admiracion como alegría que solamente aquella tenia en el fondo cierto baño como de vidriado.

Parecióle enigma inaveriguable lo que veia. ¿Por qué extraña razon (dixo) ha de haber quedado algo bañada esta vasija sola, sin que haya sucedido

lo mismo en las demas, siendo fabricadas todas del propio barro, y cocidas en el mismo horno con igual calor?—Mucho caviló sobre ello; pero en largo rato no descubrió causa que le ayudase á resolver la dificultad, hasta que al cabo se acordó de que habia un poco de sal en aquella cazuela cuando la metió en el horno: y de esto arguyó que naturalmente la sal habria producido el baño.

Juan. ¿De veras, Papá? Y ¿era la sal la que habia hecho eso?

El Padre. En efecto. Lo que entónces descubrió *Robinson* por pura casualidad, es cosa que muchos siglos ha se conoce y se practíca en Europa, sabiéndose que con el vapor salino se vidrian ciertos barros en el fuego. Mojando bien las vasijas en agua salada, ó echando en el horno caldeado una porcion de sal, todas le hubieran salido cubiertas de baño vidriado, y este fué el experimento que hizo al dia siguiente.

Ya habia encendido el horno; ya tenia humedecidas con agua salada unas cuantas cazuelas, y en otras habia echado sal para hacer á un tiempo la prueba de ambos métodos, cuando á lo mejor de su tarea le sobrevino un infortunio que mil veces habia temido: — una *enfermedad.*

Sintiéndose con fuertes dolores de cabeza, bastante fatiga en el pecho, y grandísima dejadez en todo su cuerpo, se vió amenazado del mas duro trance en que puede hallarse un hombre destituido de auxîlios.

¡Dios mio! (exclamaba) ¿qué será de mí, si caigo postrado en cama aquí donde no hai compasiva criatura que me asista, y que me ayude cuando llegue á debilitarme, ni amigo que me enxuge el mortal sudor, ó me alivie con algun refrigerio? ¿Qué dispones de mí, Dios soberano?

Al pronunciar estas palabras, agobiándole la tristeza y el quebranto, cayó en tierra desfallecido.

Entónces sí que, para resistir la rigurosa prueba con que el cielo queria acrisolar su tolerancia, necesitó mas que nunca de una firme y respetuosa confianza en el Señor de las misericordias, que en todas partes está presente. Reducido á tan absoluta privacion de socorros, á tal abatimiento de fuerzas, ¿qué otro amparo le quedaba para no perecer rodeado de miserias y desdichas?

Postrado en aquel suelo, estrechamente cruzadas las manos, casi sin habla, sin poder siquiera pensar, luchaba con las mortales angustias; y solo de cuando en cuando miraba al cielo, interrumpiendo con vehementes suspiros las pocas palabras que acertaba á proferir para invocar el favor de la suma Providencia por medio del piadoso Redentor de los hombres.

Pero el mismo desasosiego en que su mal le tenia no le permitió mantenerse largo rato en tal abandono; y

así recogió las escasas fuerzas que le quedaban con intencion de acercar á la cama si posible fuese, aquello mas preciso para su alimento, ántes que la dolencia le impidiese levantarse, y llegase tal vez el caso de verse absolutamente desproveido. Pudo con harta dificultad poner junto á la cabecera un par de tazas de coco llenas de agua, algunas patatas que por fortuna halló asadas, y cuatro limones, último resto de los que habia guardado; y no bien hizo esfuerzo semejante, cuando cayó rendido en el triste lecho.

Por mui contento se hubiera dado *Robinson* de que en aquella hora se hubiera servido Dios de sacarle de este mundo quitándole repentinamente la vida, y aun se atrevió á pedirselo como especial merced; mas no tardó en considerar cuán poco racional era esta súplica. ¡Qué! (dixo) ¿no soi yo hijo de Dios? ¿no es él mi Padre, y Padre amoroso, omnipotente, sabio? Pues

¿cómo tengo la osadía de dictarle lo que ha de hacer de mí? ¿No sabe él mejor que nadie lo que me conviene? Y ¿no obrará conmigo del modo mas conforme á mi verdadero bien? Así lo hará ciertamente aquel benigno Señor. Tranquilizate, alma mia; y en tal desamparo vuélvete al supremo Libertador de los miserables mortales: él te ayudará, sí, te ayudará en vida y en muerte.

Cobró aliento con estas reflexiones, implorando de la celestial clemencia resignacion para no despecharse durante aquel estrecho conflicto; pero al mismo tiempo le entró una violenta calentura. Por mas que se abrigó con las pieles de llama, no pudo entrar en calor, durándole el frio dos horas largas. Siguióse un ardor como de fuego, que, discurriendo por todas sus venas, le abrasaba interiormente; y con el frecuente latido de las arterias subia y bajaba el pecho, cual suele acontecer al que despues de correr mu-

cho se queda jadeando. En tan lastimosa consternacion apénas se halló con fuerzas para llegar á los labios una de las tazas de agua, y humedecer la enardecida lengua.

Rompió, al fin, en gruesas gotas de sudor, que le sirvió de algun alivio; y con esta favorable crísis se sintió al cabo de una hora mas alentado.

Ocurriéndole entónces la triste consideracion de que se le apagaria el fuego, si no acudia á echar mas leña, procuró, á pesar de su gran postracion y desmayo, ir arrastrándose á cuatro pies, y poner en el hogar los leños que creyó suficientes para mantener la lumbre hasta el siguiente dia, pues acababa entónces de anochecer. No pasó en toda su vida noche mas inquieta ni mas melancólica. El frio y calor de la fiebre que se sucedian sin intermision, y un dolor de cabeza tan intenso como continuo no le dexáron pegar los ojos; y así le costó por la mañana mucho mas trabajo el acer-

carse al hogar para añadir leña.

Empeñóse en repetir igual diligencia al anochecer; pero de tal suerte se le habia agravado el mal, que ya no le fué posible. Tuvo que desistir del intento; y aun llegó á mirar en aquella hora con indiferencia la conservacion de su lumbre, como que ya veia mui cercana la muerte.

Fué esta noche no menos inquieta que la anterior. El fuego se le habia apagado; el agua que quedaba en los cocos empezaba á corromperse, y ya no podia *Robinson* volverse en la cama. Pareciéndole que sentia las ansias precursoras de la muerte, se animó, preparándose á la eterna despedida con una fervorosa deprecacion, en que pidió nuevamente á Dios perdon de sus culpas, le dió humildes gracias por los beneficios que en el discurso de su vida le habia dispensado sin merecerlos; y se las tributó mui señaladamente por las aflicciones que le habia enviado para corregirle, recono-

ciendo con toda sinceridad cuán saludables le habian sido. Concluyó pidiendo el consuelo y felicidad de sus desgraciados Padres; y despues de encomendar su espíritu á la eterna caridad del divino Criador, aguardó el fin postrero con mas confianza que pesadumbre.

Ya parecia que la muerte se aproxîmaba aceleradamente: crece la agonía: hiérvele el pecho, dificultándosele por momentos la respiracion.— Ya, ya llega el crítico instante: una congoja mas terrible que todas las pasadas le sobrecoge repentinamente el corazon, le embarga el aliento, causándole violentas convulsiones, baja *Robinson* lánguidamente la cabeza; y se queda sin sentido, ni calor vital.— Inmóviles y silenciosos permanecieron por largo rato los oyentes, honrando con su tristeza la memoria de aquel amigo á quien jamas habian visto.—¡*Pobre Robinson*! (dixeron, por fin, algunos de ellos suspirando)

¡Bendito sea Dios! (exclamaron otros): *ya salió de todos sus trabajos.* —Y con esto se retiraron los circunstantes, llevando aquella tarde, mas que otra alguna, la mas amplia materia de reflexiones, y un mal disimulado sentimiento de ver finalizada tan entretenida historia con la muerte del héroe, acaecida cuando ménos se lo imaginaban.

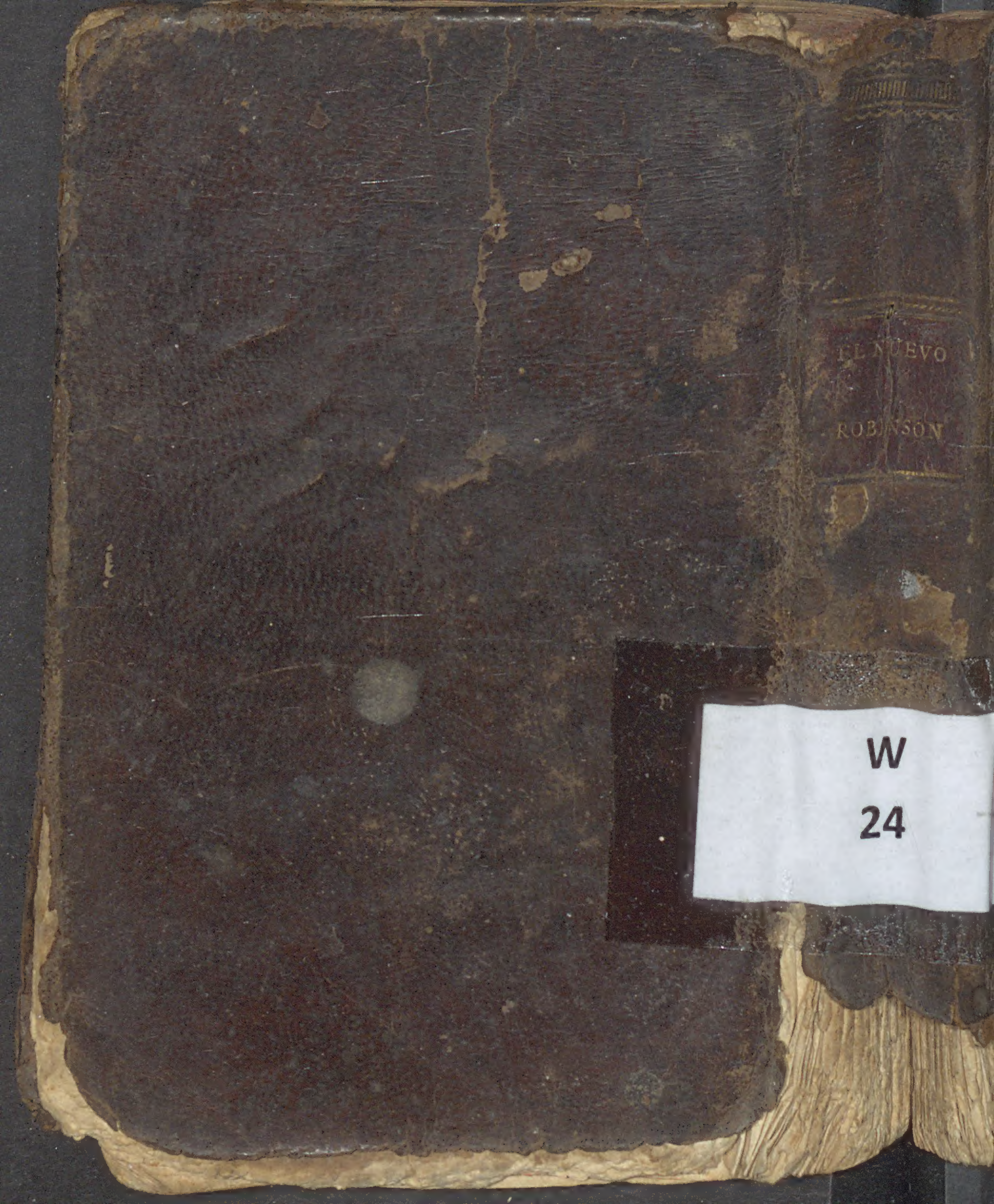
gr
á bogado
á bogada

X X X
X X
X

M
Morales

soi de [illegible]


UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600985027
Biblioteca
UNIVERSIDAD D SEVILLA


EL NUEVO
ROBINSON
W
24


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm